FRANCISCO ALBERTO SCHINCA

ORIFLAMAS

(DISCURSOS Y CRÍTICAS LITERARIAS)

LUIS Y MANUEL PÉREZ :: IMPRESORES
:: :: 25 DE MAYO, 467 :: MONTEVIDEO :: ::

"Cuentos al corazón"

(Prólogo del libro de Medina Betancort)

Me he preguntado muchas veces por qué las tres palabras vulgares que rotulan este volumen han suscitado en mí aquella impresión de melancolía, de añoranza, de dulzura, que nos asalta ante esos jardines abandonados —viejos jardines de balada,—en los que un surtidor melodioso hace sollozar bajo la luna sus ritmos antiguos. Detesto las ñoñeces románticas que embelesaran las veladas de nuestros abuelos; pero presumo que si hay alguna decoración apropiada á la lectura de muchos de estos cuentos, no es, por cierto, el salón resplandeciente donde la gavota despliega y acompasa sus frívolas galanías, ni el gabinete propicio á la meditación, sino el parque bañado de clarores lunares, y en cuyo aire de encantamiento se inmovilizan los extáticos juegos de agua de las estrofas de Verlaine. . .

Así ese maravilloso, ese florido «Camino del amor», tan exquisitamente concebido y escrito que las apasionadas palabras parecen desenvolver su cadencia con la suavidad de un salmo litúrgico. Esa prosa modernísima, mórbida á ratos como la del D'Annunzio de los romances

de la Rosa, es acaso la única digna de exornar y de glorificar las estremecidas figuras que se inclinan para recoger el agua clara del Amor en las tenebrosas cisternas de la Muerte. Se requería un poema capaz de fijar, por medio de infinitas esfumaturas verbales, las inesperadas delicadezas, los indecisos contornos confinantes con lo ideal, las estrelladas penumbras de aquel querer diamantino que se cierne sobre las vulgares contaminaciones, sobre la ordinariez, sobre el adocenamiento, sobre la trivialidad, y sólo quiere ungirse de silencio y de sombra. . . Se requería un poema, y ahí está esa prosa hímnica, labrada, torneada, recamada, radiosa como una custodia de Cellini. . . Las siluetas etéreas que pasan, bajo el oro del sol, hacia el eterno acabamiento, no son, por la milagrosa virtud del estilo, los personajes endebles y cobardes de ciertas novelas de Foley, sino dos fantasistas sublimes, cuyas almas son vasos de dilección y cuyas quintesenciadas pasiones nos conmueven á despecho de su inverosimilitud.

¿Notáis la superioridad de esos espíritus sobre todos los espíritus que, en torno nuestro, no saben de esas grandezas magnánimas que acaso serán lo cuotidiano en otros siglos futuros, en prometidas centurias de idealidad y de fe? Muchas de nuestras fugitivas quimeras se encuentran inefablemente encarnadas en los personajes de la bellísima fábula que gloso. La singularidad, verdaderamente admirable, del autor, está en haberse esforzado por comunicar á esas almas sutiles y extrañas el harmonioso movimiento de la vida y las profundas palpitaciones de la realidad. En vano se nos dirá que bajo la fina trama, bajo el luciente esmalte, se descubre la ficción; algo nuestro hay allí—ensueños, exaltaciones, plenitudes del sentir, lo más inalcanzable y lo más deseado, lo más lejano y lo más próximo. Ese misterio redivive en nosotros. . . El suspiro y la lágrima que ascienden sin motivo desde las profundidades del sér, son el ensueño que pasa, lleno de voces autoritarias y confusas, entre el inaudible batir

de alas que cantara el poeta. ¿Y quién no lo ha sentido transformarse, como en el cuento de Medina, en un anhelo infinito, en una aspiración suprema que nos mueve á la rebeldía ó nos arrastra, ora al irredimible dolor, ora á la muerte consólante?

No les neguemos, pues, lo que tengan de humanidad á los héroes celebrados en divina música verbal por este hacedor de belleza que frente á las obscenidades victoriosas y á las lubricidades en auge, ha levantado el Ideal como una hostia y ha hecho florecer el holocausto como un lirio impoluto. Y ahí está lo que sorprende y maravilla en este poema candoroso y eximio. Podéis sonreir con incredulidad ante esa pasión que se resuelve en un ansia de sobrenatural, en una anticipada presciencia de los paraísos de ultravida, en los que el Amor hace surgir, de las torpezas de la escoria humana, el oro cándido y limpio, la esencia indisipable; pero si al leer el poema sentís que una sombra de emoción os vela los ojos y el alma, es porque una parte de vuestros sueños—quizá los más hondos, los que más sobreviven á las tristezas ambientes—han ido á ritmar con aquéllos que estas páginas por tan sugestiva manera evocan y magnifican.

¿Quién rehusaría, pues, á Medina Betancort, el más indiscutible atributo de su originalidad sólo por haber incluido en su obra este hechicero alarde de ensoñación que se nos antoja, á los que conocemos el espíritu dominante en sus cuentos, un aletazo en la bruma, una flor en la escarcha, un rayo de oro solar en el atardecer melancólico bajo cuyas desolaciones crecientes desfila la caravana de los tristes?

Paréceme, por el contrario, una estimable condición de este escritor el inclaudicante acatamiento á la verdad, el verismo másculo y de ley, el religioso fervor por lo real que pone tanta abundancia de vida en algunos de sus cuentos mejores. Y hemos de loarle por tan rara virtud los que, nacidos en una época de reacción contra todas las voluntarias deformaciones de la sensibilidad, y de

de la Rosa, es acaso la única digna de exornar y de glorificar las estremecidas figuras que se inclinan para recoger el agua clara del Amor en las tenebrosas cisternas de la Muerte. Se requería un poema capaz de fijar, por medio de infinitas esfumaturas verbales, las inesperadas delicadezas, los indecisos contornos confinantes con lo ideal, las estrelladas penumbras de aquel querer diamantino que se cierne sobre las vulgares contaminaciones, sobre la ordinariez, sobre el adocenamiento, sobre la trivialidad, y sólo quiere ungirse de silencio y de sombra. . . Se requería un poema, y ahí está esa prosa hímnica, labrada, torneada, recamada, radiosa como una custodia de Cellini. . . Las siluetas etéreas que pasan, bajo el oro del sol, hacia el eterno acabamiento, no son, por la milagrosa virtud del estilo, los personajes endebles y cobardes de ciertas novelas de Foley, sino dos fantasistas sublimes, cuyas almas son vasos de dilección y cuyas quintesenciadas pasiones nos conmueven á despecho de su inverosimilitud.

¿Notáis la superioridad de esos espíritus sobre todos los espíritus que, en torno nuestro, no saben de esas grandezas magnánimas que acaso serán lo cuotidiano en otros siglos futuros, en prometidas centurias de idealidad y de fe? Muchas de nuestras fugitivas quimeras se encuentran inefablemente encarnadas en los personajes de la bellísima fábula que gloso. La singularidad, verdaderamente admirable, del autor, está en haberse esforzado por comunicar á esas almas sutiles y extrañas el harmonioso movimiento de la vida y las profundas palpitaciones de la realidad. En vano se nos dirá que bajo la fina trama, bajo el luciente esmalte, se descubre la ficción; algo nuestro hay allí—ensueños, exaltaciones, plenitudes del sentir, lo más inalcanzable y lo más deseado, lo más lejano y lo más próximo. Ese misterio redivive en nosotros. . . El suspiro y la lágrima que ascienden sin motivo desde las profundidades del sér, son el ensueño que pasa, lleno de voces autoritarias y confusas, entre el inaudible batir

de alas que cantara el poeta. ¿Y quién no lo ha sentido transformarse, como en el cuento de Medina, en un anhelo infinito, en una aspiración suprema que nos mueve á la rebeldía ó nos arrastra, ora al irredimible dolor, ora á la muerte consolante?

No les neguemos, pues, lo que tengan de humanidad á los héroes celebrados en divina música verbal por este hacedor de belleza que frente á las obscenidades victoriosas y á las lubricidades en auge, ha levantado el Ideal como una hostia y ha hecho florecer el holocausto como un lirio impoluto. Y ahí está lo que sorprende y maravilla en este poema candoroso y eximio. Podéis sonreir con incredulidad ante esa pasión que se resuelve en un ansia de sobrenatural, en una anticipada presciencia de los paraísos de ultravida, en los que el Amor hace surgir, de las torpezas de la escoria humana, el oro cándido y limpio, la esencia indisipable; pero si al leer el poema sentís que una sombra de emoción os vela los ojos y el alma, es porque una parte de vuestros sueños—quizá los más hondos, los que más sobreviven á las tristezas ambientes—han ido á ritmar con aquéllos que estas páginas por tan sugestiva manera evocan y magnifican.

¿Quién rehusaría, pues, á Medina Betancort, el más indiscutible atributo de su originalidad sólo por haber incluido en su obra este hechicero alarde de ensoñación que se nos antoja, á los que conocemos el espíritu dominante en sus cuentos, un aletazo en la bruma, una flor en la escarcha, un rayo de oro solar en el atardecer melancólico bajo cuyas desolaciones crecientes desfila la caravana de los tristes?

Paréceme, por el contrario, una estimable condición de este escritor el inclaudicante acatamiento á la verdad, el verismo másculo y de ley, el religioso fervor por lo real que pone tanta abundancia de vida en algunos de sus cuentos mejores. Y hemos de loarle por tan rara virtud los que, nacidos en una época de reacción contra todas las voluntarias deformaciones de la sensibilidad, y de

guerra contra las falsedades de la retórica, suspiramos por el advenimiento de una nueva fórmula artística capaz de reconciliar, en maravillosas condensaciones del sentir, el deseo de una existencia superior con las acongojantes deficiencias de lo actual. Por algo hemos puesto el oído al clamorear inmenso de las cosas, á los harmoniosos vientos, á las músicas lastimeras, á las inauditas orquestaciones en que se confunden la carcajada y la queja, el gemido y la canción. Abrazados al ideal, hemos dejado el corazón á flor de tierra, junto á las pequeñeces adorables que, como los angélicos lirios de la Escritura, suelen vestirse con magnificencia bajo la jovial sonrisa del cielo.

Nuestra literatura—tal vez aristocrática por el inigualable don con que acicala el pensamiento, ostentándolo á las devociones de los entendedores plegado y luminoso como un manto de púrpura ó como un velo legendario—quiere reivindicar para sí la gloria de haber trocado en elementos de belleza los tópicos *vulgares*, y de haber puesto una corona de luz sobre las frentes humildes y augustas rendidas á las pesadumbres del trabajo ó á las fatalidades de la realidad. Los héroes de nuestros poemas ya no son los empenachados caballeros del medioevo, enhiestos en sus corceles de batalla, empinados sobre sus abolengos de siglos como torres de orgullo; ni los reyes ancestrales, insensibles á la piedad, sordos al ruego, débiles y magros de valor dentro de sus armaduras resonantes y recias; ni los abates de bruñidas cruces aurisolares, dados, más que á la penitencia, á la galantería. No son esos, tampoco, los protagonistas de nuestros cuentos, de nuestros romances, de nuestras novelas, por más que llenen aún la leyenda de sones de atambores remotos.

Medina Betancort, cuyo espíritu recoge las infinitas sugestiones que llegan de los horizontes infinitos, ha comprendido que el triunfo de un escritor de nuestros días está, de seguro, en la exaltación de lo real, en la glorificación de lo pequeño, en la loanza á todo aquéllo que

pareciera hasta hoy indigno de adunar sus sordideces despreciables á la pompa y á la sonoridad de una prosa hecha para el elogio de las cosas desmesuradas. Por eso, en las creaciones de este militante ensoñador que ama tanto á la Vida, se siente pasar siempre, oreándolas como á una tierra en primavera, el estremecimiento de la realidad. El, que se ha complacido en las fabulaciones enormes de Zola y en los veracísimos episodios de Maupassant, ha transportado á su obra un poco de la vigorosa genialidad de los maestros. Y en su estilo rotundo, que ora se llena de esplendor, ora se vela de melancolía, ha hecho desfilar, acaso por primera vez en nuestro país, personajes que sufren, que sienten, que lloran, que aman; escenas de una intensidad casi dramática, pasiones que devoran una existencia, ó espíritus de una simplicidad semejante á la ejemplar y perenne simplicidad de la Naturaleza. Notad cómo, en «La Criada», todo es de una maravillosa y característica sencillez, tal como la que llena de arcaicos rumores de égloga algunos de los cuentos de Valle-Inclán. Atrévome á decir que nadie, entre los imaginadores autóctonos, ha suscitado, con procedimientos tan llanos, emoción tan profunda como la serena emoción que hacen vibrar en nuestra alma esas páginas ungidas de rústicos aromas, plácidas y virgilianas como un lago dormido bajo las estrellas. . . Es ese mismo penetrante sentido de la realidad el que, en «Voces lejanas», tan rico en aciertos de descripción y en gallardías del decir, nos sorprende con el pleno dominio de una psicología que no es, por cierto, la extraída con esfuerzo de las bibliotecas, sino la que tiene sus fuentes, perdurablemente vivas, en las propias intimidades del corazón; el que, en «La obsesión del otro», llena de alucinadores espantos toda una vida; el que, en «El último sorbo», complicado y doctísimo, discurre sobre la pasión y sus extraños destinos con la melancólica sabiduría de un desengañado, y nos acongoja el alma con aquella acerba historia de amor que se desenlaza en una pena íntima y solitaria. . .

Este libro de cuentos que desciende á la arena de la controversia artística ágil y musculoso como un guerrero antiguo, pero también apasionado y vibrante como surgido de estas edades de labor, impropicias á las ociosas contemplaciones de antaño, podría llamarse la apología de la realidad. Algunas páginas sollozan. Otras dudan. Otras sonríen. En muchas, las palabras circulan como arrastradas por un vértigo. Ya he dicho que la prosa de este escritor que ha pensado tanto y tan agudamente, se presta bien á la comprensión y al trasunto de la verdad. Y es porque, ávido de conocer,—y, por consiguiente, de amar, según el proloquio goetheano—un entendimiento como el suyo, hecho para la conquista y la irradiación de la idea, ha vagabundeado por la vida, dejando al corazón, fuerte en su pristina bondad compadecedora y sonriente, la tarea de inclinarse sobre las flores del camino y de recoger con preferencia las más taciturnas, las más solas, las que más brillasen al sol en la gloria inefable de sus diademas de rocío, que bien pudieran ser de lágrimas. . .

Esta facultad de traducir lo exterior en palabras llenas de íntimas polifonías, ¿proscribirá en el libro de que hablo aquella otra facultad de ensoñar, que es una de las tantas características del arte? ¿La realidad, con todas sus fatales y despóticas limitaciones, veda al talento creador el acceso á las regiones de las puras idealidades, á las que á veces se asciende para contemplar el espectáculo fugaz de las auroras boreales ó para mecer los sentidos en la visión de un horizonte que no es el horizonte familiar?

¿Se dirá que no se acuerda con la índole de estos cuentos aquel «Idilio de ojos» que es un milagro de exquisitez, de delicadeza, de frescura y de gracia; ó ese «Sueño de Tile» que se me antoja un poema para vírgenes y para heroínas de pastorelas; ó esa preciosa fábula en que despliegan sus generosidades miliunanochescas lo reyes de la leyenda cristiana, olorosa á lirios y á vino (

eucaristía; ó aquella otra minucia de «La Nieta» cuya ꞉vedad adorable, hecha de cosas sobrenaturales, escapará siempre á las manos profanadoras y toscas de Calibán?

¿Conocéis el apólogo *La revolte des fleurs*, del lírico y reflexivo Sully Prudhomme? Aconteció que un día, las flores, movidas por el odio contra la insolente indiferencia de un pueblo de mercaderes, resolvieron negar á los hombres sus inútiles dones, y dejaron desvanecerse sin piedad el doble encanto de su color y de su aroma. Los campos se tornaron desiertos. Sobre la tierra sorprendida se derrumbó el dolor de aquellas insensatas mutilaciones. Y el asombro de los desdeñosos se trocó al principio en disgusto, luego en nostalgia, por fin en desesperación. Pero un viejo poeta que jamás había abandonado la fe, un aeda florido de canciones y de esperanzas, absorto ante aquella pena universal que no hallaba consuelo, impetró el perdón de la rosa con tanta elocuencia que la rosa se abrió de nuevo al sol de la primavera, y la naturaleza volvió á sonreir, feliz al sentirse eternamente triunfadora sobre la angustia de los hombres. Y así, el pueblo de mercaderes que había sido hostil á la ilusión, retornó á la antigua alegría y á la antigua tranquilidad.

Si habéis penetrado en el oculto sentido de esta alegoría, comprenderéis por qué me apresuro á loar en el autor de estos cuentos esa amable disposición del espíritu que le obliga á ratos á divertir los ojos de las realidades circundantes para admirar cómo se abren sobre él, en os incognoscidos abismos que insinúan el afán de las igorosas meditaciones, las cándidas estrellas del ensueño...

Junto á ese eclecticismo que odia todo encasillado, y junto también á ese cuidadoso amor del detalle que ha hecho de Medina un observador tan sagaz, me place celebrar en estos cuentos la honda piedad por los hom-··s y por las cosas que es una nueva excelencia de este ıperamento literario. Si advertís una vibración en las

páginas que componen este libro es porque el autor ha puesto en ellas mucho de su profunda capacidad para sentir.

Medina Betancort, como el filósofo—poeta que ha llevado al arte un concepto moderno que tiende á hacerse dominador—quiero hablar de Guyau—«pide historia á todo lo que ve». No ignora que los ojos son grandes preguntones: «qué ves? qué vas á decirme, vetusto árbol inclinado sobre esa choza, pequeño tiesto olvidado sobre esa ventana?» Y si todo le interesa, si todo remueve en él un eco, una simpatía, una interrogación, es porque, al igual de Emerson, se cree ligado á todo por vínculos no por secretos menos irrompibles, como que establecen una suerte de solidaridad de nuestra sensibilidad con las cosas que alientan en torno.

El arte complejísimo y sencillo á la vez que quisiéramos ver imponiendo sus normas absolutas á todos los entendimientos, debe poseer, en primer término, acaso como carácter diferenciador, la condición de sentirse universal, solidario con el Cósmos, según el decir de algunos místicos, generosamente abierto á la repercusión amplificada de todos los ritmos de la vida y de la naturaleza. No lo deseamos refugiándose en el quietismo egoista á que lo redujeron ciertas fórmulas, ni consagrándose á exaltar en nosotros el sentimiento de épocas definitivamente fenecidas; aspiramos á que tenga, como el mar, el privilegio único de ceñir en un abrazo todas las tierras, aún las menos fecundas, y á que vaya, como el rayo de sol, á colorear con todos los prestigios del iris la trémula gota de rocío. . .

Esa panteística pasión por las cosas no tarda en convertirse—en las más actuales direcciones literarias—en el alto humanitarismo que predica, ó, sin predicarla, la siente, la misericordia hacia los humildes, hacia los desvalidos, hacia los malaventurados á quienes el arte aristocrático y pulcro de otros siglos no ha sido osado á enaltecer. En todos los cuentos de Medina esa emoción

casi irrevelada hasta hoy palpita con un apasionado palpitar que denuncia su avasallante omnipotencia. Si hubiese de señalar dónde la he encontrado más imperiosa y más viva, hablaría de aquel inimitable «Quién quiere una madre», evocación de un adolorido vegetar que habrá hecho irrumpir el llanto en muchas pupilas, y de «Amores», la novela de aquel hogar que se derrumba después de haber cobijado tanto egoísmo estéril y tantas desesperanzas... Quienes los lean sentirán, de seguro, resonar largamente en su corazón ese plañir de los hombres y de las cosas, tal como lo ha escuchado el autor en la soledad de las noches en que se haya detenido á ver fulgurar entre las sombras los obsesores ojos de fiebre que maldicen ó imploran...

Esbozadas así las cualidades más salientes del escritor y de la obra, quede á la crítica la tarea de investigar si la orientación que supone este libro es la llamada á prevalecer en los dominios del arte que vendrá. Sea cual fuere la profecía que se formule á ese respecto—ya vuelva con nostalgia los ojos á la clásica impasibilidad despreocupada de la vida, ya se anticipe al porvenir franqueando las viejas torres inaccesibles y hieráticas á la invasión de lo moderno—siempre la labor de pensamiento y de euritmia en que Medina ha hecho florecer su melodioso bosque de ensueños, perdurará como una dichosa tentativa para comunicar á las ideas imperantes y á las formas admitidas el estremecimiento nuevo de que hablaba el poeta.

Glorifiquemos el propósito renovador que realza y avalora estas páginas. No se echará de menos en ellas el pesimismo filosófico y la inquietud moral que ensombrecen las creaciones intelectuales del siglo pasado, desde las neurosis de Oberman y de Werther hasta los extravíos finiseculares en que se deleitan los héroes de las grandes decadencias. Pero notad que semejante pesimismo —escepticismo de la voluntad, ha dicho alguien—no es

el enmuellecimiento nirvánico ni el vago discurrir metafísico de los paraísos artificiales: más allá de la sombra, más allá del dolor, hay un miraje de esperanza, se abre una perspectiva de luz. Figuraos un camino implacablemente árido y desierto bajo las reverberaciones del sol, un camino tan luengo y tan esquivo á la piedad que parece ha de rematar en la muerte; pero, de pronto, se ensancha un horizonte no esperado, sobre cuya linea, confinante con el azul, tiembla el verde de égloga del oasis ó se columbran los minaretes y las cúpulas de la urbe.

El autor de estos cuentos, tras la larga aventura bajo los mediodías de sol, se ha acogido á esos refugios bondadosos. Y por eso su arte puede blasonar con justicia de poseer dos preciosos atributos: lanzado á los torbellinos de la civilización, se mezcla á los combates modernos y llega, sangrando por todas las heridas del ideal, hasta el corazón de los problemas esenciales; sumergido luego en el infinito océano de las cosas—en las supremas comuniones con la naturaleza y en las fecundas compenetraciones con la vida—arrebata á todo lo que existe el secreto de sus harmonías unánimes y se sirve de ellas para hacer á su sensibilidad el don de las sumas evocaciones.

Pues bien: un concepto de la literatura que obliga de esa manera á la sinceridad absoluta sin excluir la distinción de la forma, la selección del verbo, la gracia elegante y escrupulosa que fué, en los grandes ciclos helénicos, la piedra de toque de toda belleza y de toda virtud; un concepto de la literatura que á las superiores atracciones de la realidad una las superiores atracciones del espíritu, parece el destinado á estimular en lo porvenir la obra de los poetas y de los pensadores. Cierto depurado idealismo reemplazaría así á la sensualidad agostadora; erigiría, sobre las desolaciones de tantos siglos, una cumbre solitaria y magnífica frente á los cielos nuevos, y acaso hiciese revivir en la conciencia de estas sociedades

sin fe ese entusiasmo que hoy se nos antoja definitivamente estéril para las ideaciones que llevan en sí mismas la iniciativa y la fuerza de la realización.

Y si quisiéramos un símbolo aparente para personificar ese arte á la vez ponderoso y aéreo, hecho de energía y de candor, pleno de audacias y de estremecimientos, lo buscaríamos en el mito de Amos y de San Marcos rememorado por el visionario de *Las contemplaciones*: en el ave mayestáticamente irreal sobre cuya cabeza se confundían las vigorosas alas del águila con la crin de los leones insignes! . . .

Juan Carlos Gómez

(En la reimpatriación de los restos
del gran tribuno).

Señores:

Estamos en presencia de un acontecimiento que es á la vez un síntoma de evolución hacia idealidades superiores. En una época en que se proclama el triunfo de los bajos utilitarismos y el derrumbe de todas las cosas que se yerguen solitarias sobre los prosaismos dominantes, el alma popular ha querido volverse hacia un soñador, hacia un romántico, hacia un sensitivo, hacia un hacedor de quimeras, y lo ha traído sobre las ondas del estuario, bajo los colores de nuestra insignia, para que repose de sus nobles combates arrullado por nuestras brisas, coronado por los laureles de la tierra nativa, besado por el sol de la patria, por el mismo sol de la patria que irá á dejar una caricia en el mármol del mausoleo simbólico ó en el bronce de la estátua memoradora. ¿Qué importa la proscripción, la diatriba, el insulto, la imputación difamatoria, la corona de espinas, la cruz inmerecida y la hiel de la hora dolorosa! Hay testas que se inmergen en los azules infinitos, en los éteres inviolados, y cuya majestad hierática y tranquila reclama esta aureola de estrellas, este

nimbo de astros: el ostracismo con sus soledades, el martirio con sus agonías, el menosprecio de una época cuando ese menosprecio significa la consagración de la posteridad.

Y así este luchador, este filósofo, este poeta, este sublime concertista de la palabra y de la idea, que viene envuelto en su cimera de sueños, en su gran cimera de sueños, inmune del vejamen, de la procacidad, de la calumnia irreflexiva, de la impiedad histórica. Como en la tragedia d'annunziana, á través de cuyas páginas los dioses y los héroes gesticulan entre los bronces de los poemas homéricos, el prócer cuyos despojos hemos ido á pedir á las entrañas de una tierra extranjera, es de la estirpe de los viejos atridas intelectuales, de los viejos creadores del verbo, de los evangelizadores de otra edad, de aquéllos--que han pasado entre la sangre de las heridas injustas, entre la bruma de las tristezas irredimibles, diciendo de los apocalipsis y de los paraísos futuros, anticipándose á las decadencias seculares, renovando los antiguos troqueles, haciendo cristalizar el lenguaje profético en nuevas formas de expresión, clarineando en todas las albas, gimiendo en todos los crepúsculos; porque ellos han encarnado, en la victoriosa supervivencia de sus espíritus, las complejidades de esa entidad multánime que es el pueblo en la Historia, la humanidad en la Filosofía, la grey en la Religión!

Dejadles á esos anunciadores de los evangelios del porvenir el canto, el himno, el apólogo y la leyenda; su elocuencia se hace fuerza en la masa; el vigor de sus ideologías presagia las más definitivas revoluciones sociales y políticas; son los grandes precursores sin ser los grandes convulsionarios; deslumbran, seducen, persuaden y arrastran con la palabra, porque en ellos la idea es el antecedente lógico de la acción; «Voltaire prepara á Mirabeau», ha exclamado, en una arenga demosteniana, el cíclico poeta de «Los Castigos». Juan Carlos Gomez representa entre nosotros ese apostolado del pensamiento. Su obra está

llena de elevaciones y de vértigos. Leedle en sus discursos, leedle en sus estrofas melifluas ó imprecantes, leedle en sus oraciones filosóficas, seguidle hasta la cátedra convertida en ágora, hasta la tribuna convertida en montaña, hasta el Parlamento convertido en nube propicia á todas las tempestades del verbo, y siempre le veréis consagrado á los cultos de la eterna belleza, á la adoracion del inmarcesible ideal, á las genuflexiones frente á la Gracia, á los arrodillamientos ante el Numen!..

¡Qué espíritu, señores, qué porfirogénito espíritu, de una potencialidad irradiante, el de este melodista de la melancolía, el de este poeta que ha forjado sus ritmos, ora en el hierro de los yambos, ora en el oro de los madrigales; que ha puesto el oído á las campanas de Hugo, á las sonoridades de Theo, á las sollozantes rebeldías de Byron, á las suspiradoras músicas de Musset, y á las quejas de Becquer; que ruge, que canta, que llora; que ha florecido en una inagotable primavera romántica, ebrio de todas las armonías y de todos los soles! Su verso es como una condensación del sentimiento, como una polarización hacia la belleza increada; y si en la oda á la libertad tiene el resonar temeroso de una armadura de guerrero, y en algunas composiciones esplende como un esmalte insigne y heráldico, en otras la velada cadencia se despliega con la serenidad de una meditación lamartiniana...

Y en todas partes la pasion, la nostalgia del cielo, el lirismo desengañado y escéptico, el impulso hacia el bien, y la nietzcheana voluntad de crear. Porque yo no concibo al poeta conductor de muchedumbres, explorador de horizontes espirituales, cantor de entelequias magníficas, si no es como Homero en su ceguera clarovidente, como Petrarca en su soledad fecundísima y propiciatoria, como Dante en sus círculos infernales y en sus brumas teológicas; si no siente las irresistibles vocaciones al sacrificio; si no sabe adaptarse á todos los movimientos del alma colectiva y traducirlos en cantos perdurables y en imperecederos acordes; si no se ofrece como un estóico á los estigmas del

suplicio y como un místico á las inmolaciones por la fe; si no deja rodar sus sinfonías inefables en las alas de todos los vientos; si no sabe vestirse la púrpura de su realeza extraterrena; si no lleva en la pequeñez de su envoltura corporal la inconmensurabilidad del océano con sus eternas versatilidades y con sus agitaciones eternas; si no posee el instrumento milagroso, la mágica palabra, el acento inspirado, el celaje, la perla, el arco iris, el secreto de todas las músicas, de todos los llantos y de todas las ascensiones!...

Yo no concibo al poeta que no haga vibrar la emoción en todas las almas, el fervor en todos los corazones, la inmensidad en todas las retinas. Y no lo concibo, señores, porque el poeta es más que el legislador, es más que el filósofo, es más que el sacerdote: es la majestad que más se aproxima á lo absoluto, la cumbre que más se aproxima al firmamento, el hombre que más se aproxima á Dios!...

Pero en Juan Carlos Gomez, señores, no sólo el rimador, no sólo el vate, no sólo el filarmonista se impone al reverencioso homenaje de la posteridad. La historia de los tiempos que han sido es nuestra mitología popular, nuestra iconografía gloriosa. Y bien: en las nieblas de esa mitología, yo me figuro el alma de Gomez como un alma esquiliana que se encara con el destino, que nos sobrecoge con sus pasiones formidables, que nos llena de vértigos la conciencia, que nos anonada con su fortaleza superhumana, que tiene la portentosa vitalidad de los semidioses, y que, aún atada á la roca de las expiaciones inmerecidas, roba el fuego sagrado para trasmitirlo intacto á la humanidad, mientras una noche acongojante, una última noche, desciende, en el fecundo y visionario silencio de las cosas, á deponer una corona de estrellas, una corona de lágrimas, sobre la trágica frente que ha soñado en lo infinito!...

Y yo me figuro así esta alma única, esta alma suprema, después de haberla visto arrastrada, en la vorágine del

pensamiento filosófico, hasta resplandecientes abstracciones; después de haberla contemplado en la majestad de sus anticipaciones geniales; después de haber asistido á sus batallas contra la realidad mezquina, contra el ambiente estrecho, contra las trasgresiones á la belleza purificante y exclusiva, y después de haberle oído proferir, frente á tantas sombras y á tantas tristezas de la historia del mundo, aquella frase desoladora, lapidaria y sangrienta, aquella frase desesperante que debiera grabarse en el frontispicio de todas las academias, de todos los parlamentos y de todos los cuarteles: «Cuando abrimos las páginas de la historia no podemos menos de exclamar con el poeta latino: *Sunt lacrimæ rerum.* «Estas páginas lloran!»

Porque así fué, señores, esa mentalidad prodigiosa que se ha cernido sobre tantos azules, que ha conquistado tantas cimas: no le bastó el hogar con sus afectos imperiosos, y se derramó sobre la patria; no le bastó la patria con sus fronteras limitadas, y se derramó sobre la humanidad; no le bastó la humanidad, y se derramó sobre todos los orbes de la idea, encarnando el derecho con sus inflexibilidades austeras, la libertad con sus prerrogativas dignificantes, la razon con sus conquistas pacíficas, la virtud con sus grandezas imponentes, el bien con sus satisfacciones íntimas, la civilización con sus progresivas marchas al Ideal!

Yo no creo, señores, en là desaparicion de esos espíritus que imprimen dirección á los tiempos y rumbos á las sociedades Cuando la materia se abate, la chispa sobrevive; cuando el deleznable organismo se entrega á las implacabilidades de la disolucion, lo esencial del hombre grande florece en primaveras triunfadoras, se anima á los conjuros y á las evocaciones colectivas, late con el latir apresurado de todos los corazones, y se prodiga, ora en forma de sugestion, ora en forma de ejemplo, sobre las voluntades unánimes, como esas milagrosas armonías que se dilatan en tembladoras ondas por el espacio aún después de haberse extinguido el último com-

pás y vibrado la última nota!.. Yo quiero creer, señores, que esas almas de predileccion se personifican en el astro del firmamento, en la rosa de las tumbas, en el fulgor selénico, en la linfa cantante y sonora que espeja la inmensidad; en todas las cosas primordiales y puras en que lo infinito se complace. Yo quiero creer que vagan en el aire de nuestros huertos deshechas en aromas, como el alma de los viejos panidas; yo quiero creer que abren sus alas de tiniebla en el ambiente de nuestros congresos, inspirando las grandes resoluciones; y que son ellas, señores, esas almas taumatúrgicas, esas almas imperiosas, las que dejan caer en los oídos de las madres las graves palabras reveladoras; las que enseñan el himno de la patria á las falanges de nuestras escuelas; las que señalan á todas las generaciones esa lontananza que es la vida, esa transfiguracion que es el martirio, esa altitud que es el deber!

Y ya han vuelto al amor y al regazo de la tierra nativa aquellas cenizas venerandas, aquellos despojos sagrados que reposaban en la paz y en la hospitalidad de un suelo hermano, bajo la caricia de otras constelaciones, al rumor de otros árboles y al eco de otras brisas... En nombre del Club «Juan Carlos Cómez», yo declaro que iremos á esa tumba, de la que surge tanta luz, tanta enseñanza y tanta gloria, los que, como el bardo caído y llorado, esperamos al poeta meditativo y veraz, al poeta bueno que nos hable de las tristezas más íntimas, de los dolores más hondos, de las angustias más secretas; los que, en estas décadas de materialismo corruptor y de desprecio por la belleza indeficiente, nos volvemos hacia la quimera vestida de luz increada y aureolada de estrellas inextinguibles, como en los paraísos del poema dantesco; los que, en las épocas de claudicaciones morales, de desfallecimientos cívicos y de transacciones con la conciencia, sentimos la nostalgia de los caracteres íntegros, de los talentos insobornables y de las virtudes estoicas; y sobre esa tumba, señores, iremos á dejar el tributo de

nuestras lágrimas, iremos á dejar el tributo de nuestros respetos, porque si algo sobrevive á los desastres y á las fatalidades de la materia, á las devastaciones del tiempo y á la inanidad de las cosas, es el pensamiento que calcinó aquel cerebro poderosísimo, es la idea que suscitó tantas y tan intensas agitaciones populares: ¡la idea, la única potestad que no se doblega ante la muerte; el pensamiento, el único derecho adquirido á la inmortalidad de los espíritus!..

1905.

Notas á un libro de Nin Frías

Acabo de cerrar, después de leerlo con avidez, el libro de un autor joven que apostoliza sublimemente sobre lo que William James llamara, en una célebre obra, los «ideales de la vida». En el frío y lento descenso de este crepúsculo casi hiemal, una ráfaga del libro me trae la nostalgiada tibieza del «home», en el cual los cerebros meditativos, hechos á las dolorosas abstracciones del pensamiento, pontifican.

Nin Frías habla del hogar con una ingenua adoración infantil. El gabinete de trabajo, en el que sueñan las almas apacibles de los libros dilectos, tiene, para este evocador de los Pórticos, la severa configuración y la mayestática nobleza de un santuario. En las elegantes hornacinas, las efigies de los grandes helenos, talladas de perfil en bloques del más puro pentélico, erigen en la penumbra perfumada la impecable euritmia de sus ademanes... Nin Frías ha dialogado con Platón, monologado con Taine, polemizado con Renán. Estos dos galos amables, que fueron también griegos de adopción, le han enseñado el secreto de pensar con serenidad aún en este nuestro

mundo de tristezas y de removedoras agitaciones. El don de la elocuencia sincera que hubo en ellos, lo ha heredado este nuevo discípulo del Academos. Lo único que ignora es la ambigua ciencia del sofisma, la tortuosa retórica, y el huero y vago verbosear de los que visten la clámide del filósofo para arrastrar á las turbas con las superficiales seducciones de sus paradojas. El lenguaje que emplea en sus libros tiene la diáfana cristalinidad de las aguas corrientes. Y como la patria por la cual suspira su alma—patria lejana en el espacio y en el tiempo—es la Grecia elegante, espiritual y refinada de los jonios, pienso que este helénico ensoñador que pasea entre nosotros las tristezas ideales de su exilio, pudiera repetir con un poeta que él evoca en una de las páginas más expresivas y sugerentes de su último libro: «Lá par tout oû fleurissent l'olivier pâle et le cyprés, ornement profond sur le bleu de l'infini—là mon âme désire vivre toujours sans fin».

Los descarríos imaginativos que engendraran los alambicamientos y las anfibologías de los decadentes faltos de certeras orientaciones, están excluídos de los «Nuevos Ensayos». Nin Frías populariza entre los doctos el evangelio de la bondad cristiana, y entre las muchedumbres ignaras el evangelio de la ciencia práctica. Lo que se derrama en su obra, es su corazón inflamado en generosos encendimientos. Las flores de esa primavera de su alma no tienen la efímera frescura de las rosas del poeta, ni la frágil y decrépita palidez de los lirios de Meleagro. Estas llevan en sí mismas la magnífica primicia del fruto. Desdeñan la hojarasca y se vuelven al azul sólo para buscar el amparo de los soles prolíficos. Y si á veces—en algunas páginas poderosamente evocadoras—dan la impresión fugitiva de un perfume ó se dejan platear por un poético rayo de luna, es porque detrás del pensador replegado en su austero ensimismamiento, gusta á ratos de

asomar el poeta para sonreir á todas las cosas bellas de que hablan sus libros: á los cielos cerúleos, á los campos espasmados, á las selvas penumbrosas, á las cúspides augustas, á la brisa y el arroyo de las parábolas, á todo lo que es altitud, Naturaleza libre, vida en actividad...

———

La fina loanza consagrada á María Eugenia Vaz Ferreira tiene el hechizo soberanamente sugestivo de su sinceridad justiciera. A través de los bellos decires en que abundan esas páginas primiciales, se atisba el alma de bondad y de complejidad que pitagoriza tan sutilmente en las rimas joyantes de «Invicta», «Un sano» y «Triunfal». La feminilidad de elección que vibra en esa apolonida victoriosa tiene en el libro un marco digno de sus bizarrías intelectuales. La que triunfa en esas páginas es la mujer apta para la creación mental, para la labor silenciosa, para la meditación perseverante. Y Nin Frías parece prendado de todas esas selectas virtudes que justifican la esperanza en el advenimiento de un más alto linaje de mujeres.

Yo, que he sentido la vibración de esa apasionada alma femenina, y que me he inclinado con avidez sobre el maravilloso eucologio de sus rimas, alabo la mano que ha sabido poner un laurel de Delfos en torno de esa frente bruñida por el pensamiento y ennoblecida por la cavilación.

He querido decir que ese discreto encomio á la más olímpica de nuestras intelectuales, es de lo más florido, y fino, y hondo que contiene la obra...

———

Del «Ensayo sobre la muerte» conocía de antemano los primeros capítulos. ¡La muerte! ¡La muerte execrada por María Bashkirtseff, divinizada por Rodenbanch, bendecida por Maeterlinck! ¡La muerte y su alma proteica, su suprema alma de frialdad impasible y de renunciamiento nirvánico! ¡La muerte lenta, tranquila, promisora, espec-

tante, convulsa, artera, solapada, las mil formas de la muerte que maniata el espíritu, que inmoviliza los músculos, que cierra los ojos corporales á las contemplaciones exteriores! ¡La muerte, el gran desengaño, el genio inspirador, el musagetes de la filosofía, según la desoladora concepción schopenhauriana!..

Y bien: en este libro tan dulce, el mismo pavorizante misterio de la muerte parece suavizado por yo no sé qué consoladora teoría metafísica que decora los derroteros de la eternidad con una luz de amanecer. No es el desmenuzamiento de la materia, la extinción irredimible, el acabamiento progresivo, la gangrena tentacular, el inevitable término: es el comienzo de una metempsicosis de ultratumba que va del átomo al astro, de la oruga á la estrella, del pistilo á la flor. El libro no tiene así la apariencia de una sangrienta gemonía. Los que mueren en él lo hacen estoicamente, serenamente, esperanzosamente, desasiéndose de sus ataduras carnales para nimbarse de inmortalidad, en una jubilosa migración al azul!.. La apoteosis los saluda desde el umbral de las noches sin auroras... El Cosmos prepara para ellos sus palios triunfales... Así mueren Goethe, Guyau, Tennyson, Platón, Marco Aurelio, Renán...

Y todos expiran como el Juliano idealizado por Merejkouski, invocando al padre Helios, con una salutación á los soles futuros, en la dulcedumbre beatífica de una agonía sin epilepsia y sin torturas, exclamando como el pacífico maestro: «¡La mort! J'en avais faim et soif, et je l'aimais»!

Y además de esas páginas, hermosas por la austeridad del pensamiento, ya que no por la impoluta prestancia de la elocución, hay otras que delatan la fertilidad de ese espíritu que se levanta con tan inusitada gallardía sobre la niveladora mediocracia. Este escritor piensa bizarra y hondamente, y pudiera decirse de él lo que Ruben Darío dijo del robusto y contemplativo Unamuno: «En su manera no hay ímpetus, no hay relámpagos.

Tranquila lleva la pluma como quien ara.» Deja el Coliseo por el Pórtico. Platón le dió el secreto de lucubrar amablemente para vestir de realidad las más generosas utopías. Y es que en el fondo de todas sus predicaciones, el espíritu ático y cristalino que hay en él pone un aroma de elocuencia antigua, como la de aquellos virtuosos helenos que pasearon por las orillas de los ríos sagrados el mirto de sus coronas, el fascinante simplicismo de sus filosofías. . .

Entre los nuevos literatos autóctonos, Nin Frías representa la aptitud reflexiva y la meditación laboriosa. El oropel no está hecho para esa pluma evangélica que hace consistir lo esencial de la obra literaria en el yacimiento de doctrina y de bien que contenga. A veces, lo que algunos de los periodos de sus «Nuevos Ensayos» descubren, es la ingenuidad de un alma que ha acostumbrado su visión á ahondar en los abismos de la profecía. Desde la cima de los más preclaros pensares, esa voz armoniosa que canta su canto hímnico á la celeste esperanza, vaticina el triunfo de la especie sobre las contingencias del espacio y del tiempo, por el perseverante cultivo de la personalidad que se abre,—quimérica flor de maravilla en un miraje de Arcadia,—á las secretas solicitaciones de la virtud.—De ahí, también, la sugestionante eficacia de esa doctrina que no se sustenta en vagas teorizaciones, sinó que busca con firmeza, en las realidades positivas, la tierra vegetal apta á las germinaciones proficuas.

Acaso resida en eso el indiscernible encanto de ese estilo, que si carece á veces de estremecimientos, de ondulación, de matiz, de impoluta «castidad»; si nunca se afana por hallar los efectos de luz de la hipérbole; si no siempre vela la idea con gayas alegorías; si de ordinario se desnaturaliza con expresiones ajenas al léxico ó con construcciones que fuerzan el límite de la sintaxis; si no puede reputarse modelo de atildamiento, ni arquetipo de aticismo; si no es, en fin, de una prócer pureza

filológica, en cambio lleva en sí el sello infalsificable de una bien equilibrada organización cerebral. Es verdad que ese estilo «musicaliza» poco, pero sugiere mucho; y tal vez no fuera una equivocada definición del estilo la que dijese de él que es la manifestación decisiva de la manera personal que tiende al sugerimiento de ideas ó á la evocación de imágenes.

1904.

A la juventud de América

(Discurso pronunciado en el acto de clausura del primer Congreso I. de Estudiantes Americanos).

Señores delegados:

Yo no sé si podré decir con verdad que con la sesión de hoy pone fin á sus asambleas y á sus deliberaciones, el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos. Yo no sé si no sería más exacto proclamar que lo que esta reunión ha dejado de fundamental y de estable—los generosos impulsos, las iniciativas reformadoras, los votos idealistas por el mejoramiento de la raza, por el enaltecimiento de América, por el progreso indefinido del mundo—lo que esta reunión ha entregado, en una palabra, como una definitiva conquista de la juventud pensadora, á la labor de los gobiernos y de los pueblos, la destina á vivir más allá de la hora presente, con inmarcesible y serena perpetuidad. Y yo aspiro á decirlo, porque me afirma en mi confianza en las excelencias de estos actos el espíritu esencialmente optimista de todas nuestras determinaciones.

Vivimos en una época de absorbentes utilitarismos, de afanes materiales y de sombríos descreimientos; los viejos ensueños se derrumban; por todos los jardines que florecieron ayer bajo los esplendorosos mediodías, pasa un viento de muerte que va cantando, en torno á las esta-

tuas derruídas y á los surtidores silenciosos, la elegía de la caducidad; pero he aquí, señores, que una gallarda juventud que ha soñado sus sueños de redención más allá de las montañas inaccesibles, junto á las pampas prometidas al esfuerzo del porvenir, frente al vasto Pacífico, magnificado todavía por la leyenda aventurera de los conquistadores, ó bajo los bosques del trópico, en el suelo prestigioso y ubérrimo, una gallarda juventud visionaria, trae un mensaje de esperanza renovadora capaz de conducir el alma humana, como en todas las épocas de proféticos mesianismos, á las vertiginosas alturas de la fe ó á las extáticas adoraciones del ideal.

Bien haya, señores, la generosa quimera que ha suscitado la celebración de este Congreso. Cuando todo se abisme en la muerte, bajo la ola ascendente de la mediocridad afortunada y hostil, esa santa quimera, como un arca inviolable y acogedora, flotará sobre el agua tenebrosa de los naufragios, bajo los cielos oscurecidos, en torno á las sirtes amenazantes, para que puedan asilarse en ella todas las muchedumbres en derrota. El alma latina siempre ha tenido fe en la milagrosa virtud del ensueño, desde los días melodiosos de Platón hasta nuestros días, ya fatigados de doctrinas pero ávidos siempre de idealidad. Nadie como Tarde, el filósofo de las candorosas videncias, poseyó la intuición de los magníficos devenires de nuestra estirpe; nadie los vaticinó con más fervor; nadie tuvo de ellos más completas visiones, cuando auguraba que el remedio para las desolantes decadencias de la raza estaba en la asociación de las fuerzas intelectuales, en la confederación de las patrias latinas para la misma obra de bien universal; y por eso, señores, en ninguna parte como en esta asamblea late y prospera el germen de los imaginados futurismos, acaso porque hemos venido á ella animados por aquella esperanza inmortal que en el apólogo del poeta vive la abstracta vida del símbolo, transfigurada en el rayo de sol que al caer sobre las alas ateridas de una mariposa, vuelve á poner en ellas,

junto con la milagrosa aptitud para la ascensión, el ansia incontenible de los infinitos espacios azules!

Si, como en las ingenuas supersticiones antiguas, un numen familiar vela sobre los hogares iluminados por la creencia y esclarecidos por la gracia, sobre los hogares en cuyas aras arde perpetuamente la llama temblorosa de los holocaustos, yo me figuro, señores, que por encima de nuestras cabezas, en la hora solemne de las deliberaciones, se ha cernido, majestuoso y augusto, el espíritu mismo de la raza latina, arrullado en un tiempo, cuando se abatió sobre los muros de las ciudades prestigiosísimas que fueron el esplendor de la tierra, por los cánticos de las sirenas del Mediterráneo, y hoy glorificado por esta América nuestra que un día aspiró á la libertad y desbordó sobre sus llanuras la fiereza de sus montoneras insurgentes; que otro día aspiró á la democracia, y echó las bases de sus repúblicas progresivas; que ahora aspira á resumir en una síntesis luminosa las cualidades superiores de nuestro linaje, y une á las inspiraciones de la ciencia las inspiraciones del arte, como convencida, señores, de que la raza latina fué grande cuando se enseñoreó de todo el mundo sometiéndolo al imperio de los césares dominadores, pero más grande todavía cuando hizo coronar sobre los estadios de Grecia la frente de sus serenísimos poetas y de sus filosófos inmortales!

Yo he nombrado el arte, señores, y dejadme decir por qué no suena mal esa palabra en la quietud y austeridad de este recinto; yo he nombrado el arte porque me ha acontecido notar que cada vez que alguno de los vibrantes oradores del Congreso, en estos días inolvidables en que parecieron reverdecer los tradicionales hechizos de la elocuencia, pronunciaba aquella palabra, afirmaba su fe en la eficacia de las idealidades estéticas como factores de renovación y de perfeccionamiento, se encendía en entusiasmos el espíritu de esta Asamblea, siempre tan fácil á la adoración y al fervor. Desde que he oído en el seno de este Congreso esas calurosas apologías al

ideal, se ha acrecentado mi esperanza. Porque yo creo, señores, que nada más connaturalizado con la índole misma de nuestra raza que ese misticismo de la belleza que no se aferra á las positivas realidades presentes, sinó que tiene también para las cosas que no fueron jamás el patrimonio de los hombres utilitarios, los arrodillamientos de alma de que habla el poeta. Civilización que no vive por el espíritu es civilización estacionaria ó agonizante. Frente al mercantilismo fenicio poned la maravillosa cultura helénica; frente á la concupiscencia romana, que pedía todo un orbe para las garras de sus águilas victoriosas, el espiritualismo ario, alzado por el culto de Dios á las esferas de lo suprasensible; frente á la grandeza material de las repúblicas italianas, la inmaterial grandeza de aquellas ciudades del Renacimiento en cuyas logias pareció revivir, á través de los siglos, la unción de los coloquios platónicos; frente á las urbes pertrechadas de hierro, las urbes pertrechadas de nuevas ideas, capaces unas veces de desencadenar sobre el mundo las tempestades de la Revolución, y otras veces capaces de levantar hasta el azul las cúpulas de las Sorbonas armoniosas, para que irradien desde ellas, sobre toda la tierra, las luces de una civilización intelectual, alma y alimento del mundo!

Señores congresales: llevad á vuestras patrias la buena nueva salvadora: decid que en este Congreso se ha invocado á los númenes de la raza; que hemos sentido estremecerse en nosotros el orgullo patricio de nuestros mayores cuando fundaban pueblos que á la superioridad de sus instituciones republicanas sumaban una nueva superioridad: la de sus espíritus creadores y complejos, plenos de vehemencias y de impulsos; que nuestras retinas se han deslumbrado una vez más con el espectáculo de todas las ideas en marcha; y que más que el afán de una confraternidad americana radicada en los hechos, nos ha movido el afán de una solidaridad ideal, no sólo porque nos sabemos hermanos cuando inclinamos nuestras frentes

sobre los mismos libros en las horas de los hondos ensimismamientos y de la meditación solitaria, sino también cuando sentimos pasar sobre nuestras cabezas pensativas el vuelo silencioso de todas las quimeras adorables.

Alguien, hace unos días, ha preguntado aquí, señores, en dónde, en qué desconocido infinito, en qué espacio luminoso y azul, sobre qué invisible horizonte flotaba ese ensueño de los pueblos que se ha dado en llamar el ideal americano. Pues yo digo que cuando os hemos hablado, señores delegados argentinos, de vuestra capital activísima, de vuestra gloriosa cosmópolis bonaerense, de vuestra urbe civilizadora y mundial; cuando os hemos hablado, señores delegados brasileños, de aquel maravilloso Rio Janeiro acariciado por las estrellas de vuestros cielos tropicales, embellecido por las azules perspectivas de vuestra bahía, y desde donde habéis venido á traernos la música inigualable de vuestro idioma, la mirífica belleza de vuestra elocuencia; cuando os hemos hablado, señores delegados peruanos, de vuestra Lima legendaria, dentro de cuyos ámbitos el alma inmensa y desolada de Atahualpa sangra aún de dolor y de angustia sobre las ruinas de un pasado rutilante como aquel templo de Cuzco en el que resplandecían el oro y el prestigio de las divinidades tutelares; cuando os hemos hablado, señores delegados chilenos, de vuestra histórica ciudad de Santiago, tan grata al corazón de uno de nuestros más inolvidables tribunos y unida, aunque distante del Pacífico, á la inmensidad de este océano por la inmensidad de su gloria; cuando os hemos hablado, señores delegados bolivianos, de vuestra docta Chuquisaca, animada en su génesis por los espíritus eminentemente organizadores de Sucre y de Bolivar; cuando os hemos hablado, señores delegados paraguayos, de vuestra encantadora Asunción, metrópoli de un pueblo nacido para la gesta y para la epopeya, como el antiguo pueblo lacedemonio; cuando os hemos hablado de todas vuestras capitales, señores delegados americanos, nuestro pensamiento se volvía á la soberana Ciudad futura, á una

ciudad de promisión que sea como la Atenas clásica para los fervorosos adoradores de la belleza; como la Alejandría feérica de los Tolomeos para los ávidos de ciencia; como la pujantísima Roma para los amantes del derecho; como la mística Jerusalem para la religiosidad de los caballeros cruzados; como la pensadora Ginebra para los perseguidos y para los filósofos; como la moderna Beyruth para los fanáticos de las polifonías wagnerianas; como la modernísima Lutecia para todos los peregrinos del ensueño; una ciudad en cuyo seno tenga generosa cabida el espíritu americano, ó, mejor todavía, todo ese sumo espíritu latino que en un tiempo erigió las catedrales para que se exhalasen desde ellas las oraciones de las multitudes prosternadas y que hoy erige las Universidades y las Academias, mucho más altas todavía que los santuarios consagrados otrora á la liturgia de la vieja fe moribunda!

Señores delegados: le ha correspondido á mi patria la señaladísima merced de ser la sede de ese ensueño de confraternidad continental. Nuestra metrópoli se ha apercibido jubilosamente para albergar á los heraldos de esta palingenesia del espíritu latino, dentro de sus murallas santificadas por la historia. Cuando volváis á vuestros hogares, hacia los cuales tornásteis tantas veces los entristecidos ojos con la nostalgia de la ausencia, no digáis que habéis conocido entre nosotros á un pueblo ansioso de civilización; no digáis, con vuestra condescendencia habitual, que os ha maravillado el estrépito de nuestras industrias; no digáis que os ha sorprendido el movimiento de nuestro comercio; no digáis que habéis entrado en nuestra Universidad y la supisteis grande como muchas de vuestras universidades; que habéis visitado nuestros laboratorios y los hallásteis poblados como muchos de vuestros laboratorios; que habéis recorrido nuestros museos y los encontrásteis florecientes como muchos de vuestros museos; pero decid que os habéis sentido entre amigos junto á los congresales uruguayos; que nuestro pueblo ha victo-

reado á vuestros pueblos; que nuestros brazos os recibieron con afán y os despidieron con tristeza; y que la juventud de este país tiene también sobre los labios, como todas las juventudes del continente, nó los verbos de cólera y de bronce, ni los himnos rudos de la liberación, sino los salmos á la nueva esperanza y á la eterna concordia.

Emerson anunciaba, señores, con su habla ardorosa como la de las profecías, la última hora de las ciudades; yo os anuncio la última hora de las fronteras. Un mesianismo salvador presagiará desde hoy en América la unidad intangible de la raza latina, que es una misma en todas partes, que es grande por la vocación y por el esfuerzo, que aspira al progreso y al porvenir. Cuando ese vaticinio se cumpla, no habrá tierra más fecunda en promesas y en generosidades que esta tierra de América. Tendrá la grandeza formidable de nuestros océanos, eternamente querellosos sobre las playas doradas de sol; una primavera inmortal florecerá en sus bosques vírgenes; los cóndores de nuestras leyendas se cernerán perennemente sobre las montañas que inmergen su nieve cándida y antigua en el azul lleno de vuelos vertiginosos; todas las estrellas de las noches americanas reverberarán en la tersura de nuestros lagos y en las corrientes de nuestros ríos; el surco sonreirá á la cosecha, y habrá una muchedumbre redimida en el puesto de cada una de esas ignaras muchedumbres de hoy que son como las células vivas de nuestras democracias nacientes.

Señores delegados: predicad ese verbo, que es también nuestra inextinguible esperanza. Pero no pidáis para difundirlo las bocas de bronce que reclamaba Hugo para propagar las grandes noticias que anuncian la hora de la expiación para los pueblos. No hay despotismos seculares en este continente que ha generado tantas repúblicas. Decid más bien que ha llegado el momento de las definitivas concordias, y para decirlo haced que se dilaten por todos los ámbitos de América los acentos de aquella

campana del poema de Schiller que podríamos alzar como un símbolo entre dos cumbres resplandecientes bajo el sol; aquella campana, fundida en bronce indestructible, que arrulló los sueños del niño, que derramó sus sones como un cántico de esperanza sobre los júbilos del adolescente, en la sagrada hora de las nupcias, que clamoreó el incendio y el desastre, la muerte y la revolución, y que el lírico admirable quiso oir resonando, sobre el silencio de los valles germánicos, con la nueva gozosa de la paz para su país, para su raza y para el mundo!

1908.

Emerson y su «Ensayo sobre la naturaleza»

«Las anteriores generaciones miraron á Dios y á la Naturaleza frente á frente; nosotros miramos á través de sus ojos. ¿Por qué no hemos de poseer también un concepto original del Universo?» Con estas frases, que parecen encerrar un nuevo sentido filosófico, inicia Emerson la majestuosa y grandilocuente introducción al «Ensayo sobre la Naturaleza». Estamos habituados, en efecto, á sorprender los múltiples misterios de la vida del Todo en las obras de los clásicos, austeras y graves como una meditación. ¿Por qué no renovar la fuente de las sensaciones, por qué no dar un alma al vasto campo y un corazón á la estrella? ¿Por qué no sentir las cósmicas palpitaciones de los soles, ó descender con una nueva sed de investigación hasta los surcos donde se elabora la Vida, perpetuamente cambiante y eternamente sugestiva?

Si hay misticismos indispensables á las fecundaciones del espíritu, se impone, sin duda, sobre todos, el gran misticismo de la Naturaleza, el culto á lo real, la adoración panteísta de las cosas, la devoción por las pequeñeces que, como la brizna de hierba ó como el átomo

de polen, integran la vida universal y contribuyen á la continua evolución de los seres. Por eso es divino este libro. Habla de las mil revelaciones de la Naturaleza con una veneración casi unciosa. Vivifica lo inanimado, magnifica lo imperceptible, santifica lo terreno. Es saludable como un tónico. Sientan las bellas formas á la profundidad de sus conceptos ó á la sutilidad de sus juicios. Dice la palabra de amor después que otros han dicho la palabra de odio. El autor de esta obra viene como maravillado de haber visto otros mundos, y con los ojos llenos de los deslumbramientos del asombro.

Porque, notadlo bien: será inútil buscar en este volumen de filosofía, de sana filosofía, al escoliasta, al formulador de reglas, al fijador de dogmas. Emerson, como un buen sacerdote de los cultos ocultos, sonríe y sonríe. Si mira á la pradera, sonríe, y os dice la plácida germinalia futura, y os canta el placer de la cosecha; si mira al cielo sonríe, y os predica el respeto á los astros inalcanzables, á las estrellas vaticinadoras; si mira al agua sonríe, y os anuncia el triunfo de la inmensidad que hay en la Naturaleza, de la inmensidad que hay en el Arte, de la inmensidad que hay en la Vida. Porque este corazón se prodiga, se brinda, se ofrece, se derrama, se entrega; es generoso y quimérico; es apasionado y humilde; tiene la hermosa fecundidad de lo grande...

Ved lo que dice de la insustituíble belleza de las cosas. Para buscarla no se refugia en las ciudades, cuya última hora ha cantado en profética verba. Para buscarla sale al campo y á la vega, bajo la pompa de los crepúsculos. Oro, zafiro, púrpura El paisaje tiene un alma tranquila. Si sabeis admirar como este hombre los mil prestigios de la primavera, «los vislumbres del día, el rocío de la mañana, las montañas, los huertos en flor, las estrellas, la luz de la luna, las sombras en el agua aquietada», comprenderéis que todo lo que espejea, lo que

fulge, lo que encanta, lo que fascina, lo que sugestiona, no es siempre el reflejo de nuestra sensibilidad sobre las cosas, sinó las encarnaciones sucesivas de una misma belleza, objetiva y perfecta, que es como una suprema condición de la vida. Haced intervenir en la apreciación de esa belleza una facultad eminentísima: el entendimiento; haced pasar á la naturaleza á través del alambique del hombre (es la metáfora emersoniana), y de ese flujo del vivir universal en un espíritu único, de esa divina transfiguración de la realidad en la fuente viva de los más altos idealismos, surge una renovada concepción de todo lo que os circunda y una nueva y original expresión de lo que es inmanente en las cosas: habréis creado el Arte.

———

En otra página de esta obra tan llena de serenidad, de harmonía y de gracia, he encontrado una bella frase sacerdotal: «Todas las cosas con que nos comunicamos nos predican». Pocos han llegado á ese panteístico, á ese fecundo sentido de la Naturaleza. Sabed que el astro es elocuente, que la brisa tiene un alma canora, que el agua dice palabras fraternales, como en las estrofas del celeste cancionero, y que el mundo es una vasta melodía hecha de voces desconocidas é insinuantes. Sabed que si no ponéis el oído á la unánime elocuencia de las cosas, pasaréis por la tierra envueltos en el horror de ese cósmico silencio, errantes bajo una noche sin amanecer y sin estrellas, tristes en la desoladora orfandad de vuestros corazones y de vuestros entendimientos. Es necesario que aprendáis *á poner letra á todas las músicas*...

———

Ha dicho Emerson: «Es esencial á una verdadera teoría de la Naturaleza y del hombre que contenga algo de progresiva». Un poco de gravedad filosófica se mezcla así á los más amables estetismos y á las más encantadoras espontaneidades del decir. Si la Naturaleza señala

lo absoluto, no lo hace sinó evolucionando de lo simple á lo complicado, de lo homogéneo á lo heterogéneo, y de lo uno á lo vario. El átomo es el germen de la nebulosa. La flor se compendia en una partícula de polen. La inmensidad está toda contenida en la gota de agua. Pensad que por esta serie de encadenamientos fatales, por esta gradación sistemática, por esta facultad de la evolución en los hombres y en las cosas, es posible también llegar á la formulación de un panteísmo consciente, que es á lo que ha tendido el autor del «Ensayo sobre la Naturaleza»: un panteísmo que tiene los fervores de los cultos antiguos y que está lleno de éxtasis y de iluminaciones...

———

Esta filosofía de la Naturaleza nos brinda el inestimable consuelo de la inmortalidad de lo bueno y de lo bello: «Nada divino muere. Todo bien es eternamente reproductivo». Quien así ha identificado, siguiendo en esto las inspiraciones de la escuela platónica, la belleza con la virtud; quien ha encontrado que la perennidad del Arte corresponde á la inmarcesible perennidad de la Naturaleza; quien se ha inclinado á escuchar las voces que suben del torrente y las voces que descienden del astro; quien ha sonreído á las cosas, penetrado de esa suma indulgencia que hizo grandes á los dioses helénicos, según la frase de Quinet; quien así concibe el mundo y los mundos, no podía dejar de creer en la fecundidad prodigiosa de la hermosura difundida en el Universo, tan rica en formas de arte, tan pródiga en primaverales eflorescencias de la gracia... Mirad cómo el bien que habéis derramado sobre los corazones se hace imperecedero en esta tierra caduca, entre estos hombres deleznables que sólo duran lo que dura una vida. Mirad cómo todo lo Ignoto estrellado se complace en vuestras dádivas, en vuestros ejemplos y en vuestras flores de virtud. ¿No es acaso la voz de un ingenuo filósofo de la antigüedad

—Platón, Marco Aurelio, Parménides—la que asegura que una bondad infinita contempla amorosamente, desde un cielo propicio, la bondad finita y humana?..

———

Y así, en amplias ondas verbales, con sublime grandilocuencia, nos sigue revelando sus intimidades este gran espíritu teosófico que, ávido siempre de más dominadoras altitudes, se prodiga, se brinda, se ofrece, se derrama, se entrega...

1905.

Artigas

Señores:

Si la Federación de los Estudiantes del Uruguay no pudiese reivindicar para sí misma el honor eminente de haber organizado este acto, siempre le correspondería el orgullo profundo y patriótico de haber acudido con emoción y con entusiasmo á esta glorificación justiciera de aquel iluminado precursor de la patria cuya suerte azarosa y leyéndica se identificó de tal manera con el destino mismo de la nación, antes del atardecer del destierro, que su nombre patricio es la condensación de nuestra historia y la milagrosa evocación de nuestro pasado Días de rehabilitaciones aurorales son éstos que trascurren, señores. Un ansia de equidad y de justicia póstuma mueve todas las almas. Mientras las viejas idolatrías se derrumban, como aras desiertas, como templos abandonados, la admiración serena sustituye al culto fanático, las glorias olvidadas se exhuman, las certidumbres históricas se logran, se aquietan las ofuscadoras pasiones, se desarman las enconadas parcialidades, y sobre el tumulto de los agravios y sobre el violento enjambre de los odios, resplandece la augusta, la imperecedera verdad,

capaz de devolver al suceso sus proyecciones trascendentes, al héroe su dominadora estatura, á la fecha en debate su esplendor pristino y solar.

He aquí, señores, que esa emulación confortadora se ha ejercitado también sobre esta tumba llena de claridades, en esta figura dormida en la muerte que fué sin duda alguna la que se alzó más alta en el desorden de las batallas emancipatorias, en la soledad de los campamentos errabundos, en la comenzante agitación de los Congresos. Alguien se ha inclinado sobre esta huesa, como el héroe del drama de D'Annunzio sobre los despojos de los Atridas, entre las cenizas sagradas y fecundas. De esas indagaciones eruditas, de esos esclarecedores afaneos científicos, ha brotado esta luz: Artigas se engrandece cada vez más á través de las prolijas disquisiciones de los investigadores nuevos; lleva en pos de sí el cortejo imponente de la epopeya; desde las alboradas de la Revolución hasta las dolorosas vísperas del destierro, sólo él está allí, sobre el infinito horizonte, en la lejanía desolada, austero y rebelde, porfiado y combativo, custodiando á su pueblo; y si estas glorias soberanas tuvieran poniente, si el tiempo que pasa significase para ellas la declinación amarga propia de todas las apoteosis que terminan, yo diría, señores, que Artigas es la excepción luminosa á esa regla fatal, porque su gloria tiene la propiedad de las montañas, el privilegio de las altas montañas, que dilatan y alargan su sombra inmensurable precisamente en las horas de las puestas de sol, sobre la tierra sorprendida por el prodigio!

Desde la infancia soñadora, que se complace en las visiones del heroismo y se arrulla con los himnos de las batallas, la vieja y querida figura del fundador de la Patria tenía para nosotros, señores, prestigios casi sobrehumanos. La hemos venerado desde la escuela con admiración unciosa y temprana, y en los maternos labios el nombre de Artigas resonaba como el de un abuelo surgido de estirpes milenarias y titánicas, y en cuya alma belicosa y ardiente

hubieran encontrado un refugio todas las nostalgias de libertad y todos los ensueños de porvenir de nuestro pueblo. El rumor de las magníficas gestas del caudillo se prolongaba con resonancias de triunfo en nuestro espíritu, aún en las horas trágicas del vencimiento, en las que fortaleció su voluntad y embraveció hasta la locura su nativo valor, hecho de arrojos temerarios. Las Piedras es el amanecer deslumbrante. La narración del éxodo no cabe sino en una gran página de bronce en la que se pudiese consignar, traducido en perennes palabras, el clamor de angustia y de desesperanza que arroja á los pueblos, bajo las tinieblas de la noche implacable, hacia las riberas desconocidas y lejanas, en pos de alguna estrella de prodigio que se vislumbra ó se presiente. La batalla de Tacuarembó representa en las oscilaciones de nuestra historia la inutilidad del estoicismo frente á la brutalidad de la fuerza. Después de ella, el silencio desciende sobre el alma formidable de Artigas. Viene el ocaso pensativo de Curuguaty, la luenga tristeza del destierro, los mortales cansancios, los diálogos con la selva y con la noche, la soledad esquiva y altanera, la inconsolable pena, el incesante descendimiento hacia la sombra, y aquella muerte oscura y apacible, cuyo advenimiento liberador, como en la del infortunado Edipo del mito de Sófocles, debió ser saludado por las estrellas y las brisas del cielo como la entrada en la inmortalidad compensadora!

Declaramos aquí que la juventud estudiosa que llega hasta esta tumba veneranda, admira esa vida y esa muerte. Hay en las dos una poesía singular y grandiosa. Y vamos hacia ella con los labios vibrantes de canciones patrióticas, en las que el nombre de Artigas resuena con sonoridades interminables y próceres, como el del más indiscutido de nuestros patricios. Nos atrae la aparente contradicción de esa existencia tormentosa que se inicia en la actividad de la guerra sin tregua, señorea la historia de la Patria con su prestigio, y se desvanece en la soledad y el aquietamiento del exilio. Nos fascina la magnitud de esa vida,

la humildad de esa muerte. Figuraos una Iliada llena de combates, como la del bardo de Grecia, una Iliada llena de fragores y de estrépitos, que se complementase, señores, no con la Odiseà de las navegaciones, sino con la Odisea de un alma agitada por el recuerdo de su militante actividad anterior, en el destierro y en la ausencia. He ahí la imponente grandeza de la historia de Artigas.

Recogemos aquí la sugestión perenne, la enseñanza ejemplar que surge de esa tumba. Esta recordación coincide, señores, ya lo había dicho hace un momento, con la rehabilitación definitiva de esta gran figura continental en la que se han cebado tantas veces la calumnia y la insidia, la malevolencia y el despecho. Digámos muy alto que Artigas no ha sido sólo el brazo fuerte, la voluntad estoica, la espada consagrada al ideal de la patria futura; ha sido también el cerebro pensante, el estadista previsor, el constituyente iluminado que ha hecho algo más que anticiparse al Destino, pugnando por la emancipación de su país: ha hecho mucho más, señores, porque ha fundado el concepto de la democracia en sus instrucciones del año XIII; ha augurado el triunfo de la República en un ambiente de sumisiones monárquicas y de timideces conservadoras; ha sido el pensamiento que crea, la idea que se abre camino, la intuición que descubre y aclara los horizontes del porvenir. Podemos ya decir de él que fué un precursor en el amplio sentido del vocablo; combatiente y legislador, en él se identifica el caudillo prestigioso del éxodo con el orador vidente del Congreso de Abril, que vaticinaba el advenimiento todavía remoto de la democracia en que vivimos. Enseñemos esto á los niños de nuestras escuelas, que aportan á esta ceremonia patriótica el entusiasmo de sus almas nuevas, la virginidad de sus corazones ingenuos, la fe de sus espíritus incontaminados. Que intensifiquen su devoción por la patria en el culto del gran abuelo vencido y victorioso. Que alcen hasta esa sombra augusta y patricia, tutelar hasta más allá de la eternidad inviolable, la ofrenda de sus manos

aclamadoras. Acaso el anciano formidable ha soñado con ellos, en el destierro ingrato y acerbo; acaso, en alguna de sus visiones postreras, cuando sentía flotar sobre él los llamamientos misteriosos de la muerte y de la gloria, ha pensado en los niños uruguayos, y ha sonreido al desfile infinito de las generaciones perpetuamente renovadas que en la patria bendita y lejana trabajarían por el porvenir y realizarían para siempre la gloriosa quimera del caudillo!

Entretanto, señores, mantengamos viva y palpitante esta veneración benéfica y alta. Esta tumba es sagrada. Exornémosla con nuestros espontáneos homenajes, que reavivan en las multitudes populares el fervor por lo heroico, la devoción de todas las grandezas. Y vengamos aquí todos los años, á renovar las flores del tributo, mientras la gratitud de la Nación levanta el monumento que simbolice la perpetuidad del nombre de Artigas en nuestra historia y en nuestras almas, sobre aquel mismo campo de Las Piedras por el que no es posible vagar en la noche sin que se oigan todavia, traídos por las ondas del aire, el estruendo de las primeras cargas, el peán de la primera victoria, el galope ciclópeo de los primeros libertadores! . . .

« Conferencias y Discursos »

He aquí una obra de poeta, una obra rica de energía y de armonía verbal; un libro de una vibrante emotividad y de una afluente gracia: páginas llenas de irradiaciones solares, donde el himno patriótico, el salmo religioso, la loa á las bellezas artísticas, el canto á todas las cosas de la tierra y del cielo, se mezclan, se confunden y se unifican en una lírica consagración. Después de *Tabaré*, la epopeya charrúa, la apoteosis de la raza caída, el poema ancestral lleno de simbolismos y de estremecimientos; después de *La leyenda patria*,—«obra maestra», al decir de Paul Groussac—este libro de prosa abre una nueva perspectiva en el talento de su autor. Lo sabíamos poeta: allí están sus lirismos primiciales, sus rimas robustas, las entonaciones épicas de sus cantos, las omnisonantes vibraciones de su estro, el expansivo y generoso calor de su numen. El alma de este hombre ha dado su bella flor y su fruto propicio en una juventud del espíritu pletórica de ardimientos, cuando su horizonte mental, avasallado por la cumbre solitaria á que alude el maestro, se dilataba en irreales lontananzas de ensueño y de idea-

lidad. Fué á la vez subjetivo y objetivo. Habló de su alma y de las almas. Rimó sus dolores propios y los ajenos dolores. Atento á todas las músicas del Universo, abrió á un tiempo su oído á las armonías íntimas y á las cósmicas sinfonías de las esferas. Y bajo un cielo visionario, sobre una tierra hostil á la creación ensoñadora y á la intelección privilegiada, paseó gloriosamente la flor de llama y de sangre de su espiritualidad.

Después el vate surge y sobre la heredad patrimonial alza una piedra tumularia: el *Tabaré*. Hay poemas que ostentan la estructura del hierro; hay versos que son como petrificaciones: tienen el don de las supervivencias seculares. No es, por cierto, el melodista el que triunfa en esa epopeya de la casta; son las pasiones que remueve, los heroísmos que evoca, las grandezas que canta Es la vida casi mítica que en ella germina, que en ella palpita, que en ella se expande. Y es, sobre todo, la muerte que en ella se idealiza.—En la *Leyenda patria* el exaltado lirismo llena los versos de un fragor de lucha. Ese hosanna al terruño ha hecho vibrar las multitudes prosternadas. Pide un comentario de vítores.

Con la novísima edición de esos dos cantos de batalla, nos llega un libro de conferencias y discursos que hemos abierto reverenciosamente. He ahí una nueva modalidad de un gran espíritu. En esas páginas nutridas de ideas, de conceptos y de imágenes—gayos florecimientos, iris, nimbo, perfume—en esas páginas en que el hondo pensar se reviste de formas austeras ó magníficas, encontraremos de seguro nuevas sorpresas para el oído y para el alma...

El don del orador es la sinceridad. El hombre que se dirige á las multitudes debe dar á su palabra la nativa frescura de lo espontáneo. Habla mejor el que mejor conmueve. Las muchedumbres adoran, en el orden de los sentidos, la claridad; en el orden de las emociones, la energía, que es la suprema persuasión. El orador que

más cumplidamente se aviene con la majestad que Quintiliano confería á su ministerio, es el que se siente capaz de convertir á sus ideas al pueblo. Es necesario que represente una época en la tribuna, ó una convicción en el púlpito, ó un axioma en la cátedra, ó una protesta en el motín. Dejad la gracia fina, el culto ateniense de la forma, el rasgo escultórico, la cinceladura impecable, el giro original, la maestría retórica, todo lo que es meditación ó pulimento, para el gabinete en que el artista esculpe sus íconos ó labra sus ánforas ó prepara sus esencias. El orador debe arrojar vivo y ardiente su corazón á las masas. Debe otorgarse entero y sin reservas. Su naturaleza, según la felicísima expresión de un pensador que es también un poeta, ha de ser «más fresca que el rocío, más estable que las montañas, amiga íntima de las flores, de las olas y del nacer y ponerse de las estrellas de Otoño» . . .

Yo he encontrado esa condición en la oratoria de Zorrilla de San Martín. Acaso buscaréis estérilmente, leyendo sus discursos, la gárrula rotundidad castelarina ó la mayestática pompa del período ciceroniano. No hay efectismos, no hay mirajes en esa elocuencia sencilla que tiende á conmover las almas. Hay, eso sí, confesiones ingenuas, abandonos simpáticos, á ratos sinceros auto-análisis, siempre discreto cuidado de la forma, dominante pasión por la idea, calorosa vehemencia en la propaganda. Porque habéis de saber que este conferencista admirable posee, entre otras excelencias de su espíritu, la virtud teologal del entusiasmo Leed los párrafos ardientes de «El mensaje de América», leed las cláusulas del elogio á la música; leed las páginas fulgurantes de los discursos de recepción en las Academias de España; leed los himnos á la paz y al trabajo, que traducen tan harmoniosa y vigorosamente las palpitaciones del alma colectiva en una hora de esperanzosos renacimientos. Y vosotros, los que amáis la erudición que se exhibe sin pedantería, el didactismo sin arideces, la obra de estudio y de fuerza

melificada por la gracia, leed la luminosa disertación sobre derecho internacional, la magnífica exégesis de la lengua castellana, el magistral análisis de que surge tan prodigiosamente renovado el concepto moderno de la pedagogía.

La oratoria de Zorrilla de San Martín reconoce dos orientaciones fundamentales: la patria, la religión. En «El Mensaje de América» el vuelo de unas banderas nacionales en un aire de fiesta, bajo un cielo de España, suscita líricas salutaciones; en «La América Latina y León XIII», la recordación de los pontífices que han esclarecido la liturgia de Roma, provoca devotos arrodillamientos de espíritu. Tales los dos definitivos aspectos de esa personalidad. Y en ambos, un hechizo supremo: el del vocablo domado, forjado y coloreado por el orador. Es un privilegio del genio encontrar á la vez la palabra que insinúa y la palabra que canta. En otras naturalezas menos pródigamente dotadas, el arte de convencer se conquista y adquiere á expensas del arte de pintar. Aquí, equilibrio perfecto: ímpetu, pujanza, calor; y, junto á esos atributos, la morbidez del período, la prestancia del epíteto, la maravillosa flor del verbo, el sugestivo destello de la dicción.

He ahí el secreto de esa individualidad. Hay elocuencias que tienen las atracciones del vórtice. Inflaman el espíritu en devorantes encendimientos; ciegan, arrastran, alucinan. Bastan á imponer un criterio, á crear una convicción, á promover un estallido. La de este poeta nuestro que ha dicho tan bellas cosas sobre su Dios y sobre el mundo; que es todo corazón y todo idea; que ha lanzado el galope de su Pegaso sideral á través de los orbes y de las constelaciones; que desdeña el Walhalla pagano por la Jerusalem de los profetas; que ha experimentado los sobrecogimientos de la emoción bajo las arcadas de las catedrales católicas y en las tribunas de los ateneos donde se definen los dogmas; la de este poeta nuestro es la elocuencia honda, serena, reflexiva, tranquila, soberanamente emovedora, exultante en los éxtasis de la fe, llena

de claridades y de arrobamientos de alma, como la de un iluminado. Por eso, si seguís á este hombre en la tribuna, sólo veréis dos ademanes acompañando el ritmo ágil de su pensamiento: el ademán del sembrador que prepara los surcos; el ademán del apóstol que implora las sugestiones de lo alto para difundir entre los hombres la palabra de bien y la palabra de verdad...

1905.

En la fiesta de la Primavera

Discurso pronunciado en la velada del Teatro Solís, organizada por los estudiantes en celebración de la Fiesta de la Primavera y á beneficio de la Liga U. contra la Tuberculosis.— 4 de Noviembre de 1908.

Señoras, señores:

El numen familiar que preside esta fiesta ha querido ponerla bajo dos amorosas advocaciones igualmente adorables: bajo la fuerte tutela de la juventud, que se ha buscado á sí misma, en la primavera fecunda en milagros, un símbolo hondo y perdurable, y bajo el patrocinio de esa próvida caridad cuyo seno inexhausto florece largamente en humanas ternuras y en sobrehumanos sacrificios. Y el numen glorioso y fraternal ha tenido esta vez un acierto feliz. Si la juventud de esta República debe ligarse para siempre á algún grande y prestigioso ideal; si debe reunir en las resonantes intimidades de su corazón, el anhelo de las interminables investigaciones científicas y el ansia inextinguible del bien universal; si ha de vincularse á la humanidad del presente y del porvenir por actos memorables y próceres, diríase que jamás ha podido acudir á altares más santos y á más férvidas devociones que al altar inviolable de la materna naturaleza, en cuyas jocundas primaveras ha encontrado un símbolo de su vigor expansivo y vital, y á la devoción de esa incomparable virtud de la caridad que ha descendido de la cruz em-

blemática para refugiarse, por fin, como un ave medrosa de la luz, en lo más hondo de esas almas de dilección movidas por la piedad y ricas en amplias y espontáneas misericordias!

No ha bastado, señores, la glorificación de la naturaleza inmortal en nuestra clásica fiesta de Setiembre, hija de la felicísima inspiración de aquel Congreso de la juventud estudiantil en cuyo seno todas las voces loaron la eternidad de la esperanza y bendijeron una vez más, frente al angustioso pesimismo de nuestro siglo, el inmarcesible don de la vida. No ha bastado, señores, el lírico salmo á la belleza de la tierra, la apoteosis del surco abundante en la labrada heredad, el canto al árbol que se corona de flores como para una fiesta, el himno al nido en que el perpetuo amor halla un santuario sacrosanto, ó el hosanna al azul en cuyas estrelladas lejanías sonríe ó amenaza el misterio: porque no parece sino que cuando la juventud ha vuelto las miradas inquietas de su espíritu hacia esas excelsas consagraciones de la terrena felicidad, rediviva en cada nueva primavera en la flor armoniosa ó en el astro propicio, una voz gemebunda en que se exhalan á la vez los acentos de todas las miserias anónimas, la ha arrancado de pronto á las dulzuras del éxtasis inefable para ponerla frente á la otra realidad, frente á esa inmisericorde y abrumadora realidad que es el dolor sublime, el dolor silencioso ó el dolor resignado!

Yo encuentro en esas imperiosas apelaciones de la inevitable tristeza humana el íntimo significado de ésta fiesta. Imaginemos una vasta pradera florida en que las rosas de ostentoso color alternen con los funerarios asfodelos; ó imaginemos una música de regocijantes ritmos sonoros, en la que un intermitente plañir mezcle á las veces su monótono son á las triunfales armonías; y tendríamos así una como evocación fidelísima de la existencia cuotidiana, tal como la ha interpretado la juventud al confundir en esta fiesta dos tributos igualmente simpáticos: el tributo de sus admiraciones por la vida, el tributo de su respeto

y de su caridad por la congoja de aquellos que ya se saben amenazados por la muerte!

Y es que no es posible, señores, prescindir por entero de la compasiva contemplación del dolor. Los versos del magnífico poeta de «Le Bonheur» cantan en este mismo momento en mi oído la elegía de la desesperanza irremediable Cuando Fausto, después de una vida de acerbas contingencias, se libera por fin de la cárcel miserable de su cuerpo y sube al encuentro de la amada en un planeta lejano y quimérico, el poeta nos dice que lo que asciende á perturbar la felicidad de los dos venturosos es un rumor confuso que surge de la tierra, hecho de las lamentaciones de los hombres que reclaman justicia. Y cuando, después de la voluptuosidad de los sabores y de los perfumes, gustan los enamorados la alegría embriagante de los colores y de las formas, el grito de la tierra agita el éter, atraviesa las radiantes esferas y va á perderse en las ilimitadas llanuras del cielo. Y cuando, deseosos de sustraerse al obsesionante ulular, se abandonan de nuevo á los encantamientos y á las alegrías del amor victorioso, el clamor de las blasfemias terrestres vuelve á elevarse en el aire insondable y azul para propagar por el espacio infinito el eco de las dolientes lamentaciones. Y cuando Fausto busca la paz del alma en las pacientes persecuciones de la sabiduría, aquel multisonoro gemir lo conmueve también en el apartamiento del estudio y de la meditación. Y cuando, finalmente, ya de retorno de las austeras peregrinaciones mentales, busca otra vez en la amorosa ternura de Stella el codiciado sosiego, el coro trágico y sollozante, el lejano y querelloso clamor en que se mezclan los suspiros de los enfermos y de los moribundos, las quejas de los amantes traicionados, las imprecaciones de los héroes vencidos, asciende, asciende siempre de la tierra para interrumpir una vez más la dicha deseada y efímera. Y el poeta nos dice que la irredimible desventura de sus personajes se corona con un acto de sacrificio y de abnegación, como para demostrarnos, señores,

que es grande el dolor cuando se ostenta á los mortales en toda su fatídica majestad: grande cuando nos hiere, grande cuando nos atribula, grande cuando nos abisma; pero que es más grande todavía el alma toda encendida en caridad que, saliendo al encuentro de la Euménide inexorable, lo desarma con el amor que se transforma en altruismo ó lo atempera con la simpatía que se convierte en solidaridad fraternal!

Pero advierto, señores, que la poética evocación del gran parnasiano, casi me ha forzado á olvidar que la fiesta de hoy es, más que todo y sobre todo, una fervorosa afirmación de juventud. Sienta muy bien la austeridad á las vidas que han consagrado su madurez á los torturantes sondeos de la meditación. En cuanto á nosotros, dedicamos, sí, una ternura de nuestra alma y un latido de nuestro corazón á los dolores que pasan, ó á las tristezas que no pasan jamás porque son perdurables; pero notamos que la tierra sonríe, que el sol baña en oro las cosas, que la brisa recita sus madrigales á la flor; y he aquí que el alma se rinde por entero á los halagos de la naciente primavera, también gozosa de vivir y presta ya para los júbilos inenarrables de la fecundación. La primavera tiene su ideal: florecer; la juventud proclama el suyo: crear. Nadie glorificó á la primavera como la Grecia antigua y genialísima, madre de todas las maravillas: el coro de sus doncellas saludaba el retorno del sol con hímnicas y apasionadas palabras; sobre las aras de los dioses, á la llegada de la dulce estación, ardían los fuegos de los sacrificios propiciatorios; se celebraba en alados peanes al infinito firmamento azul que cobijó los sueños de Homero; y ninguna ciudad fué tampoco más grande que aquella Atenas predestinada que no se glorió nunca de haber uncido á los pueblos al carro de sangrientas victorias, sino que hizo consistir sus omniseculares prestigios en que se dijese de ella, por la boca armoniosa de sus poetas inmortales, que estaba toda coronada de violetas, bajo la espléndida pompa de los cielos del Atica.

Y cuando Sófocles de Colonna, el grande y sobrehumano cantor de Antígona, quiere loar las excelencias de la nativa ciudad, no dice de ella que era cuna de sabios ó de conquistadores,—ni siquiera la patria de aquel ciego y trágico Edipo cuyo formidable dolor es como la expiación de toda una raza en el alma eminente de un solo hombre,—sino la tierra fecunda en corceles y en ruiseñores adonde jamás se ha desdeñado de bajar, como el rocío de la noche sobre las diademas de Ceres, el coro risueño de las musas!

Tan dominante era el amor de aquella estirpe privilegiada por la inmarchitable primavera, en cuyo loor ha elevado hace poco sus voces la juventud estudiosa del continente. Es esa misma devoción la que hará abrirse más tarde, en todos los jardines del arte, las maravillosas flores de la belleza. Hay una época de la historia del mundo, que acaso pudiera equipararse en esplendor á aquella helénica primavera de la tierra: el prodigioso Renacimiento. Y me imagino, señores, que quizá se sintieron, como nosotros, perturbados por todos los aromas de la amable estación, por la dulzura de todas sus savias, por la magia de todas sus armonías, por la gloria de todos sus reverdecimientos, aquellos hombres inspirados y singulares que restablecieron sobre las aras de la Edad Media el culto de la euritmia pagana, que se apasionaron por la vida, que fueron prolijos orfebres como Benvenuto Cellini, titánicos creadores como Miguel Angel, enciclopédicos talentos como aquel admirable y sereno Leonardo da Vinci: potentes engendradores de belleza á quienes les fué concedido, en una era de renovación primaveral, hacer flamear la vida como una llama sobre los viejos simulacros, tallar para los excelsos monumentos los armoniosísimos mármoles, poner el cántico de la resurrección sobre los labios inertes de las estatuas derrumbadas, y levantar hasta las alturas de una prestigiosa idealidad el alma de una civilización enamorada del milagro!

Señores: Que nos sea propicia la diosa de tirsos flo-

recientes á cuya aparición deslumbradora la tierra agota, para regocijarnos, el tesoro de sus bellezas. Vamos á poner nuestro ensueño bajo esa égida amorosa, que es como ponerla al amparo del indestructible ideal. Ella, que un día presidió la fiesta de nuestros espíritus, en las fecundas deliberaciones del 1er. Congreso Estudiantil, mantendrá unidas estrechamente, en el recuerdo grato de esta común celebración, á todas las juventudes de América, estimulándolas en la segura conquista del porvenir. Yo tengo fe en que esas radiantes adolescencias, especulativas y estudiosas, podrán decir un día, remedando las certeras palabras con que Catulle Mendes procuró caracterizar una vez las tendencias de una escuela poética: En muchas cosas podremos no parecernos, pero nos asemejamos, sin duda, en el común ideal, en la indeclinable esperanza y en el anhelo infinito de la perfección!

Samuel Blixén [1]

Es imposible que haya en Montevideo quien no sepa á estas horas que Samuel Blixén, el fecundo y admirado escritor, acaba de morir No parece sino que la pluma se resiste á escribirlo: tan dolorosa, tan inesperada, tan brutal resulta la funesta noticia. Si es cierto, como se asegura, que la labor del literato, del periodista, del hombre de ideas, propicia y crea amistades, no por anónimas menos apasionadas y menos duraderas, ninguno logró ganarse tantas, en una existencia, por desgracia harto breve, de activa lucha intelectual, como este escritor que se fué para siempre en la plena fuerza de su ingenio. Nadie como él conoció en el país el arte de la plática amena, deleitosa y sutil. Nadie, en estilo más fácil, menos presuntuoso y más móvil, dijo cosas tan agradables. Nadie tuvo lectores más obstinados Nadie, derrochando sentimientos é

(1) Este artículo fué escrito sobre la mesa de redacción de «El Día», á raíz de difundirse la noticia de la muerte del malogrado y popularísimo literato. El autor no ignora que esta extensa nota necrológica no carece de deficiencias de forma, inevitables en los apresuramientos de la improvisada labor periodística. Sin embargo, la publica tal como vió la luz en el diario á cuya redacción pertenece, á fin de conservar al homenaje tributado al glorioso é inolvidable «Suplente», toda su espontaneidad.

ideas con larguezas de pródigo, en charlas despojadas de vanidad, en negligentes «causeries», cautivó por modo tan irresistible á cuantos lo leyeron.

Puede decirse que con él muere en nuestras letras todo un género. Poseía el alma de los verdaderos «croniqueurs», cuya alada y chispeante mentalidad se goza en mariposear sobre las ideas sin profundizarlas demasiado. No lo conmovieron los graves problemas que abren horizontes infinitos á la especulación; no adoptó jamás las «poses» pedantescas del pensador, ni se supuso nunca dotado del espíritu de la erudición y del análisis Parecía más bien que su alma armoniosa y sonriente—enamorada de todo lo que es seductor en la tierra, ávida de vivir en belleza, un tanto escéptica y cambiante—se complaciera en desflorar las cosas para darnos después, en crónicas oportunas y fugitivas, impresiones de vida ó de realidad que se hacían todavía más vivaces bajo su pluma risueñamente evocadora. Su reino fué el de las amenidades placenteras. Y nadie, entre nosotros, lo ha superado todavía en el arte de escribir abandonadamente cosas más encantadoras y de hacerse leer con menos esfuerzo por un vasto círculo de admiradores desconocidos.

Blixén perteneció al número limitado y selecto de aquellos que sorprenden por su genial precocidad. Desde joven pudo significarse en la prensa como una promesa halagadora para las letras nacionales. Sus primeras crónicas—que firmó con el seudónimo de «Uno de la Platea»—denunciaban todas las inexperiencias propias de la iniciación, pero también todas las cualidades propias del talento. Detrás del vacilante observador de la platea estaba el crítico peritísimo en materia de arte teatral; el crítico amable, pero justo, que había de imponer años después el seudónimo de «Suplente», como una credencial de competencia y de autoridad. La reputación de «Suplente» tuvo, al igual de muy pocas en nuestro país, la rara fortuna de atravesar nuestras fronteras, para hacerse, podemos decirlo sin exageraciones y sin envanecimientos,

casi mundial. No llevó ningún dogmatismo á su crítica, ni podía llevarlo tampoco quien, como él, más que juez severo y atrabiliario, era un apasionado catador de bellezas. Su libro «Cobre viejo» da idea acabada é irrefutable de la ecléctica amplitud de su espíritu. Amó el genio armonioso de Racine tanto como el genio desordenado de Shakespeare. Tuvo homenajes de elogio para las gracias ligeras de Moliére, para las suntuosidades efectistas de Sardou, para las finas psicologías de Lavedan. Aunque pensamos que si se hubiera visto precisado á elegir entre todos, sus preferencias se hubiesen inclinado más bien á escoger entre las musas de la Comedia aquélla que dejara en su espíritu claro, simpático y vibrante, más hondas y regocijadas resonancias...

Pero tuvo todavía un mérito mayor que el de mero, aunque genialísimo, cronista teatral. El mismo aportó á nuestro teatro en gestación un gran caudal de esfuerzo y de entusiasmo. La dicha de vivir sonríe en alguna de sus obras escénicas. En todas ellas pasa como un aliento de renovación para nuestras tablas, demasiadamente habituadas á las simplicidades barrocas de la «dramaturgia» indígena. Fué un fino creador de figuras vivientes. Tuvo, desde muy lejos, la visión de un teatro del porvenir, sin gauchos, sin atavismos, sin puñales. No en balde había bebido en los frescos raudales de la poesía moderna, y no en balde también había paseado su espíritu comprensivo á través de todas las épocas, á través de todas las tendencias artísticas, en una de esas luengas y fructíferas peregrinaciones mentales tan fecundas en sugestiones, en enseñanzas y en ejemplos.

De Samuel Blixén pudo decirse muy bien lo que Gautier dijo de sí mismo: para él el mundo exterior existía, y sus ojos se volvieron siempre con cariño hacia los espectáculos de ese mundo exterior, que posee mil hechizos para los contempladores fervorosos y para los artistas dotados de la cualidad inestimable de la penetración.

Blixén no era el viajero impasible, sino el ameno y

prestigioso evocador del alma oscura que late en las cosas. Recuérdense las crónicas del Brasil publicadas en las columnas de este diario: la naturaleza tropical revivía en ellas con todos sus esplendores, con todas sus pompas, y no parecía sino que aquel estilo suyo, familiar y personalísimo, cobrase de pronto la facultad—eximía aún desde el punto de vista literario—de dar á los lectores sensaciones pictóricas. Desde los lejanos bulevares de Paris, ¿quién describió mejor que él aquella vida de deliciosa frivolidad y de mundana elegancia? Poseyó siempre como una excelencia de su temperamento de literato y de periodista, la fecunda vena del narrador. Son de una magia incomparable sus recuerdos de las aventureras correrías «por los mares azules», sobre las aguas en bonanza, ó entre los pequeños sobresaltos de un amago de tempestad en las costas del Este, celebradas por él en correspondencias entusiásticas que tenían á veces el fervor de los cánticos...

¡Y qué alma la suya, apasionada, melodiosa, expansiva, próvida en la amistad, inaccesible á todo rencor, fácil á todas las sugestiones del entusiasmo! Se prodigaba en generosidades infinitas. Blixén no conocía las insufribles petulancias de los engreídos, y era tan dadivoso para la estimación del ajeno talento como para el empleo del propio. Infundió siempre en su vida de sociedad y de relación afectuosa con los demás, el encanto peculiar de su estilo, y supo atraerse las voluntades de todos sin amaneramientos y sin violencias.

Hemos vuelto á hablar de su estilo, y no porque fuese excepcional, atildado, meticuloso, prócer, para decirlo con una sola y expresiva palabra. Pero era el estilo del cronista, fluído, insinuante y alígero. Revoloteaba sobre todas las cosas. La frase brotaba siempre sin esfuerzo, musical y plástica, abundante como en una continua improvisación. El espíritu de Blixén se asemejaba al de los grandes cronistas parisienses que él tanto amó: amalgamaba en síntesis armoniosa la fuerza y la elegancia, cualidades que

se ostentan unidas también en aquellos prodigiosos removedores de emociones sencillas y complejas cuyas virtudes varias han ido á culminar en el alma serena é irónica, dulcemente irónica y serena, de Anatole France. Sí: afirmémoslo sin reserva: Blixén cultivó en nuestro país, y con extraordinaria fortuna, una especial manera de ingenio. En vano habréis buscado en su obra, negligentemente dispersada en cien publicaciones distintas, profundidades filosóficas: pero la levedad y la gracia, el humor desenfadado y chispeante, la donosura en el decir, la ligereza atractiva del ondulante pensamiento, todo eso lo habéis encontrado en sus crónicas, en sus impresiones cuotidianas, en sus artículos escritos sobre las mesas de redacción, entre los apremios de la última hora.

Acaso—¡y cómo nó si ha caído tan joven y tan fuerte! —le faltó el tiempo necesario para escribir una obra que fuese su definitiva consagración, después de haberse sentido acariciado por las auras placenteras de la popularidad. Su labor de catedrático de literatura — con la que inició á varias generaciones en los saboreos de la belleza y en los goces del arte—vale bien un libro genial. Llevó á ese puesto todos los entusiasmos y los fervores de su alma, maestra en clásicas elegancias. Y cuando quiso consolidar con un esfuerzo personalísimo la labor apostólica realizada en el aula, escribió los «Prolegómenos á la literatura», que los estudiantes hojean todavía con afán, y la «Historia de la literatura contemporánea», rica de enseñanzas en su irremediable brevedad y en su premeditada concisión.

Lanzado más tarde á los ardores de la vida política, se despoja en gran parte de su aristocrático escepticismo. Las causas bellas lo apasionan. Y allí también, perseverante en su obra de inconsciente monopolizador de simpatías, sabe crearse amistades que son menos perecederas que las ordinarias porque se fundan en la admiración de un preclaro talento y en la adhesión á un carácter expansivo y cordial. Aún en la política, impone su ava-

salladora intelectualidad. Sin pertenecer al Cuerpo Legislativo, se le oye en las conversaciones de las antesalas como á un legislador elocuente y sagaz. Y es que el llorado extinto tenía en todo, sin pretenderlo, sin buscarlo, seguramente sin quererlo también, la talla y el genio de un maestro.

No hablemos ya del periodista. Suele afirmarse que la labor de éste último es siempre efímera, inconsistente, fugaz, puesto que vive «el espacio de una mañana», para decirlo con una frase cara á Malherbe. Podemos asegurar, sin embargo, frente á esta muerte injusta y traidora, que la obra periodística de Blixén tiene, para nosotros, la virtud singularísima de la perennidad. En ella puso lo mejor de su alma epicúrea y selecta. Su verbo afluente y fácil se prodigó en la labor fugitiva para la generalidad, pero sin duda inmarchitable y eterna. Nosotros, que le hemos visto compartiendo un puesto de combate—para siempre vacío—en torno á la mesa del trabajo común, sabemos bien cuánto valía aquella pluma apta para la obra rapidísima, intensa á veces de pensamiento, otras veces florida de elocuencia, pero siempre galana, siempre atractiva, siempre inimitable. Y la muchedumbre de sus lectores, los miles de lectores que cuotidianamente aguardaban la nota amena, la prestigiosa charla, la crónica breve y sutil, sentirán la nostalgia del «causeur» admirable y, aún sin conocerle, sin haberle visto jamás, sin haber penetrado en su intimidad afectuosa, le llorarán como á un amigo. El periodismo agilizó su ingenio y su pluma, y él supo recompensar las amables durezas del aprendizaje con ofrendas de obstinada labor de la que jamás estuvo ausente su alma casi única, fácil á la emoción é inaccesible á la fatiga.

Comprendemos, pues, cuán grande é irreparable es el vacío que deja en las letras nacionales la desaparición de este prosista singular, de cuyas irresistibles vocaciones literarias hemos debido enorgullecernos más de una vez como de una gloria de la patria. El forzoso mutismo á que la muerte lo condena—¡á él que fué todo irradiación.

todo calor, todo espíritu!—lo hará más grande todavía. Pero habrá que llorarlo también como á un amigo insustituible en los afectos de nuestra alma, que hoy más que nunca se querella de la muerte brutal. Cayó cuando más lejos parecía estar de su lamentable destino, en la plena conciencia de su robustez corporal, todavía entrañablemente enamorado de la vida y del mundo. Muerto quien, como él, amaba todo lo que palpita, todo lo que vibra, todo lo que canta—belleza de las cosas, fascinación de la naturaleza, eflorescencias del espíritu, manifestaciones del ingenio no parece sino que debiéramos desconfiar de la vida que sorprende con emboscadas tan fatales y que se complace á las veces en ofrecernos el espectáculo de sus incomprensibles ironías, ora cortando alas ávidas de espacio y de luz, ora abatiendo inteligencias hechas á todas las conquistas y á todas las victorias!

Llorémoslo, pues, porque era tan grande, porque se vinculó á tantas almas, porque amó á la vida con tan hondos amores; pero consolémonos pensando que tiene ahora, sobre la nativa grandeza que era una condición de su espíritu, la excelsitud de una muerte inmerecida; que vivirá todavía en la amistad póstuma y en el afecto silencioso de sus admiradores, y que la revancha de su intelectualidad contra la muerte está en su obra de escritor, que perdurará en las antologías y en las almas con todos sus lozanos prestigios y con todos sus inmarcesibles encantos.

En honor del profesor Altamira

Discurso pronunciado en el salón de actos públicos de la Universidad, en nombre de esta prestigiosa institución docente.

Ilustre profesor:

En esta hora, demasiado fugaz, que las nobilísimas exigencias de vuestra empresa intelectual ha querido que fuera la última entre las consagradas á la fecunda convivencia de nuestro espíritu con el vuestro, deseo recoger, como la expresión definitiva de nuestro sentir, la frase magistral y toda vibrante de emoción con que un notorio orador argentino os despidió en su tierra, honorada también por vuestras inolvidables enseñanzas. La tribuna de nuestra Universidad, serenamente hospitalaria para todas las altas manifestaciones intelectuales, quedará muy pronto vacía de vuestra persona, pero penetrada de vuestro recuerdo y de vuestro pensamiento, cuyas vibraciones melodiosas revivirán en la intimidad de nuestra alma de la misma manera casi sortilégica cómo «los órganos de las catedrales, abandonados por el artista—decía con irreemplazable y justo decir el eximio orador bonaerense,—sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los

acordes errantes». Porque esa es, señor, la honda y persistente eficacia de la palabra de todos los iluminados, cuando esa palabra ondula, resuena, canta ó evangeliza frente á las multitudes,—sobre el vano tumulto, sobre las inútiles oposiciones y sobre la estéril contienda de los intereses subalternos,—en una ardiente predicación de ideal Para los que hemos comprendido la virtual generosidad de vuestra propaganda, aquel apostólico acento vuestro con que habéis hablado, y hablaréis todavía, á las jóvenes sociedades de América, sobrevivirá, en la inaplacable inquietud de nuestros corazones, como una voz que trae de Europa, nó la afirmación petulante de doctrinas que allá han envejecido y tal vez caducado para siempre, sino el mensaje cordial de aquella nueva civilización española tan esplendorosamente representada por vuestro talento; aquella nueva civilización española franqueada ya á todos los vientos del espíritu, á todas las influencias del presente y á todas las solicitaciones del porvenir.

No traéis en vuestras manos la espada rutilante y flexible de las controversias académicas, sino un atributo de paz; y es porque sabíais, con anticipadas revelaciones de vuestro destino como educador de muchedumbres, que en los luengos y novedosos peregrinajes por las ciudades americanas, rumorosas, cosmopolitas y animadas por un progresivo espíritu de modernidad, vuestra noble cruzada no iba á renovar el estruendo de las antiguas disputas y de las apasionadas justas dialécticas; porque no veníais á discutir sino á confraternizar con nosotros; nó á imponer vuestras enseñanzas, sino á difundirlas por el convencimiento; nó á conquistar prosélitos para ningún dogma científico, sino á atraer corazones con la inagotable bondad que unge con óleos de persuasión vuestra palabra; humana y compadecedora bondad que, como la ternura profunda y cordial de que nos habla el poeta francés, se siente perpetuamente estremecida ante todos los injustos dolores del mundo!

Temíais acaso que las sociedades recién surgidas á la

existencia en este continente, acicateadas todavía por los resabios de su épica y tumultuaria mocedad, se dejasen regir por los impulsos demasiado vehementes ó por los instintos demasiado batalladores; y para desvanecer el extraño prejuicio que hace consistir en las apoteósis de la fuerza la gloria y la preponderancia de las naciónes, habeis proclamado hace poco, desde esta misma cátedra universitaria, la eficacia regeneradora del ideal y la bondadosa sugestión del amor. Pues bien, maestro: nos interesa que digáis en Europa, desde aquel austero retiro ovetense en cuyos hondos silencios claustrales germinan tantas semillas de sabiduría y de virtud,—que digáis en Europa cómo ha resonado, con propicias repercusiones, en los ámbitos de nuestras universidades, el verbo vibrante en vuestros labios; cómo la juventud americana lleva en el corazón, al iguál que la juventud que en vuestro propio país alza las nuevas banderas sobre las cumbres inholladas, el anhelo de un mañana mejor; cómò hemos venido preparando el espíritu de nuestros pueblos para las ascensiones ideales de que nos dan ejemplo los vuestros; y cómo en las primaverales eflorescencias de nuestra civilización late y circula no sólo la savia vital que ayer fortaleció para las gestas inolvidables el brazo de nuestros guerreros, sino también la que vigoriza el cerebro de nuestros trabajadores intelectuales, discípulos, hermanos y colaboradores, puesto que así lo habeis querido, de los que honran universalmente vuestras aulas.

Nos interesa sobre todo que se conozca en España el éxito singular de esta prestigiosa cruzada vuestra cuya inteligente realización era un ensueño de nuestras jóvenes sociedades. Si alguien ha podido creer que los vínculos históricos y tradicionales, y las perdurables afinidades de raza y de idioma que nos unieran á España se habían quebrantado al consumarse la obra necesaria de nuestra emancipación, en los tempestuosos amaneceres del siglo pasado, el espectáculo de la indestructible alianza espiritual que el mensaje de la Universidad de Oviedo significa,

bastará para disipar aquella creencia. Somos, por imposiciones de la febril vida moderna, extrañamente cosmopolitas. La sangre europea se ha transfundido en nuestras venas, atemperando el ritmo bravío de la impetuosa sangre indígena; en nuestras urbes se unifican todas las patrias; en nuestros puertos ondulan y flamean, bajo la fastuosa gloria solar, todas las banderas de la tierra; nuestro hogar conoce el amable secreto de las hospitalidades afectuosas y amplias; pero, sobre la confusión de las costumbres, sobre la mezcla de los idiomas, sobre la agitación oceánica de las multitudes, hay algo que nos une perennemente á vuestra historia, á vuestro espíritu, á vuestro destino; algo que hace que vuestro pensamiento pueda dilatarse amigablemente en el nuestro, y que vuestros sentimientos encuentren una prolongación ideal y una concordancia perfecta en nuestros propios sentimientos; y ese algo es el habla sonora y unánime en que habéis venido á predicar entre nosotros palabras de esperanza y amor; la lengua maternal y armoniosa con que nos han arrullado vuestros padres y nuestros padres, en que se han dirigido al porvenir vuestros estadistas y nuestros estadistas, en que han cantado vuestros poetas y nuestros poetas; la lengua majestuosa en Quintana, prestigiosa en Zorrilla, vibrante y electrizadora en Espronceda, matizada y lírica en Bécquer, multisonante y rotunda en las estrofas de Núñez de Arce, opulenta y asiática en la prosa de Castelar, atildada y pulcra en Valera, áurea en las oraciones de Donoso Cortés, magistral é impecable en los densos estudios estéticos de Menendez Pelayo; sobria, vigorosa, persuasiva, y apta para la difusión de las más altas verdades en las páginas de crítica y de sociología del glorioso Altamira... Lengua melódica y subyugante por cuya virtud, imperiosamente unificadora, tantos pueblos se identifican con el vuestro en el mismo esfuerzo de domeñación del rebelde presente y en la misma ansiedad de porvenir.

Porque no es tan sólo el idioma, señor, lo que nos une y armoniza á través del espacio y del tiempo: es

también la identidad fundamental de nuestras aspiraciones, la santa comunidad de nuestros anhelos de futuro. Es multisecular vuestro pueblo, pero triunfa en él, actualmente, el intento feliz de una renovación. Ya no se vuelve sólo, con supersticioso mirar, á las doradas lontananzas de su historia, ni se aisla en sus tradiciones gloriosas, ni se cristaliza en la inmovilidad marmórea y mortal de los moldes impuestos: es más alto el afán de sus hombres de pensamiento, y hay en la actitud de los más avanzados intelectuales de vuestro país, pródigo de sol y de gloria, el deseo, ya casi magníficamente realizado, del vuelo y de la ascensión. Y es por eso por lo que el alma reflorecida y radiosa de vuestra España puede vibrar al unísono con el alma adolescente de nuestra América. Cabe atribuír á las dos el culto de aquel generoso ideal que un pensador de vuestra península, el sugestivo Alomar, calificaba con la denominación modernísima de *futurismo*, predicándolo, con novedad de estilo y de concepto, á las generaciones nuevas de su patria y á los políticos próceres de su edad, como la violenta y sintética expresión de un deseo de reforma intelectual y social que ha de fundarse principalmente en un vivo y austero desprecio de todo lo inmutable y dogmático, y en una estimulante esperanza en la obra genial y constantemente rectificadora de nuestros hijos.

Vuestra Universidad de Oviedo ha contribuído de una manera especialísima á ese progresivo acercamiento del espíritu español al espíritu americano. Y notad por qué humilde linaje de medios providenciales se ha realizado esa aproximación fecunda y feliz. Evocando los gloriosos orígenes de vuestra Universidad, yo me la figuro levantándose en vuestra España, hace ya tres centurias, como una concreción maravillosa de vuestro vasto ideal de cultura científica. El Renacimiento ya había transfigurado la vida social española. Ya escribiera Luis Vives, revelando su genial aptitud, sus libros nutridos de doctrina renovadora; Nebrija había mostrado, rediviva y triunfante, la antigua y clásica civilización, y Servet descubierto el

misterio de la circulación de la sangre, y Huarte y Pereyra anticipádose á las sensacionales revelaciones de la filosofía nueva; Luis de León rimaba sus odas morales y exaltaba las sorprendentes hermosuras de la noche serena; Fernando de Herrera hacía vibrar heroicamente el resonante endecasílabo en sus glorificadores epinicios; llegaba á vuestras tierras enamoradas de la luz el indisipable aroma de las primaveras itálicas; triunfaban vuestros artistas en las escuelas; laboraban vuestros humanistas en el silencio de sus gabinetes; Hurtado de Mendoza mostraba en la rica diversidad de sus infatigables actividades, la índole particularísima de vuestro pueblo; Cervantes se disponía á dar entrada, en la asamblea de los arquetipos literarios nacidos para la inmortalidad, á su hidalgo casi divino; el teatro español se preparaba en silencio para su inigualable edad de oro; sumad á esto el brillo deslumbrante de una monarquía que dilata sus dominios sobre dos continentes, y el vigor de una civilización fecundísima que impone en todas partes su soberanía y su prestigio. En este ambiente privilegiado nace vuestra Universidad, y se abren á la meditación y al estudio sus claustros hospitalarios y sus aulas austeras. Pero no es en ese siglo de preponderancia de vuestra nación y de vuestra política cuando se realiza por entero el ideal de vuestros sabios y de vuestros gobernantes; ese ideal lo realizais ahora vosotros, los ilustres profesores actuales de la Universidad de Oviedo; vosotros que convocais á los pueblos á las fiestas de vuestro espíritu, que salís en cruzada de pacificación y de esperanza, y que procuráis mantener con las colonias emancipadas aquella voluntaria y complacida comunicación ideal mucho más fecunda que la antigua subordinación á la metrópoli, porque nos permite acercarnos sin recelo, sin humillación y sin amarguras, al ara indestructible, y ya santificada por la Historia, de nuestras adoraciones comunes.

Preclaro maestro de América: Cuando abandonéis este recinto, en donde por tan breve espacio de tiempo nos

ha cautivado la simpática vibración de vuestra palabra, llevad la seguridad irrevocable de que hemos amado y amamos, por la mediación de vuestro espíritu dilecto, el viejo y afectuoso hogar universitario de cuyo mensaje os ha correspondido ser esta vez iluminado portavoz. Y amándolo, nos sentimos más fuertes, por la noble sugestión de su ejemplo, para afrontar el presente no siempre halagüeño y para mirar al porvenir, todavía incierto é indeciso. Para guiarnos en la búsqueda ansiosa del ignoto futuro, habeis hecho vibrar vuestro verbo entusiasta en medio de nuestras asambleas juveniles. Arraigue en vos la persuasión de que ese verbo casi profético ha suscitado ecos inefables en nuestros espíritus, y de que aún en el tumulto y hervor de nuestros combates intelectuales, flotará para siempre el eco de vuestras lecciones, la resonancia inmortal de vuestras ideas, á semejanza de aquel valioso manuscrito que en el poema admirable de Alfredo de Vigny, encerrado en una botella que la mano de un náufrago entrega á la perenne agitación de las olas, pasa inmune por entre los escollos traidores y lleva, vencedor de la muerte, hasta la playa en que otra mano piadosa lo recoge, las palpitantes confidencias de un espíritu superior!...

1909.



«El eterno cantar»

Un libro de rimas y de ritmos; una nueva desilusión para los espíritus triviales y niveladores que se jactan de desdeñar á los que andan por los caminos del mundo con los ojos obsedidos por la eterna quimera. ¡Loada sea la belleza, que sobrevive de tal suerte á las profanaciones y á los asaltos de la vulgaridad dominante! He aquí que ha vuelto á cantar uno de sus elegidos. «Muy pronto—había dicho Lemaitre—el último poeta ofrecerá á la Musa la última paloma». Verdad es que, al decirlo, sonreían los labios del sutil ironista de «Les Contemporains». Habrá siempre palomas sobre las aras de las musas. Y será necesario inmolarlas para que purguen los pecados de los irreverentes que no han rendido jamás, ante los altares erigidos á las divinidades invictas, el tributo de una prosternación . . .

«El eterno cantar» es, en efecto, un libro de rimas y de ritmos. En él la melodía se aduna á la gracia y la gracia se alía con la profundidad. Mirad bien en lo hondo: todas las estrellas del cielo tiemblan en el agua insondable; cada

constelación es un ritmo supremo para los pitagóricos. Un astro es un alma harmoniosa.

El poeta nos dice que sus estrofas de hoy han florecido en el silencio; en el silencio amigo y fecundo en el que cada poema se empapa de divinos rocíos. No es más pródigo en bellezas primordiales el espíritu que hace sonar, en un cascabeleo frenético, su tirso enjoyado de rimas, sino aquel que acierta á adoptar ante el inaccesible misterio la actitud propia de los luengos ensimismamientos; aquel que no apresura las doradas vendimias; aquel que se acera y acrisola en la soledad; aquel que se recoge y calla mientras descienden á magnificar su mudez todas las sugestiones de la tierra y del cielo. Tengo para mí que el poeta debiera profesar un respeto extremado al don excelso que recibe; y así, acaso sea menester que el alma electa sobre la cual ha recaído la incomparable merced de ser ungida por el numen, sueñe durante muchos años bajo la sombra nemorosa y azul antes de decir sus alabanzas á la primavera. Bien puede afirmarse que Frugoni se ha habituado al rumor de las alas, ha puesto el oído á las palpitaciones del mundo, ha escuchado las músicas del ruiseñor en la penumbra prestigiosa. Además, el alma de este aeda parece prendada de la Esfinge y de sus taciturnidades eternas. Cuando nos habla del silencio en que se han ido engendrando sus cantos, su pensamiento está lleno del éxtasis de la soledad, y se complace en evocar el alma legendaria del desierto, sobre la tierra de los faraones hieráticos, hacia donde peregrina su ensueño. ¿Será el silencio el medio en que mejor ha de expresar sus emociones, sus lirismos y sus sentimentalidades el autor de «El eterno cantar»?

He dicho en otra parte que hay organizaciones poéticas que buscan el elemento más propicio á sus flores de primavera. El poeta á que aludo ha puesto «su silencio frente al alma del Cosmos», ha hecho de su silencio «toda una armonía», «ha dormido mil años bajo el encanto azul de su silencio»; y después de afanarse por plasmar su sentir

en el verbo elocuente—*improba et mirífica labor*—concluye proclamando que los cantos mejores son los que no entonaremos jamás. Por eso, debemos repetirlo, esta obra es la obra del silencio. Pronto Frugoni hará vibrar los salmos de la ira, blandirá el yambo flamígero, dirá su admonición; ahora su finalidad es ensoñar frente al mar y frente á la montaña, embriagarse de luz y de azul, y glorificar al Amor, digno de la perennidad de las odas más bellas y más grandes! . . .

¡Qué versos los que la pasión suscita en Frugoni! Sumad la molicie itálica á la corrección de la rima castellama tal como la cultiva Marquina en algunas de sus elegías; poned juntas las dos plenitudes de la idea y de la expresión; excluid los mármoles de los parnasianos; podad la fronda de los clásicos; despreocupáos del artificio de los románticos; desgarrad los velos de los simbolistas: he ahí esta poesía. He descubierto la primera cualidad en las querellas rimadas de «El deleitoso mal» y en los tercetos de la «Invitación pagana»; he advertido la segunda en «El canto del soñador», maravilla de profundidad y cifra y compendio de perfección; las otras están esparcidas en todo el libro, en todas las páginas, en todos los versos, en los cuales perseguiríais en vano lo inútil, lo redundante, lo que implique una contradicción á la más sugestiva y á la menos buscada de las naturalidades . . .

Tiene la poesía de Frugoni una virtud primordial en estos tiempos de acicalamientos y de garrulerías desdeñosas del sentir; y es la de poder llegar, por todos los caminos posibles, á todas las almas. Condición del poeta en el más eximio significado de la palabra es el ser señor de la emoción propia hasta el extremo de hacerla repercutir melodiosamente en las psiquis ajenas. No sé de poesía más honda, más comprensiva y más intensa que aquélla que cultivan, en este renacer de la eterna armonía, los trovadores jóvenes de la España contemporánea. En ellos Heine redivive y solloza, Bécquer gime de amor, y Verlaine dice cosas divinas é incoherentes. Partiendo de los clásicos

verbosos y floridos—como aquel Garcilaso de las églogas, como aquel Góngora de los romances—estos panidas nuevos han acertado á poner transparencia y simplicidad en sus canciones, ricas de sonoridades y de ritmos hasta hoy inauditos. Parece definitivamente fenecida la edad de la poesía escultórea que no osaba llorar ni reir temerosa de alterar con un abandono cualquiera la mayestática solemnidad de sus gestos. «Je hais le mouvement qui deplace les lignes», cantaba la belleza impasible en el soneto de Baudelaire. Y era un hermoso alarde de virtuosidad estética y de habilismo profesional el tallar una estrofa á golpe de cincel en el mármol radioso y sin mancilla. Pero lo que importa es infundir un alma á la materia inanimada, llenar de luz las órbitas vacías de la estatua, poner un estremecimiento sobre los labios glaciales y herméticos que no supieron nunca sonreir ni besar!

Frugoni ha logrado reproducir con fortuna el clásico ademán del animador. Frugoni piensa y siente. Si su musa es nostálgica y triste es porque en el corazón del poeta el amor ha movido un largo eco, resonante y medroso, como el de una voz en el silencio de una cripta. Todos los gozos, todas las ansiedades y todas las congojas de la pasión están allí. El epitalamio triunfa y la elegía viste sus lutos más severos. He aquí que una cuerda lírica hace vibrar un himno. Ahora hay sobre los ojos de la Musa una lumbre de éxtasis. Los labios florecen galanías y velan lascivias atormentantes con las sutilezas de un gayo y prestigioso decir. Luego un gemido: es una melancolía que pasa, una añoranza que suscita pesadumbres tiránicas y hondas. Y nuestro corazón se interesa, acaso sin quererlo, por las aventuras de esa alma que sueña y que sufre perpetuamente, y que dice sus sueños y sus penas en un lenguaje noble, dilecto y preclaro, en que una sabia sencillez no empece jamás á la delicadeza y á la excelsitud del sentir.

Paréceme que en esto está la superioridad del libro de Frugoni: el tema de sus cantos es el viejo tema del

amor, del amor prendado de la vida y hermano de la muerte. El tópico se nos antoja ayuno de originalidad. El amor ha hecho llorar todas las guzlas al pie de todos los balcones. En los tiempos caballerescos—cuando sonreía en los torneos la gracia felina y femenina de Clemencia Isaura—tuvo un paladin en cada amador hidalgo y fiero. Y en esta era nuestra tan aquejada de industrialismo, es él todavía el que pone la levedad del madrigal sobre la desesperante aspereza de las prosas cuotidianas; el que renueva en los descaecidos y en los tristes el ímpetu y la voluntad de vivir; la increada sonrisa del mundo; el nido en la primavera, la canción en el viento, el milagro del polen en la flor... Y, sin embargo, ¡qué notas inusitadas é imprevistas ha encontrado Frugoni para vestir de novedad los conceptos del «eterno cantar»! Dijérase que no anda descaminado Menendez Pelayo al afirmar que es un error creer que la originalidad poética consista en las ideas. Así, alrededor de ideas antiguas, este lírico nuestro ha sabido crear músicas nuevas. Los celos, la esperanza, las efusiones del amor exaltado, el dulce remembrar y el cuasi enfermizo deseo, han hallado remozada expresión. No en balde el poeta formulara, en versos sencillos y hondos, la invitación pagana, levantando la copa plena de todos los zumos de la vida y de la primavera.

Hasta en los poemas finales—¡bella y admirable poesía la de «El reloj»!—triunfa la voluntad de amar intensamente y siempre. El reloj señala la hora de las citas; hay un sensualismo humano casi en delirio en la plegaria del místico, ardida de pasión como las de Teresa de Jesús; el sauce de las últimas rimas presencia un idilio, cabe el arroyo, en la auspiciosa sombra Y todo dicho en imágenes recién nacidas á la luz, en metáforas vividas y justas, de las que el poeta ha proscrito cuidadosamente todo amanerado conceptualismo y toda rebuscada artificialidad. Es eso lo que da al libro un medio tono apto para la sugestión—¿no habéis notado que toda poesía

lírica parece siempre confidencial?—y es eso también lo que hace que disuenen en el conjunto las estrofas dislocadas y raudas de «La Española», que ponen sobre la voz velada y ténue un son de pandereta ó de crótalo.

En suma,—es un libro muy bello este libro amoroso y gentil en cuya carátula, sobre un fondo de azul, el pincel amable de Goby ha reproducido la imagen indeleble de la pasión que susurra y canta á la vez. Ya os he dicho que este poeta conoce el secreto de todas las arpas. Otro día, el lirismo tierno de hoy se hará épico, y sobre las estrofas de los nuevos poemas flameará la bandera roja de la Revolución convocando á las turbas á los ágapes de la fraternidad y á los triunfos de la justicia inviolable. En cuanto á las estrofas del «eterno cantar», lo que yo veo agitarse sobre ellas, cuando ha vibrado la última cadencia, es aquella vela blanquecina del «Paisaje de Invierno»—aquella vela que oscila sobre el mar «semejante á un enorme cariñoso pañuelo que aletea en la angustia trémula de un adiós»...

Por el ideal americano

Discurso pronunciado en el Odeón de Buenos Aires, en el solemne acto de apertura del 2.º Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, á nombre de la delegación uruguaya, presidida por el autor.

Señores:

Los estudiantes del Uruguay, en cuya representación concurro á este prestigioso certamen, sienten todavía repercutir melodiosamente en sus corazones la emoción inolvidable del primer congreso internacional de Montevideo, y observan ahora con placer cómo la enseñanza auspiciosa y alta que emanó de aquel acto, la noble y alentadora sugestión que fluyera de aquel esfuerzo continental, la vasta lección de desinterés y concordia que nos deparó aquella hora solemne, se renuevan é intensifican en estos momentos igualmente trascendentales en que resuenan otra vez, bajo el cielo de América, las prolongadas aclamaciones con que se saludó en aquella ocasión el advenimiento del ideal de cultura y de paz que estas vibrantes asambleas convierten en esperanza del porvenir. Bendigamos, señores, la bienaventurada influencia providencial que salva ilesa

de las vorágines del interés y de la utilidad, en las afiebradas, prosaicas y adoloridas sociedades presentes, iniciativas tan generosas y fecundas como ésta que nuevamente nos reune, en un ambiente de intimidad familiar y de hospitalidad patricia, en torno á las tribunas académicas desde las cuales nos dirigimos al futuro con fraternas palabras de amor, en la leal solidaridad de nuestros sueños y en la identificación instintiva de nuestras aspiraciones.

Los que iniciamos en América estos admirables torneos científicos—con la convicción declarada y resuelta de que por medio de ellos, de una manera inevitable y lógica, apresuramos sin presuntuosidades y sin violencias la realización de ciertas fórmulas de aproximación espiritual que se han buscado vanamente hasta hoy, nos congratulamos doblemente de este feliz y gloriosísimo éxito del ideal americano, que no se concreta en ambiciones materiales y en afanes positivistas, sino en superiores postulados de fraternidad, efusivos y pródigos como todas las cosas en que se ejercita, avasallante, la fácil y creadora espontaneidad juvenil.

Nos congratulamos, ante todo, de que no se haya malogrado en la indiferencia ó esterilizado en el desdén de las clases intelectuales, el pensamiento originario en que encuentra un antecedente afortunado la promisora realidad de estas fiestas cordiales.

Y otro motivo de complacencia especialísima para la delegación del Uruguay es la realización de este Congreso de Estudiantes no sólo en este hogar argentino que el pasado común vinculó al nuestro para siempre, sino también en esta portentosa ciudad que congrega en su seno amplio y hospitalario tantas fascinaciones y tantas maravillas. Señores delegados argentinos: en el regocijado flamear de las banderas que anuncian y publican, tremolantes sobre las aceras en fiesta, la solidaridad de todos los pueblos en la conmemoración jubilosa de vuestra gran fecha nacional, yo he visto un símbolo exacto y palpitante de lo que es esta inmensa urbe, ruidosa, refinada y com-

pleja. Vuestra ciudad está prometida desde su fundación á altísimos destinos históricos. El prestigio de una actividad multiforme y creadora se alía á los claros timbres intelectuales de esta capital que es el cerebro infatigable y el resonante corazón de la República. Cara al espíritu genial de vuestros estadistas y de vuestros ingenios, en ella vibró la palabra dominadora de Sarmiento, la ocupó toda, en una época de renovación auspiciosa, el alma gentilicia de Mitre; resuena en ella todavía el estro caricioso de Guido Spano, el aeda provecto que añora en su ancianidad milagrosa y florida las deslumbrantes osadías románticas; y cuando sobre el arte de América pasa un ardiente soplo de fecundación que no viene ya de las imponentes selvas de Hugo ni de los bosques centenarios en que sufrió nostalgias de eternidad el férvido espíritu de Lamartine, son los artistas bonaerenses, en esta ciudad de agitación y de modernidad, los que propician, favorecen é impulsan la evolución transformadora.

Cosmópolis del esfuerzo fecundo, crisol de razas, majestuosa basílica desde la que se exhalan las oraciones de tantos pueblos, rumorosa colmena donde la actividad tiene su sede y el trabajo animoso halla su premio y su corona, Buenos Aires parece levantarse hacia el sol paternal y jocundo con la ciclópea masa de sus monumentos y de sus palacios, de sus torres y de sus cúpulas, eminentes y audaces. Una iniciativa reciente que jamás ponderaremos bastante los que aspiramos á que la historia nacional hable al corazón de las multitudes por intermedio de los mármoles evocadores y de los indestructibles bronces, ha demostrado ahora que una fecunda idealidad desinteresada late aún vigorosa en la conciencia colectiva de esta nación; vuestros monumentos conmemorativos que el sol del centenario bañó con su prestigiosísima luz, prueban que glorificáis con amor á vuestros guerreros y á vuestros fundadores, á vuestros soldados y á vuestros tribunos, á vuestro San Martín y á vuestro Moreno, á los hombres que hicieron la epopeya y á los que la prolongan, en re-

sonancias nunca extintas, en el alma entusiasta de las siempre renovadas generaciones. Pues bien; yo pienso que ese esfuerzo que hace surgir del mármol albísimo las figuras vivientes y simbólicas que se alzan en vuestras avenidas, se complementa con ese otro que suscita estos internacionales congresos científicos, porque si mirais al pasado en la hora solemne de las rememoraciones patrióticas, mirais al porvenir fulgurante cuando, realizando designios superiores, convocais aquí las asambleas de los pueblos de América para exhortarlos á que identifiquen sus destinos en una misma aspiración de ciencia y de paz; si os volveis al pasado para perpetuar en la materia que no muere la gloria secular de vuestros mayores, os volveis también al porvenir cuando desplegais bajo el cielo infinito que se decora, á lo largo de vuestras pampas y de vuestras llanuras, con el panorama formidable de las eternas cumbres, sobre las cuales se ciernen las alas de los cóndores familiares, la bandera de amor en la que todos los colores distintos se confunden y se armonizan, como las almas de los pueblos se funden en aquella única suprema alma continental que es á un tiempo mismo pujante y soñadora porque encuentra una voz en los retumbos de la catarata, en los salmos heroicos del torrente, y en las armonías de las aves que revolotean todavía en las mismas selvas milenarias que cobijaron una vez los ensueños de amor y de libertad de las razas de América!

En nombre de la delegación del Uruguay, á que pertenezco, yo quiero declarar mi esperanza de que estas fiestas fraternales tendrán por escenario, en lo futuro, según el pensamiento de los primeros organizadores, todas las ciudades del Nuevo Mundo. En cada una de ellas resonarán mañana las mismas voces de concordia que hoy se multiplican en Buenos Aires para loar el porvenir de nuestra estirpe y para proclamar nuestra fe en el advenimiento de una civilizacion superior. En cada una de esas metrópolis, históricas porque en muchas de ellas alienta aún el alma ruda de la epopeya triunfando en el recuerdo

y en la admiración de los hombres, se escucharán los mismos votos expresivos, calurosos, cordiales, que han de expresar aquí, con sencilla elocuencia, los altos y desinteresados afanes que nos mueven en esta hora sugerente. Quedará evidenciado así, á despecho de los enamorados de la utilidad material, de los declamadores del éxito prosaico, de los que tejen ditirambos al empeño de los acaparadores de oro y nó al esfuerzo de los sembradores de ideas y quimeras, que hay todavía un espacio para la ensoñación en nuestras almas que se deleitan y complacen en la acción militante y en el hondo pensar. No dejemos extinguirse esa llama del cielo en los hogares solariegos y amables. Proclamemos muy alto que sólo tienen derecho á vivir é imponerse en el mundo, fijando rutas y señalando orientes, las sociedades fortalecidas en el culto del ideal y que parecen nacidas para concretarlo en realidad por el esfuerzo de sus hombres geniales. El ideal que preconizamos es aquél de que ya dije una vez, si me permitís que me repita en esta ocasión, que frente al mercantilismo fenicio pone la maravillosa cultura helénica; frente á la concupiscencia romana que pedía todo un orbe para las garras de sus águilas victoriosas, el espiritualismo ario, alzado por el culto de Dios á las esferas de lo suprasensible; frente á la grandeza material de las repúblicas italianas, la inmaterial grandeza de aquellas ciudades del Renacimiento en cuyas logias pareció revivir, á través de los siglos, la unción de los coloquios platónicos; frente á las urbes pertrechadas de hierro, las urbes pertrechadas de nuevas ideas, capaces unas veces de desencadenar sobre el mundo las tempestades de la revolución, y otras veces capaces de levantar hasta el azul las cúpulas de las Sorbonas armoniosas, para que irradien desde ellas, sobre toda la tierra, las luces de una civilización intelectual, alma y alimento del mundo!

Amigos delegados: Cuando una vez desvanecidos, aunque no en nuestro corazón, los ecos amables de estas fiestas, emprendamos las arduas labores que van á dar significado

internacional á las decisiones de este Congreso, no olvidemos que representamos aquí, en estos mismos momentos, en estos actos convivales, el ideal de una vasta patria americana, gloriosa en su infatigable grandeza. Es el ensueño que se acerca. Saludémoslo á la distancia, abriendo los ojos y el espíritu á la luz de los claros amaneceres. Y cuando tornemos al hogar distante y al claustro abandonado, dejemos que nuestras almas se asomen á mirarlo llegar, triunfador y propicio, sobre las músicas de los himnos marciales, entre los aplausos de las naciones solidarias, bajo el vuelo glorioso de todas las banderas desplegadas y unidas bajo el eterno sol de América!...

1910.

«Los crepúsculos»

Prólogo al libro de poesías del señor Juan M.a Oliver (hijo).

He aquí un libro de poeta que es la obra maravillosa del silencio. Se cierne sobre todas sus páginas una quietud casi mística, una inefable serenidad de selva enmudecida bajo un crepúsculo rosa. A veces el volar de unas alas de niebla rompe el reposo milenario; y lo que pasa es un alma, el alma de una princesa muerta de amor y de angustia, como las de los cuentos antiguos, ó una rítmica ave de plumaje de seda que emigra hacia el sol...

¡Qué ocasos los de estos versos! Oro, violeta, grana, bruma y pasión. Vibran músicas vagas; un valle se recoge en la penumbra; el jardín tiene un corazón que sangra y que llora quedamente; arriba, una fiesta de estrellas y de luceros, y en el aire solemne una ronda de sombras gesticuladoras.

Los que sintáis las melancolías que sugieren los crepúsculos del campo cuando una veladura indecisa pone cosas lejanas y febriles en el horizonte, leed las estrofas de este apasionado eucologio donde hay tantos ponientes de sol, y tantos floreceres de astros, y tanta pena secreta,

y tanta lánguida caricia. El poeta que es su autor ha escuchado las confidenciales melodías del silencio. El sueño de ese hombre está lleno de cosas aladas y sagradas.

A través de sus embriagueces ideales desfilan las mujeres divinas y consoladoras que perpetúan en nuestra vida de desolaciones el encanto floral de su sonrisa, ó el arcano eleusíaco de sus carnes de primavera, ó la tiniebla estrellada de sus ojos sonámbulos. Ellas son las que han sabido inmortalizarse en las fabulaciones de los poetas; las que en tantos camafeos preciosos erigen la seducción de sus perfiles eurítmicos; las que supieron amar y provocaron el amor en torno de ellas; las que tienen la fe de las antiguas pitonisas, el ardor de la Sulamita del Cántico, el esplendor de Helena, la prócer pureza de María, la refinada voluptuosidad de Belkiss, el deseo asesino de Astarté... Y, con frecuencia, si llegáis á la intimidad de tal rima, á la profunda sinceridad de tal verso, á la emocionada vibración de tal estrofa destellante como una gema límpida, en lugar de aquellas figuras eximias que son el hechizo de tantas imaginadas leyendas, veréis la imagen de una novia pálida, llena de prestigios extraños en la agonía de un jardín que se duerme bajo las estrellas...

Desde las rimas iniciales, lo que descubro en este nuevo decidor de belleza es su tendencia á soñar, á soñar mucho, á soñar siempre. Así su libro es una constante ensoñación. No penetreis en él como en un parque inmóvil donde el mármol de las estatuas custodiadoras se eterniza en un gesto de inviolada majestad.

Gautier dice de Heine que si se abre un tomo de sus poesías, «parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las marmóreas esfinges de la escalinata afilan sus garras en el ángulo de los pedestales y nos miran con los ojos en blanco, con una intensidad que asusta». Aquí, lo que anuncia la entrada

á estos Campos Eliseos del sentimiento, es el ruiseñor familiar que gorjea sus tristezas y sus esperanzas, ó platica de amores celestes con la luna. Dentro, una flora quimérica esplende en fascinadores cromatismos: blancos de escarcha ó de albas sacerdotales, amarillos de oro pálido, rojos de inmolación; lirios, crisantemos, rosas sin los perfumes extraños y nocivos de las flores heinianas. El aire está lleno de sanos aromas. A veces una estrella desciende á emborracharse con el rocío de una campánula. Allí nada es hierático. Un viento querelloso mueve todas las frondas. Y si del lago de plata surge una ondina coronada de musgos y de algas marinas, no es la «náyade roja, chata como la estampa de la muerte», sino la ninfa de alguna fábula de amor que quiso experimentar sobre su frente llena de besos marchitos, el amoroso estremecimiento de la noche...

Hay organizaciones poéticas que buscan el elemento más propicio á las flores de sus primaveras. Ruben Darío ama la atmósfera tibia y encantada de los Trianones; Díaz Mirón, como un buen artífice docto, bruñe bajo un artesón de España, sus oros reales y sus marfiles insignes; Chocano gusta de ascender á las cúspides que inmergen su nieve cándida y antigua en el aire azul lleno de vuelos de águilas; Amado Nervo, cuya musa ha surgido de la mística sombra del cenobio, acompasa el ritmo de sus secuencias á las músicas religiosas de las basílicas cristianas; Juan R. Jiménez sueña sus melopeas otoñales al fulgor de una luna de lágrimas...

El poeta que hoy amanece sólo ha vibrado en el crepúsculo. Ha vivido, bajo el cielo de ópalo, sus más hondas, sus más perdurables emociones. Acaso, ante el oro de un sol extinto, ante la linea vaga del mar ó del horizonte, ante la primera estrella que se abre en el azul declinante, ha llorado y sufrido y cantado como un hombre que sintiese agitarse dentro de sí la voluntad de ser un dios...

Ha cantado sonora y espontáneamente, arrastrado por el impetu propio, con lo inconsciente que Platón encontraba en los artistas de verdad...

Él ha dicho que su «manera» es desordenada y libre como la naturaleza. Su estro repudia la disciplina de los dogmas. No sienta bien á su musa el corselete de la métrica. El lirismo instintivo que ondula en él como una llama, lo empuja, lo inspira, lo alecciona. Ha levantado sus ojos de los libros que dictan sus pragmáticas á los torpes y se ha puesto á mirar el mundo desde una montaña. Y así, sus ojos, contemplativos y devotos, se han habituado á la adoración de la belleza. Ante él han pasado las cosas que llevan en sí mismas la facultad de hacerse amables é imperecederas: el cielo, el campo, el ave, la floresta, la fuente que trina nostalgias y besos, la nube con sus mil formas, la mujer con sus mil almas... Y después, ante el ocaso, cegado por tantos deslumbramientos, ha puesto un cordaje melodioso á su lira y ha llorado en la tarde tranquila de su corazón.

———

La musa suscitadora de estos cantos ostenta en sus mejillas madorosas el arrebol y la frescura de su adolescencia campesina. El poeta mismo ha exclamado: «Búscala por los campos,—En la paz de los huertos,—Donde rezan los pobres labradores—El credo de la vida; entre los viejos Alamos que resuenan como liras—Al soplo de los vientos».

Sabed que de allí ha salido, en efecto, esa lírica cancionera. En su mirada ingenua se descubre todavía una pueril admiración por los mediodías de sol ó por los plenilunios de la huerta. Hay en sus pupilas el vértigo de las lontananzas, el ansia de los desconocidos horizontes. ¿No han seguido acaso el desfile de las horas en las clepsidras rurales, ó en el abierto horóscopo de las constelaciones?

Pero he ahí que esa musa ha encontrado su Thulé de

las brumas. Un día, en un vagabundaje furtivo, ha bajado al arroyo que desata en el valle húmedo y resonante el júbilo de su linfa sonora. Después ha penetrado en los boscajes idílicos que parecen hechos tan sólo para cobijar los amores loados en las églogas antiguas y, enamorada del silencio y de la sombra, ha dejado esparcirse su espíritu en la soledad. Luego ha salido al aire libre de la campiña, con el alma franqueada á todos los sondajes de Dios, y ha cantado la nómade independencia de su vida, y el esplendor y el lujo de las primaveras del campo, y las armonías tácitas de los crepúsculos, y la tristeza humilde de los amores huérfanos de caricias...

Apesar del desorden de sus ademanes, esa musa no tiene la impudicia de las hetaíras modernas, ni lleva las abejas del pecado prendidas á su arbórea cabellera de hamadriade... Y sin embargo... ¿Os acordáis del bellísimo mito en cuya evocación poemática gimen las flautas de las cortesanas de Alejandría en el romance de Pierre Louys? Como la Sirinx fabulosa, la musa del poeta de los crepúsculos, llena del ímpetu dionisíaco de Eros, ha perseguido hasta la orilla del río al caprípedo alígero. También puede decirse de ella que es un alma muerta que llora, ¡oh mujeres!, «lo doloroso y dulce del deseo».

Sueña con los besos largos y voraces que tienen el sabor de la muerte y el perfume de una añoranza. Sueña con los amores imposibles que llevan en su aljaba de nieblas el dardo de oro de una ilusión ó la flor seca de un recuerdo. Como la hermana Ana del cuento de «Barba Azul», sube al torreón de su esperanza y avizora las lejanías, y explora los caminos de polvo y de bruma por donde ha de llegar el prometido. Y prepara la fiesta de los besos nupciales. La púrpura en flor de sus labios ensaya las más tristes canciones...

Por eso es cálido este libro En él una juventud de poeta,—oro rosa, celeste,—ha puesto sus supremos ardores. Toda la obra sonríe á una invisible Serafita de ensueño. Sólo hay caricias para ella. Los que leáis las

estrofas que ponen un pórtico de acanto á estos pabellones de la fantasía, seguid hasta el final el vuelo rumoroso de ese pájaro lírico que tiene alas de rimas. Asistiréis á un despliegue de suntuosidades, de delicadezas y de músicas. Cosas finas y frágiles, creaciones de capricho en todas las cuales hay un alma sensitiva que es el alma devota y extática del autor.

Un acorde postrero cierra la obra armoniosa. He aquí que la mano de nieve de que hablaba la estrofa becquereana, ha pulsado una última melancolía...

Pero mirad que este antifonario sugestivo que exhibe la pompa y la gracia de sus mayúsculas bajo el flotante gris de los ocasos de la huerta, sólo dirá sus secretos sentimentales á los que sepan penetrar, corazón adelante, en esos encantados paraísos del sueño.

El homenaje al doctor De María

Señor doctor De María:

He recibido el grato encargo de traer á esta fiesta, organizada exclusivamente en vuestro honor, la representación enorgullecedora de los estudiantes del Uruguay, á quienes pertenece por entero la iniciativa justiciera de este homenaje. Cumplo con inexpresable complacencia el delicado cometido. Y es fácil realizarlo cuando, como en esta ocasión, resulta tan unánime, tan fervoroso, tan espontáneo el acatamiento estudiantil á aquellas grandes, preclaras y descollantes cualidades con que lograsteis singularizar vuestra actuación en el rectorado de nuestra prestigiosa Universidad de Montevideo. La comisión que presido no hubiera afrontado este noble empeño consagrador, ni se hubiese lanzado á él con tan decididos ardimientos, si no tuviese la persuasión de que bastaba auscultar por un instante la profunda conciencia que vive y late, irrevelada muchas veces, en el seno de nuestras muchedumbres estudiantiles, recogiendo el clamor que subía de los

claustros en la hora de vuestra ausencia, que no puede ser definitiva, para tener la sensación de que quien se alejaba así del hogar universitario no era ni un catedrático vulgar ni un rector sin prestigios, sino un maestro austero y sabio, que imponía la soberanía de su bondad silenciosa con la misma facilidad sugestiva con que imponía también, en las graves reconcentraciones del estudio en común, la soberanía de su ciencia y de su talento.

Vuestra modestia rehuía y esquivaba el aplauso; pero había algo que lo suscitaba en nosotros, franco, sincero y resonante; y era, por una parte, el deseo vivísimo de que un testimonio de nuestra gratitud colectiva coronase la ardua labor de vuestro rectorado, y por otra, señor, el anhelo secreto é imperativo de una necesaria reivindicación. Nos urge demostrar que no estamos absolutamente desposeídos de ese instinto elemental de la justicia que es como un timbre de honor de todas las sociedades progresivas, y como una diadema de luz para todas las conciencias probas y honestas. Yo no sé por qué funestísimo error que acaso han confirmado alguna vez nuestras involuntarias atonías y nuestros pasivos ensimismamientos, se ha solido decir que ha ido decayendo en la juventud, con declinación inexorable, la primordial virtud del entusiasmo, el sentimiento cordialísimo de la equidad. Primero se nos ha acusado de iconoclastas, luego se nos ha tildado de inertes. Se ha dicho de nosotros que nos replegábamos demasiado en las intimidades dolorosas de nuestro espíritu y que nos extenuábamos en la inacción, faltos de aquel calor vital que, por idéntico é inexplicable prodigio, colora la flor en la primavera, enciende el astro de oro en la inmensidad tenebrosa y serena, y hace latir el corazón del hombre con extraños ímpetus dionisíacos. Derivábamos poco á poco, por pendientes fatales, hacia los enervantes escepticismos que afeminan y doblegan la voluntad hasta hacer de ella, en las postrimerías de una lucha sin gloria, una claudicante ficción. Y nuestra torre de marfil no se coronaba de sueños, como la del poeta

romántico que cantó los castos amores de Eloa y las solitarias tristezas de Moisés. Nuestras indiferencias no eran sino la exteriorización lamentable de aquel estéril egoísmo en que se iban aniquilando lentamente las más selectas virtudes de una generación Pues bien: el acto de hoy, al que nos hemos sentido movidos por tantas y tan irresistibles espontaneidades y simpatías, es un mentís rotundo y categórico á muchas de aquellas pesimistas afirmaciones. No vive ayuna de ideales la juventud que sabe congregarse todavía en torno de sus maestros predilectos; la que se descubre con unción frente á los hombres que pilotearon su espíritu, en una edad de inquietantes incertidumbres, hacia los orientes de justicia y de bien que deben ser las invariables metas de toda existencia superior; la que tiene un recuerdo y una consagración para los que, como vos, doctor De María, abandonan con pesadumbre las filas juveniles, con cuyos contactos magnéticos se sintieron siempre reflorecer en las alegrías y en los arranques de una perpetua primavera espiritual; la que rodea á sus conductores intelectuales, lo mismo cuando presiden, como vos, la marcha siempre ascendente de una respetada institución científica, que cuando, como en las pláticas apacibles que fluyen de los disertos labios de Próspero en el supremo «Ariel» del más eminente de nuestros pensadores, truecan en reposadas confidencias íntimas las inolvidables lecciones que debieran difundirse desde lo alto de todas las cátedras como el evangelio harmonioso de una religión de sabiduría, de serenidad y de paz, que será de seguro el ecléctico culto del porvenir!

Yo sé muy bien que habéis de sentir aquí, en la comunidad de los afectos que no se extinguen y que no empalidecen, la misma tibieza amiga y benéfica que se esparce en la atmósfera de los claustros y que hace que nos apartemos de ellos, cuando las contingencias de la vida nos arrojan hacia nuevas riberas, hacia nuevas actividades y hacia nuevos combates, con la misma nostal-

gia intensa y plañidera con que nos alejamos del hogar en cuyo regazo maternal y pacífico hemos mirado abrirse milagrosamente la flor de encanto y de ilusión de nuestra niñez. Os sentís de seguro entre los vuestros, y he aquí que nosotros hemos querido brindaros la honda emoción de este retorno al ambiente que os fué familiar. Y en cuanto á nosotros, nos hemos reservado una emoción no menos dominante, no menos profunda: la de identificarnos en la solidaridad expresiva de este homenaje para experimentar el placer incomunicable de saber que alguna idealidad muy alta palpita en nuestras almas, que tantos comentadores superficiales juzgan aridecidas y enjutas, cuando sobrevive todavía, en el naufragio inevitable de muchos sentimientos eximios, aquella insigne y prestigiosa virtud del agradecimiento que es una modalidad del respeto y un testimonio de adhesión más valioso, á pesar de su modestia sin pompa, que las áureas coronas de las apoteosis y que los aplausos convencionales de las glorificaciones obligadas!

Ilustre maestro: dejadme decir, una vez más, que habéis merecido esta fiesta. Yo no hablaré del profesor de Derecho, ni del jurisconsulto doctísimo para el que los textos copiosos no recatan misterios. Alguien dirá aquí, de seguro, las loanzas del catedrático en cuyas enseñanzas y doctrinas parece haberse trasvasado una principalísima parte de aquella gloriosa ciencia italiana que resplandece en las luminosas obras de Mattirolo, y de aquella renovadora ciencia francesa que se dilata en perspectivas ilimitadas en los libros incomparables de Laurent. Yo sólo quiero deciros que una considerable porción de este prestigio que ahora, en estos mismos momentos, se traduce en aclamaciones juveniles y, por juveniles, entusiásticas, debéis atribuirlo á esa natural indulgencia y espontánea bondad que constituyen la esencia misma de vuestro temperamento Esa ingenua bondad, en la que no hay rebuscamientos ni afectaciones, realza la autoridad inconmovible de vuestra sabiduría. Nada vale ser sabio si la ciencia

ha de ser, más que un ornato del espíritu ó una ocasión de hacer el bien, una ostentación de la vanidad ó la excusa de una pedantería; es necesario ser sencillo y ser bueno. Vos lo sois y en eso reside el secreto de muchas de las admiraciones que os rodean. El estudiante nunca fué para vos un inferior, sino un amigo. Y por obra de esa nueva noción, que ha entrado impetuosamente en nuestros hábitos democráticos, la Universidad de hoy, en los países desvinculados de todo árido escolasticismo y libres de todo prejuicio tradicional, no es ya el aula severa en la que un dómine inflexible deja caer, sentencioso, sobre la clase sumisa y en éxtasis, los inapelables aforismos; aula triste y vacía por la que no pasaba jamás una de esas ráfagas de juventud que, como las que vienen desde los huertos, lleva en sus ondas músicas de nido y perfumes de floresta; aula ceremoniosa en la que se ejercía una inquisición vergonzante sobre el espíritu deseoso de luz; aula despótica, en la que el profesor orgulloso se aislaba en su superioridad solitaria, como en un torreón inaccesible, mientras el ingenio de los alumnos se esterilizaba sobre los textos agotadores, en un permanente y vano esfuerzo que no obtenía, con frecuencia, ni el premio de una satisfacción personal.

Vos sabéis, señor, que nosotros no amamos ni semejante ciencia ni semejante disciplina. No queremos que el claustro mate en nosotros la espontaneidad originaria, el sublime instinto de libertad que destraba el espíritu cuando algo pretende encadenarlo, lo mismo si se trata del dogma que si se trata del prejuicio. Gustamos de la austeridad, pero no de la tiranía, y amamos la ciencia sonriente que surge, en claro raudal de ideas y de palabras, de los labios de los maestros amables ó de los libros dilectos en los que un cerebro superior ha dejado caer, para que brille perdurablemente en la página blanca, la maravilla de sus pensamientos. Entre la educación que nos deprime y aquella otra, más racional y más humana, que deja abrirse bellamente al sol de la vida todas

las flores de nuestra primavera interior, preferimos la última, y nos abrazamos á ella con entusiasmos infinitos. Recordamos que nunca fué más grande y fecundo el espíritu humano que cuando ha sabido y podido vivir en ambientes de libertad, y evocamos la época de su florescencia magnífica, que no fué ciertamente aquella era medioeval que vivía de continuo entre sus prisiones sombrías, bajo la inquietante obsesión del amenazador milenario, transportada lo mismo á sus universidades que á sus templos, sino aquella otra, luminosa y gentil, en que, bajo el azul sereno de la Hélade, triunfaba el mármol apolíneo en su deslumbradora gracia, mientras los adolescentes de Platon recogían bajo los pórticos inmortales las enseñanzas del maestro; aquellos jóvenes fuertes y admirables, que Taine define en su hermoso estilo pictórico, y que fueron capaces de señorear el mundo, imponiéndole la soberanía graciosa y gloriosa de la inteligencia, sólo porque, prescribiéndose el estudio severo, no como una disciplina enfadosa y servil, sino como un fácil deber, no riñeron jamás con la naturaleza y adoraron á un tiempo la ciencia sutil de los filósofos, la olímpica perfección de las obras de arte y los prestigios de la destreza y de la fuerza triunfando en las libres palestras como una última y sorprendente virtud de la raza!

Eminente maestro: por fortuna para el país, aun estáis llamado á desenvolver grandes y benéficas actividades en un alto puesto judicial, al que enaltecéis con vuestra ciencia y honráis con vuestra probidad diamantina. Yo sé que desde él nos acompañaréis en espíritu, á los que somos todavía estudiantes, á los que lo serán mañana, ya que es imposible que os desvinculéis en absoluto de aquella casa amiga, y hasta diría solariega, en la que conocimos tantas veces los goces inefables de la meditación. Que esta fiesta os sea grata. Rememoradla ahora y siempre; ahora que tenéis ocasión todavia de ejercer un noble ministerio, y más tarde, cuando, entregado al descanso reparador, en los esplendores melancólicos de

una senectud reverenciada por varias generaciones de hombres, sintáis aun llegar hasta vuestro retiro pensativo —inviolable Thulé del recuerdo—el eco cordial y lejano de esta asamblea, que debe tener desde ahora en vuestros oídos la resonancia de una duradera consagración en nuestra memoria y en nuestra simpatía, en nuestra gratitud y en nuestro amor.

Una lección de literatura

El autor de este libro fué designado catedrático interino de la Universidad de Montevideo en 1907. Las páginas que van á leerse constituyen la lección con que dió comienzo al curso.

El estudio que hoy iniciamos, aún dentro de la someridad exigida por el programa vigente, es de una alta y sugerente nobleza, y hunde sus raíces en ciencias que parecen muy distantes de la literatura; tal como la entiende el sentido vulgar, el aplebeyado concepto de la generalidad. La producción literaria tiene precedentes en la filosofía y en la historia Habremos de enlazar esas tres disciplinas intelectuales que florecieron por modo tan excepcional en los tiempos de grande y privilegiada cultura, y veremos así cómo se condicionan, cómo se identifican y cómo se completan. En parte alguna se refleja de más acabada manera el estado medio de una civilización como en las obras de los dominantes creadores del verbo, ora sea en las epopeyas antiguas, de tan intenso y exuberante

objetivismo, míticas, fabulosas, ingenuas, como nacidas de fuente genuinamente popular y legendaria; ora en las formas más recientes y contemporáneas, por las cuales la poesía, la novela y el drama, tornándose de más en más subjetivos, se han desposado con nuevas modalidades del sentimiento individual, trocándose en las epopeyas del hombre, como antes fueran las epopeyas de los dioses y de los héroes cuasi divinos...

Si se ha cumplido una gran evolución dentro de la literatura ha sido precisamente la que acabo de señalar: el tránsito de lo puramente objetivo á lo predominantemente subjetivo. Y tengo para mí que sería ocioso investigar dónde radica la razón de esa mudanza, lenta sin duda, pero no por lenta menos evidente, si no hubiéramos de buscarla en los antecedentes filosóficos é históricos que preparan el advenimiento de una forma dada de la literatura, transitoria y efímera por cuanto nuevos condicionalismos del medio en que se opera la evolución han de venir á alterarla, sino en lo fundamental, que nunca cambia, que persiste siempre, por lo menos en lo exterior y precario de cada género ó de cada manifestación literaria. Alrededor de unos cuantos tópicos universales, de unos pocos sentimientos comunes é imperiosos, han ido desenvolviéndose todas las literaturas que aparecieron sobre la tierra como un florecer del ingenio del hombre y, más frecuentemente todavía, como una prolongación ideal del espíritu de una raza ó de un pueblo.

Veremos más adelante que hay épocas literarias como hay épocas históricas. La deficiencia del programa que ha de regir nuestro estudio está precisamente, á mi ver, en que confiere más importancia al hombre que á la época; mejor dicho, en que mueve á pensar que una ciencia tan prodigiosamente rica en matices, en hechos sociales, en proyecciones filosóficas, puede concretarse á una enumeración de literatos y de obras, sin reparar en la relación íntima y permanente que existe en todos los casos entre el creador y su tiempo.

Ya Taine ha demostrado la realidad de la existencia de grandes ciclos señoreados por una forma de espíritu ó por una idea matriz,—como «aquel período de creaciones espontáneas que se llama el Renacimiento, ó aquel período de clasificaciones oratorias que se llama la Edad Clásica, ó esa serie de síntesis místicas que se llama la época alejandrina y cristiana, ó esa serie de florecimientos mitológicos que se encuentra en los orígenes de Germania, de India y de Grecia». Cabe análoga diferenciación dentro de la literatura, en la que cada época da en sazon, y por modo maravilloso, su flor de belleza y de espiritualidad. Los creadores sumos que compendian en sí mismos las aspiraciones reinantes en una edad determinada, ó los que han formulado los sueños de varias generaciones sucesivas, ó los que anticipan el porvenir con sus videncias augurales, son los genios, hombres también, pero hombres eminentes por la universalidad y la extensión de sus facultades. Un genio es el exponente de uno ó varios siglos de cultura. Un genio da su nombre á una edad, y está dentro y por encima de ella. Los tiempos heroicos que vieron correr los bajeles de Ulises sobre las aguas del Egeo están todos en Homero; el medioevo teológico, supersticioso, atormentado y fanático está todo en el Dante. Pero para estudiar al Dante y á Homero será preciso, nó ir de ellos hacia las centurias en que soñaron ó cantaron, sino ir de las centurias hacia ellos. Un genio aparece por lo común en el apogeo de una literatura. Antes de él todo estaba en el caos; él pone armonía en el desorden; y después de haber hecho el silencio sobre la tierra asombrada por el prodigio canta á las cosas inmortales con palabras todas vestidas de gloria y de inmortalidad. Si luego la literatura de que ha sido pontífice decae, es porque ella también ha de cumplir su inevitable destino, ha de nacer con el albor de una civilización, crecer con ella, hacerse magna y suprema por su contenido y por su forma, impurificarse, languidecer y morir, ya sea para

zozobrar definitivamente bajo la irrupción de nuevas revelaciones de arte, ya para revivir á despecho de los siglos, á la manera de aquella prestigiosa literatura helénica en cuyos inagotables manantiales de poesía se abrevaron los hombres del Renacimiento, y sobre cuyas ruinas sagradas, que encantaron los ojos de Renán, se abre todavía hoy una portentosa flor de armonía, de gracia y de sublimidad.

Admitida la necesidad, para nuestro estudio, de la división del curso en épocas literarias, debemos empezar por distinguir las épocas de las escuelas, ya que una superficial apreciación de los hechos podría identificarlas y unirlas. La escuela literaria no existe. No hay más que temperamentos literarios, más ó menos ricos, más ó menos originales, más ó menos expansivos. Los temperamentos afines crearán obras afines, y el nacer de esas obras no estará en el cumplimiento de cánones y preceptos preestablecidos, sino en lo que hay de más íntimo, de más inmanente, de más inviolable é inmodificable en cada autor, que es su idiosincracia personal. Hasta hace poco todavía, una imitación palaciega y servil que se concretaba á tomar y reproducir el procedimiento del maestro, nos daba la ilusión de la escuela y abría las puertas al encasillado y á la clasificación. Hoy se sabe que cada libro, cada poema, cada canción es una floración del hombre y no una eflorescencia de la secta. De ahí el irremediable fracaso de las capillas literarias que han intentado sustituir, en la Francia contemporánea, la fuente viva de la inspiración individual por lo que hay de prestado y pegadizo en toda imitación. Los iniciados se vestían la túnica del hierofante y se aproximaban al altar con los ojos llenos del éxtasis de la Revelación ultraterrena. Así creían apropiarse el don supremo del numen. Nosotros prescindiremos de las escuelas y de los acólitos, y no reconoceremos otras tendencias sino aquéllas fundadas en la oposición perenne entre lo real y lo ideal, los hitos contrapuestos del pensamiento, del sentimiento y

de la acción. El hombre ha vuelto y volverá siempre los ojos á lo que es, ó á lo que puede ser, ó á lo que quisiese que fuera: será realista ó idealista. Y según sea una ú otra cosa, así resultará la obra de belleza y de bien que salga, palpitante de sus manos, aptas para la divina labor.

Después de este breve exordio, podemos entrar al estudio de la asignatura, una de las más cautivantes de nuestros programas universitarios. Os pido para ella entusiasmo y amor. Sed devotos si queréis penetrar en el templo vasto y sonoro. Estoy persuadido de que cuando entréis en él con sinceridad y con fe, os apasionaréis por las bóvedas magnas, por las naves sumergidas en la penumbra, por los ventanales y ojivas por donde irrumpe la luz. Hay muchas maravillas desconocidas en ese alcázar de ensueño que han erigido, sobre la amargura de nuestras vidas transitorias, tantas generaciones que, antes que nosotros, amaron, esperaron y sufrieron. Pero sólo sentirá el encantamiento de esas cosas divinas aquél que en espíritu se arrodille ante ellas con la unción de Renán cuando dijo, prosternado ante los eternos mármoles del Acrópolis, las alabanzas de la diosa de los ojos azules.

El centenario de las Piedras

Señores:

No ha podido faltar una voz juvenil en la conmemoración jubilosa del Centenario. La Federación de los Estudiantes ha deseado con vehemencia que no dejase de sonar, en la rememoración glorificadora, la nota del entusiasmo y del fervor. Esta es, brevemente caracterizada, la significación de este homenaje. Quien llega aquí, ante estos altares levantados para el culto de la República y para la adoración de la Historia, es la juventud estudiosa, en cuyas venas irrumpen con ímpetu las savias de la vida, y en cuyo corazón una voz que parece que viene de lo alto, canta perpetuamente los salmos del combate y de la esperanza!

Señores: Esta noche hay que hablar de Las Piedras y hay que hablar de Artigas. Yo siento que la misma honda emoción que vibra ahora en mis labios, oprime vuestras almas unánimes y suscita en vosotros, turbando la quietud armoniosa de vuestros espíritus, la misma agitación reli-

giosa y sagrada que desordena los movimientos de nuestro corazón cuando ondulan en el aire de primavera las notas cálidas del himno, ó cuando tremola sobre el mástil altivo, protectora y simbólica, la enseña indeclinable de la patria.

¡Qué difícil es hablar de Artigas cuando no discurrimos sobre él cara al cielo y cuando no poseemos para enaltecerlo ni la lengua de los oradores eximios ni la arrebatadora energía de los tribunos populares! Decía Martí, aludiendo á un gran capitán de América, en una de aquellas oraciones inolvidables en que hacía prodigios verbales su magna y fulgurante elocuencia,—decía Martí refiriéndose á un soldado glorioso, que para hablar de él era necesario hacerlo desde una montaña que oficiase de tribuna, ó entre relámpagos y rayos, ó con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada á los pies! Algo de eso puede decirse también de nuestro Artigas; sólo que para hablar de él no será necesario salirse de la patria en busca de eminentes montañas. En el terruño está, señores, la tribuna digna de cantarlo! Yo pienso que si alguien lo intentase una vez, en estos días gloriosos y evocadores que se avecinan, no podría hacerlo sino desde lo alto de aquella meseta dominadora en la que situó en una época de aciagas derrotas su campamento vigilante, para avizorar desde allí el movimiento de los ejércitos enemigos y convertirse desde entonces en el Palladium inaccesible de la Libertad, en donde ha de ir á refugiar el pueblo su alma gemebunda, en las horas dolorosas de las invasiones depredadoras y de las conquistas injustas!

Yo he encontrado tres enormes símbolos naturales para encarnar los espíritus de los grandes libertadores de América. San Martín es la montaña; Bolívar es la catarata; Artigas es la selva. El corcel de guerra del primero galopa todavía sobre la cordillera con fragor que retumba de cumbre en cumbre como un himno de lucha; el alma de Bolívar ostenta la formidable grandeza del Tequendama, frente á la cual exulta en cánticos; el espíritu primitivo y fuerte de

Artigas tiene una figuración adecuada en aquella selva paraguaya con la que mantuvo el gran caudillo coloquios tan hondos bajo la noche del desastre y del destierro. Y acaso en toda la larga historia de América no hay nada más impresionante, no hay nada más imponente que la actitud hierática de San Martín sobre las cúspides nevadas y eternas; que el éxtasis de Bolívar frente al salto de agua que estalla en iris infinitos bajo la luz del sol; que el silencioso diálogo de Artigas con la soledad y con el bosque, en el ocaso de una vida llena de estruendos!

Los tres símbolos y las tres personificaciones se asemejan por su amplitud, pero hay diferencias notables entre aquellas vidas militantes y entre aquellas figuras heroicas. San Martín y Bolívar destellan en la historia con las aureolas mágicas del triunfo; entraron los dos, con el mismo paso vencedor, en el capitolio de la gloria; Artigas muere solo, y muere vencido. Notad, sin embargo, cómo la diferencia entre los destinos de los héroes es tan sólo aparente: el genio argentino tiene su pedestal en una roca abrupta del Ande; el genio venezolano resplandece sobre cinco repúblicas que él ha contribuido á fundar y constituir; pero nuestro Artigas debe vivir con vida más intensa en la historia de nuestro continente, en la crónica de nuestras instituciones, en la conciencia democrática de América. Mucho antes de abatirse su espada, ya había impuesto su idealidad. Las muchedumbres tumultuarias y enérgicas que lo seguían seducidas por su prestigio, advirtieron muy bien cómo revolaba entre sus labios el Evangelio de la República; y mientras él desfallecía de nostalgia y de angustia en el Paraguay, el Código del año XIII, el magnífico Código lleno de anticipaciones y de profecías, triunfaba por modo definitivo al consumarse la obra de consolidación de las nacientes nacionalidades.

Señores: Sin la supremacía de un espíritu superior en la civilización de una época y de un pueblo, aún valdría mucho este centenario, aún brillaría mucho esta fecha;

pero yo creo que lo que la magnifica á nuestros ojos es el haberla consagrado como culminante y suprema, no tanto la importancia material de la batalla de Las Piedras, como el triunfo artiguista, como el triunfo personal del caudillo, que aseguraba para después el influjo transformador de su doctrina constitucional, tan eminentemente avanzada. Arranca de Las Piedras su prestigio, y ese prestigio es el que lo autorizó á dictar luego, á los diputados de la Provincia y á los pueblos todos de la colonia, sus célebres Instrucciones del año 13. El estadista crece y se agiganta en el estrépito de la batalla, en el fragor de los entreveros. Mientras guiaba á la victoria las raudas cargas de su caballería, Artigas meditaba en el porvenir. Se sale de las normas de su tiempo, se adelanta á toda una civilización, ensueña y se anticipa. Su designio es más vasto que el de los revolucionarios de Buenos Aires. Por eso Sarratea lo acosa con sus enconos, y pretende arrastrarlo en las redes sutiles de sus insidiosas diplomacias, y Posadas lo pone fuera de la ley. Poco importa la odiosidad de Sarratea, que cae combatido por una conspiración, y las persecuciones de Posadas, que entrega, casi por la fuerza, la dirección de la cosa pública y el destino incierto del pueblo, á las juveniles impaciencias de Alvear. Sarratea desaparece en las oscilaciones del motín y Posadas revoca su decreto condenatorio, mientras la influencia de Artigas se perpetúa, aunque latente aún en las concisas fórmulas de sus Instrucciones, en el alma amaneciente de la democracia.

La historia ha constatado ese hecho, y sobre los apasionamientos de Coroleu y sobre las detracciones de López, prima ahora el nuevo concepto vindicador. El primero calificaba de bandolero al caudillo homérico del éxodo. Olvidaba el historiador español, como lo olvidaba también el historiador argentino, que detrás de aquel bandolero sublime marchaba, por los caminos de la epopeya, todo un pueblo. Olvidaba el acierto estratégico

de Las Piedras, la magnanimidad subyugante, la clarovidencia política revelada en el Congreso de Abril, la fiereza de las convicciones federativas, el peregrinaje hacia el Ayuí, el protectorado sobre los pueblos, la resistencia desesperada á la invasión portuguesa, la elocuente divisa del precursor, que colocaba sobre todos los cultos el supremo culto á la libertad, y aquel melancólico amortiguarse en la ausencia, sobre la extraña tierra, en el hogar indiferente, circundado de pobres y de infortunios, bajo la misericordia del sol ó las caricias luminosas de las estrellas!

Pero, digámoslo muy alto: este nuevo concepto de nuestro Artigas, antes que de las reacciones á veces caprichosas de la crítica, ha nacido en nuestro propio corazón colectivo, en nuestra propia alma común, abierta á todas las justicias. ¿Quién sino el pueblo es el primer rehabilitador de esta gloria sin mancha, de este prestigio sin ocaso? Mientras el historiador permanece encerrado en su gabinete, absorto en sus estudios y en sus documentos, es el espíritu vertiginoso del pueblo el que toma y agita las amplias banderas, se lanza á las calles, entona el himno estremecedor, se detiene ante las estatuas insignes, ó evoca los manes eternos! Pues bien: el pueblo ha hecho la gloria de Artigas, y ha puesto en torno de las sienes dormidas, sobre los albos cabellos del abuelo, la aureola de la inmortalidad. El pueblo hará también la gloria de Las Piedras, porque es necesario probar que aquella acción de guerra no es una victoria aislada y sin valor, sino el comienzo de una odisea de heroicidad y sacrificio. Y así como sobre el nombre sonoro de Austerlitz, dondequiera que se pronuncie, se abren las alas de bronce del águila de Napoleón, sobre la evocación de Las Piedras flota el recuerdo del blandengue inmortal, entre el desfile épico de los escuadrones!

¡Oh, Prócer, oh Soldado! Nosotros hemos querido rendirte este homenaje porque la juventud, que siempre está de pie escudriñando los cuatro horizontes de la vida, te

ha visto pasar una vez más sobre las gramillas de nuestros campos, bajo las estrellas de nuestro empíreo; te ha visto pasar una vez más envuelto en la bruma de tus sueños, que es una bruma en que se incuban soles; te ha visto pasar una vez más al frente de las legiones de la patria; te ha visto pasar una vez más entre el clamor de los pueblos redimidos por tí; te ha visto pasar una vez más bajo la triste noche del éxodo; te ha visto pasar una vez más en los resonantes endecasílabos de Zorrilla, en la briosa oda de Roxlo, en las iliádicas páginas de Ramírez; y ha querido que fuera para tí el más reverencioso de los recuerdos, el más sentido de los homenajes, el más espontáneo de los tributos; y, vuelta hacia tu inmenso espíritu, ha deshojado las rosas de sus lirismos, ha enarbolado tu nombre como una insignia frente á todas las indiferencias letales, y ha labrado para tí sus más pujantes rimas, sus más valientes cantos, sus más hímnicas prosas. Que tu espíritu, ¡oh Prócer, oh Soldado! siga cerniéndose, en un inaccesible vuelo, sobre las procelosas agitaciones y sobre las patrióticas tristezas; é infúndenos tu fe, tu ciega fe, tu fe removedora de montañas, para que tus manes purísimos presidan desde la inmortalidad los destinos de este pueblo y le señalen los caminos futuros, lo mismo cuando conduzcan á la diadema de luz de la apoteosis que cuando lleven á la corona de espinas del martirio!

1911.

La nueva crítica

La revista «Montevideo», de brillante pero efímera existencia, había confiado al autor de este libro su sección de crítica literaria. El programa que el crítico se proponía desenvolver está expuesto en el artículo que va á leerse.

Escribo esta crónica inicial entre un soneto de Verlaine y una página de Guyau: dos adorables poetas. Puede decirse que ellos han fundado en el arte la religión de la dulzura. El fluctuante y contradictorio cantor de «Sagesse», cuyo laud sonó tristezas en la penumbra de su corazón, ha asistido al desfile de los paisajes interiores,—rosas de sueños, cúspides de quimeras, luna enferma y rosada, nieve de desengaños,—y ha suspirado sus penas á la brisa que pasa. Después ha sonreido al dolor como á un amigo, á la miseria como á una madre, á la piedad como á una novia, y ha dicho en sus místicos

salmos las esperanzas del amor divino, y ha plañido en sus profanas canciones la gracia maligna y evanescente de los amores humanos. Jamás contempló los incesantes torbellinos de la vida universal, porque invirtió las energías de su espíritu en una porfiada autointrospección, ocupado en seguir en lo más hondo de su psiquis el vuelo furtivo de una ilusión reanimadora, el aparecimiento de una nueva manifestación emotiva, ó el derrumbe de un acariciado ideal. Como la monja de las estancias de Nervo, como la monja prócer que sólo supo sonreir cuando sentía el descendimiento de la sombra eterna sobre los ojos anegados en las plenitudes de los primeros éxtasis, este claro poeta, este sencillo portalira, este ensoñador de melancolías, tuvo para todos los infortunios, para todas las traiciones, para todas las secretas heridas, las mejores sonrisas de su corazón. Acaso vió la inmensidad en una lágrima...

Y bien: yo he encontrado que este divino rimador que solloza y canta en la bruma, es un maestro de estética. ¿Habéis leído la maravillosa «Arte Poética» consagrada á loar, entre las cualidades de la estrofa, el vencedor sortilegio de la música, la vaga esfumación de lo impreciso, el imperio del matiz sobre el color? Tal la técnica encantadora de ese original y faunesco creador de la melodía sugestiva, llena de estremecimientos y de visiones de alma. «J'adore l'indecis», ha exclamado Samain... He ahí una fórmula para el poeta.

En uno de aquellos milagrosos sonetos que florecen como rosas extrañas en los eucologios de ese demoníaco celeste, he hallado en sólo un verso que dice las fiebres, las congojas y los apaciguamientos de la pasión de amar, un precepto hacia el cual puede convertir sus esfuerzos la crítica moderna. ¡Ah, sí! «De la douceur, de la douceur, de la douceur!» Ver al hombre en la obra y al hermano en el hombre; comunicarse con el alma que crea, con el alma que sueña, con el alma que llora; penetrar con respeto devoto en el huerto sellado de

los corazones; comprenderlo todo para perdonarlo todo; abrir los ojos del espíritu y contemplar los cielos poblados de soles, los soles poblados de humanidades; tener la caridad de lo grande que se prodiga, de la naturaleza que ofrece su seno fecundo y maternal, del infinito que provee á la eterna vida de las especies, de lo Incognoscible spenceriano que vela sobre el sér y sobre todas las necesidades del sér... Recibir la obra ajena como una ofrenda ó como un don: ese es el ministerio de la crítica. Es necesario que élla también ingrese, como un mundo en su sistema, en esa inmensa concepción sociológica que ha soñado Guyau. Os hablaré otro día de las doctrinas de amor universal proclamadas por este filósofo, por este vate, por este investigador, por este vidente que ha dejado desenvolverse con impetuosidad la virtud comunicativa de su temperamento; que ha prolongado su sueño, estrellado como una noche del trópico, más allá de los límites de la vida, á donde sólo llegaron Platón con sus utopías; Goethe con sus intuiciones, Hugo con su lírica fecundidad...

¿Será necesario decir que la crítica, tal como yo la entiendo, debe tener la mayestática amplitud que concedía al arte futuro el prestigioso evocador de «La Irreligión del Porvenir»? Toda la literatura huye de los encasillados. Los moldes ahogadores se rompen; las cimas surgen solas en el azul. La obra de arte, que es ahora también la obra de pasión ó la obra de verdad, desdeña todo ceñimiento. Se tiende á la simplificación y también á la amplificación: la sencillez no empece á la profundidad. Ved el concepto emersoniano: de una línea surge una idea como de un capullo una flor. Haced que toda palabra diga en voz alta su secreto. Y, sobre todo, abominad las escuelas, abominad las capillas, abominad las comuniones estrechas. Si sois poetas, cantad la libertad del espacio sin fronteras; si sois pensadores, no pongáis valla á vuestra facultad de imaginar, de crear, ideológicamente, de la nada; si sois críticos, concretaos á decir, como alguien quería, las aventuras de vuestra alma á través de las obras maestras.

Así, yo quisiera que mis impresiones tuviesen todas sabor de sinceridad. Amar la obra y sentirla: esa es mi aspiración. Luego es bueno decir lo que se siente, lo que se piensa, lo que se sueña, lo que se goza, lo que se sufre, eludiendo con empeño liberador el peso de toda investidura sacerdotal. Describir emociones sin reatos retóricos: tal el subjetivismo en la crítica.

¿Se me reprochará el departir sobre las obras de los hombres, aquí donde todos las silencian con una mudez que á veces sabe á hostilidad y á veces sabe á despecho? Anatole France ha dicho: «Vale más hablar con incertidumbre de los bellos pensamientos y de las bellas formas, que callar sobre ellos eternamente».

1905.

José Enrique Rodó

Señores:

Aunque la necesaria restricción impuesta á este homenaje lo circunscribe en los límites de un agasajo al primer presidente del Círculo de la Prensa, el propósito iniciador se fundamenta, en mi sentir, en razones más amplias y más intimamente vinculadas á los merecimientos de este ingenio á quien el favor de una 'indiscutible notoriedad literaria sustrajo por un tiempo, aunque no de una manera absoluta, á los ensimismamientos de la meditación y á los puros júbilos del arte, para traerlo hasta este puesto y ungirlo con los óleos de la batalla. La honra de presidir esta institución ha correspondido, por caso raro y singular, á quien sólo por incidencia fué periodista, en épocas de militantes enardecimientos y de imperiosas solicitaciones de la acción. Nunca lo movieron á ello ni la índole aristocrática de su talento, ni su connatural propensión á las penserosas reconcentraciones, ni su ingénita repugnancia por cualquier contacto exterior del que pudiese resultar

desmedrado y envilecido aquel alto ideal de perfección artística y de perpetuo enaltecimiento de la personalidad, que ha sido el norte permanente de su esfuerzo. En las lides acerbas y cuotidianas sólo compareció alguna vez, aunque sin abandonar en el tumulto ni las púrpuras mágicas del estilo ni el pleno señorío de las ideas resplandecientes y próceres en que culmina su pensar. Ha descendido hasta la liza, pero sin apasionarse por la brega tiránica, en los fugitivos momentos en que determinados accidentes y contingencias de la vida social requirieron la cooperación prestigiosa de su palabra. Algún trascendente problema suscitó entonces la actividad superior de su espíritu. Y él, que venía de los paraísos arcanos del ensueño—íntimos, hospitalarios y quietos como las moradas interiores de que nos habla la mística doctora de Avila—pagó su tributo á la agitación momentánea y se sintió avasallado también por las sugestiones del combate.

Todos los hombres descollantes de nuestro país han acatado como una ley de sus destinos la misma despótica imposición. Todos han sido alguna vez periodistas, quienes seducidos por las atracciones vertiginosas de la contienda diaria, quienes por ineludibles determinaciones del ánimo, resuelto y combativo, quienes por subalterna necesidad de vivir. Muchos se dejaron mecer por las inquietudes y los delirios de la lucha, é inutilizaron en ella sus más selectas aptitudes; otros derivaron, acaso con secretos desganos, hacia la exigente política, cuya influencia sobre las voluntades flacas y vacilantes llega á las veces hasta la inmolación de los dones más altos; y otros salvaron intacto el tesoro de sus cualidades personales, de sus virtudes idiosincráticas, refugiándose á tiempo en aquellos hondos y soledosos retiros en los que puede cobijarse sin temor el casto y serenísimo ensueño de todos los grandes solitarios y de todos los grandes meditativos.

Rodó representa entre nosotros esa noble alcurnia de espíritus. Yo me lo imagino como un humanista de otra edad extraviado en un siglo de agostadores utilitarismos

y de prosaicas competencias. Desde aquí, incurablemente nostálgico, rememora el Acrópolis eminente, el fenecido esplendor de Atenas, el agua mediterránea y azul que besa con sus ondas querellosas y eternas las costas á que arribaron una vez, entre un vuelo de aves proféticas, las naves vencedoras de Agamenon. La Hélade muerta es para él la Itaca pensativa hacia la que bogan perennemente, como en las figuraciones poéticas de la Odisea, los bajeles aligeros de su imaginación, más afortunados que los de Ulises. Las abejas de Sófocles rumorean aún en el silencio de su gabinete. El verbo de Platon vibra en sus labios. Ama la gracia alada, la levedad dichosa y sonriente y la armonía inimitable, que fueron los rasgos característicos del arte de otros dias menos conturbados, menos febriles y más claros que los que corren. Ha hollado el polvo del camino de Paros, y lo ha besado con unción en la hora propicia y fecunda de los peregrinajes mentales.

Y si no queréis verlo tan distante, en las lontananzas del clasicismo doradas de sol y de poesía, hacedlo revivir en la época gloriosa del Renacimiento, junto á los humanistas impasibles que, mientras la violencia estallaba en las almas y la ola del placer material se desbordaba sobre el mundo, tejían en silencio y en paz la luenga trama de sus sueños y de sus pensamientos. Su obra callada, y uniformemente prestigiosa, es como la de aquellos artistas sutiles que labraban las custodias de las catedrales ó pintaban los grandes frescos evocadores en las basílicas enormes, ajenos al tumulto exterior y á la codicia y avidez de toda indigna granjería. Pero más que esta última filiación, un tanto extraña á su actividad fundamental, cuadra la de «humanista» al ágil y al mismo tiempo severo y disciplinado espíritu de Rodó. Correspondióle al humanista del Renacimiento—tipo eminente de un reducido linaje de hombres desinteresados y cultos—el cometido envanecedor de hacer triunfar el arte jocundo sobre las monotonías del medioevo, de propiciar el reflorecimiento de las primaveras felices que en otros tiempos enguirnal-

desmedrado y envilecido aquel alto ideal de perfección artística y de perpetuo enaltecimiento de la personalidad, que ha sido el norte permanente de su esfuerzo. En las lides acerbas y cuotidianas sólo compareció alguna vez, aunque sin abandonar en el tumulto ni las púrpuras mágicas del estilo ni el pleno señorío de las ideas resplandecientes y próceres en que culmina su pensar. Ha descendido hasta la liza, pero sin apasionarse por la brega tiránica, en los fugitivos momentos en que determinados accidentes y contingencias de la vida social requirieron la cooperación prestigiosa de su palabra. Algún trascendente problema suscitó entonces la actividad superior de su espíritu. Y él, que venía de los paraísos arcanos del ensueño—íntimos, hospitalarios y quietos como las moradas interiores de que nos habla la mística doctora de Avila—pagó su tributo á la agitación momentánea y se sintió avasallado también por las sugestiones del combate.

Todos los hombres descollantes de nuestro país han acatado como una ley de sus destinos la misma despótica imposición. Todos han sido alguna vez periodistas, quienes seducidos por las atracciones vertiginosas de la contienda diaria, quienes por ineludibles determinaciones del ánimo, resuelto y combativo, quienes por subalterna necesidad de vivir. Muchos se dejaron mecer por las inquietudes y los delirios de la lucha, é inutilizaron en ella sus más selectas aptitudes; otros derivaron, acaso con secretos desganos, hacia la exigente política, cuya influencia sobre las voluntades flacas y vacilantes llega á las veces hasta la inmolación de los dones más altos; y otros salvaron intacto el tesoro de sus cualidades personales, de sus virtudes idiosincráticas, refugiándose á tiempo en aquellos hondos y soledosos retiros en los que puede cobijarse sin temor el casto y serenísimo ensueño de todos los grandes solitarios y de todos los grandes meditativos.

Rodó representa entre nosotros esa noble alcurnia de espíritus. Yo me lo imagino como un humanista de otra edad extraviado en un siglo de agostadores utilitarismos

y de prosaicas competencias. Desde aquí, incurablemente nostálgico, rememora el Acrópolis eminente, el fenecido esplendor de Atenas, el agua mediterránea y azul que besa con sus ondas querellosas y eternas las costas á que arribaron una vez, entre un vuelo de aves proféticas, las naves vencedoras de Agamenon. La Hélade muerta es para él la Itaca pensativa hacia la que bogan perennemente, como en las figuraciones poéticas de la Odisea, los bajeles alígeros de su imaginación, más afortunados que los de Ulises. Las abejas de Sófocles rumorean aún en el silencio de su gabinete. El verbo de Platon vibra en sus labios. Ama la gracia alada, la levedad dichosa y sonriente y la armonía inimitable, que fueron los rasgos característicos del arte de otros dias menos conturbados, menos febriles y más claros que los que corren. Ha hollado el polvo del camino de Paros, y lo ha besado con unción en la hora propicia y fecunda de los peregrinajes mentales.

Y si no queréis verlo tan distante, en las lontananzas del clasicismo doradas de sol y de poesía, hacedlo revivir en la época gloriosa del Renacimiento, junto á los humanistas impasibles que, mientras la violencia estallaba en las almas y la ola del placer material se desbordaba sobre el mundo, tejían en silencio y en paz la luenga trama de sus sueños y de sus pensamientos. Su obra callada, y uniformemente prestigiosa, es como la de aquellos artistas sutiles que labraban las custodias de las catedrales ó pintaban los grandes frescos evocadores en las basílicas enormes, ajenos al tumulto exterior y á la codicia y avidez de toda indigna granjería. Pero más que esta última filiación, un tanto extraña á su actividad fundamental, cuadra la de «humanista» al ágil y al mismo tiempo severo y disciplinado espíritu de Rodó. Correspondióle al humanista del Renacimiento—tipo eminente de un reducido linaje de hombres desinteresados y cultos—el cometido envanecedor de hacer triunfar el arte jocundo sobre las monotonías del medioevo, de propiciar el reflorecimiento de las primaveras felices que en otros tiempos enguirnal-

daron la tierra, y de representar el ideal supremo y el ensueño contemplativo en eras intranquilas y apasionadas, en las que el choque de mil diferentes intereses y el estruendo de la vida social desordenada y libre, privaban sobre todo recogimiento interior y sobre todo afán de idealidad. Meditar y soñar, preparando con tan altas labores el advenimiento de las nuevas culturas, fué la única aspiración de aquellas almas dilectas y escogidas. Y es, sin duda, Rodó el que entre nosotros más intensamente, más exquisitamente sueña y medita, desde las cimas de su inviolable mirador de Próspero, lleno de sortilegios, en tanto que la vida caudalosa desfila á sus pies arrastrando en sus olas bravías concupiscencias y apetitos, deshechos y fango que corren á abismarse en la muerte, mientras el invisible ideal sonríe sereno sobre las almenas del arte y en las torres ebúrneas de la Belleza!

Y en épocas aún más próximas á nosotros, yo lo transportaría á la corte de Weimar, en la que impera inmortalmente el alma marmórea de Goethe. Lo acercan á éste los permanentes estoicismos de una existencia consagrada á exaltar, con el culto de la personalidad dominadora, el sentido íntimo é indeficiente de la hermosura eterna. Y situándonos más en nuestro tiempo, estaría bien junto á Renán, el filósofo que sonríe, este otro filósofo que ha heredado de aquél la amplia noción de la tolerancia, la perfección escultural del estilo, el fino y delicado aticismo, y aquel matiz de sentimentalidad y de gracia que fué la nota prevaleciente en aquella unciosa alma de artista y de ideólogo que Pellissier ha llamado sacerdotal y que no puede definirse bien sino con el comprensivo nombre de ecléctica.

Los que tenemos para Rodó la reverencia de nuestras simpatías y admiraciones intelectuales—y esta fiesta no es sino una materialización tangible de ese homenaje—amamos en él el puro impulso espiritual que lo ha llevado á renovar y ennoblecer, por modo tan maravilloso, nuestro arte naciente, procurando modificar á la vez los hábitos

mentales y las orientaciones futuras—en el orden de la intrínseca moralidad que rige y conduce la marcha de nuestra existencia—de una generación un tanto inerte y adormida. Notad en el ensayo sobre Ruben Dario la devoción por el estilo, el fervor un poco místico por la forma, el hondo anhelo de perfección, que inflaman el estro del autor. Nunca ha vibrado con sones más melódicos la prosa castellana, sobre cuyas clásicas austeridades y rigideces el pensamiento francés hace entreabrirse ufanamente una flor de gracia y claridad. Rodó predica con el ejemplo, en este ensayo insuperable, el prestigio mágico de la lengua, cuando las manos hábiles de un artista pasan, en el frenesí de la creación, sobre las cuerdas tensas y sonoras. Jamás, para nuestros oídos profanos, habituados á considerar como una banalidad sin valor la pompa y la música de las palabras, ha resonado más sutilmente la selva harmoniosa del estilo. Y fué entonces cuando entró el modernismo en nuestras tendencias y en nuestras predilecciones, preconizado por el tropel numeroso y sonante de los versos de Rubén: el afrentado modernismo, que no es extravagancia pueril, ni alarde vanidoso, ni amaneramiento vacío, sino la consecuencia obligada de la renovación de nuestros gustos, de la complejidad de nuestros espíritus.

En «Ariel», á la exaltación del arte puro se sustituye una altruista preocupación filosófica que Rodó expone magistralmente desde la cátedra de Próspero, presidida por la imagen aérea y familiar que es, en las páginas indestructibles de «La Tempestad», el trasunto de todas las santas idealidades y de todas las noblezas heráldicas. «Ariel» es el apostolado del idealismo, no reducido á una entelequia platónica, sino fecundo y en acción. Y así, cuando la sombra grácil y tutelar de aquel numen benéfico se alzó sobre los horizontes de América, ofrendadora y sortilégica, los ojos de los hombres se llenaron de maravilla y los corazones palpitaron de pasmo y de fe.

«Motivos de Proteo» es la glorificación de la voluntad

omnipotente y victoriosa, que este escritor admirable ha querido loar en su prosa atildada, pulcra, impecable, sugeridora: prosa acendrada y magnífica que es como una perenne incitación al encumbramiento de la personalidad, ya que este estilo indeficiente no puede ser sino la flor suprema de una sabia cultura en una individualidad prestigiosa, superiormente preparada para toda labor genial.

Maestro Rodó: en el libro de oro de esta casa cordial queda grabado, como la cifra de una empresa, vuestro nombre. El ha sido bandera de este centro, al que asociásteis durante algún tiempo una parte de vuestra actividad. Esa convicción, que debe de ser halagadora, tiene un exponente en esta fiesta de periodistas. No olvidéis que los que á ella asisten, y los que en ella faltan, siguen atentos vuestra obra, y aguardan, ansiosos y espectantes, las nuevas y milagrosas revelaciones de vuestro talento superior: aquel ingenio prócer que va sobre las huellas de la Belleza, canta en el alma pura de Ariel, se prosterna en el Partenon, revive en la gloria de los siglos extintos, y avizora con mirar melancólico, sobre las aguas de los mares de poesía y de los ríos legendarios, el paso de las trirremes sagradas!

1910.

Un libro de versos [1]

Desde hace tiempo reclama mi atención el libro de un poeta joven, Manuel Pérez y Curis. Yo no sé por qué misteriosa modalidad de mi espíritu, me inclino hacia toda obra nueva con una especie de recogimiento religioso Me asalta una como ansiedad ante el desconocido horizonte. Esa alma vendrá á decirme su secreto: habrá soñado, habrá sufrido, habrá llorado en la soledad de los días monótonos; sus rimas estarán todas llenas de dolor ó de esperanza; tal vez la fuente de ese numen ha sido la tristeza castálica que inspiró á Becquer desolado, á Heine sarcástico, á Byron taciturno. Tal vez este predestinado ha escrito el libro de su vida amaneciente con la más rica, con la más férvida, con la más generosa sangre de su corazón. Acaso, como todos los ungidos, ese

(1) Este juicio fué escrito con ocasión del primer libro de Pérez y Curis. Producciones posteriores del mismo poeta obligarían acaso al autor á rectificarlo en no pocos de sus pasajes. Quede aquí, sin embargo, como un motivo de orgullo para el crítico, que ha visto confirmados, en las más recientes obras de Pérez y Curis, algunos de sus vaticinios respecto de las definitivas tendencias poéticas de aquel escritor, más inclinado cada día al culto de la sencillez y de la poesía verdadera.

poeta que nos brinda el don intacto de su mentalidad es un trabajador del silencio, ó es un minero de la sombra florida... Viene á contarnos sus visiones. En los países de sol ó de bruma, la retina de ese hombre se ha llenado de panoramas, de perspectivas, de lejanías rosadas, de azules marinos y de oros flotantes Nos trae el cofre de Dulcamara, que refulge mágicamente; ó los pomos de las maravillosas esencias con que Belkiss ha aromado sus cabellos en las sagradas noches de la culpa; ó el sortilegio de Mab, de cuyo velo zafíreo, como en el cuento del poeta, surge la fecunda alegría que estimula á la acción...

El creador del «Poema de la carne» tiene tan sólo veinte años. Por eso, como no ha podido todavía ver el mundo, se ha contemplado á sí mismo, ha sondado su espíritu, y ha presenciado el aparecimiento y la ascensión de los soles en las tinieblas de su alma.

Si le reprochais su subjetivismo, le reprocharéis su juventud. Cuando escale otras cimas, cuando señoree otros horizontes, cuando, se inmerja en la vida, en la plenitud de la vida; cuando adivine la pequeñez de su mundo interior ante la inmensidad del universo; cuando ponga el oído á los diálogos de las cosas; cuando comprenda la vanidad de la retórica y la ilimitada variedad de las emociones que son comunes á todos los hombres de la tierra, entonces abandonará sus actitudes de extático contemplador de su propia personalidad, y, sin dejar de ser el poeta subjetivo, será el poeta moderno, con su complicación anímica con sus voraces pasiones, con sus neurosis visionarias...

Porque este adolescente rimador que adora las carnes viciosas y se prosterna ante los altares de Afrodita, nos habla demasiado de su sensualidad. Lo alucina el *delito*. Sus pupilas han mirado en el antro, y están llenas de lúbricos deslumbramientos. En sus insomnios desfilan bayaderas, pecadoras, ó enamoradas carnales. Hay en el libro estrofas que tiemblan como en un espasmo supremo. Otras tienen la vibración de los besos sacrílegos. Otras

revelan las turpitudes de un idilio en estío, ó la eterna obsesión de los despertares del sexo, ó la afrodisia de las ojeras lujuriosas, ó las languideces de un crepúsculo de amor bajo las acacias...

A veces el poeta se detiene á soñar ante una maravilla de la Naturaleza; y es un mar en calma, un ocaso tranquilo, un golfo azul y dormido, una fronda llena de músicas, un camino, una pradera, ó un miraje. Pero creed que son las menos esas exaltaciones panteistas, y que el ensoñador de venustidades lascivas vuelve á caer en sus transportes de erotismo como en un fatigoso ritornelo. El mismo autor lo declara: su pasión es la Carne. Para loarla ha compuesto sus versos; esos versos en que hay tantas bizarrías y tantas imperfecciones; en que el poeta se somete á tan encontradas influencias; en que la voluntad de producir no es bastante á velar las deficiencias de la ejecución..

A ratos, el hervor de vida, el ímpetu dionisíaco de que tan elocuentemente ha hablado Niezstche, inspira un canto de violenta agresividad. El poeta esgrime su verbo como un látigo. Anonada á los réprobos con sus indignaciones, como Vargas Vila á los grandes desde su Patmos tormentoso, desde su soledad llena de rayos. En aquel *maestro* ha aprendido acaso Pérez y Curis el arte de forjar con hierro sus apóstrofes, de blandir el epíteto, de aguzar el acero de la imagen. No sé hasta dónde pueda ser aceptada esa influencia, ya que el autor del «Poema de la carne» ha escrito el prefacio de su libro en profética prosa vargasviliana. Yo admiro con reservas al exquisito cultivador de «las rosas de la tarde». Su acento de combatiente impulsivo, de retador heróico, me apasiona; ¡pero cuidado con esa prosa de sus novelas, alambicada, retorcida, casi exótica; esa prosa sin músculo que suscita en mí la visión de un gladiador enervado en las voluptuosidades de la orgía!

La lectura de algunas composiciones de la obra que analizo, me afirma en la creencia de que el alma de este nuevo poeta está hecha para las vibraciones de la emo-

ción y para la creación de las más finas músicas verbales. Hay en su libro sonetos que son la labor denunciadora de un futuro camafeista. Cuando este joven nos habla del dolor de la vida, de la melancolía de la vida, de la vasta amargura de la vida, un nuevo acento canta en él. Así ha salido esa flor de harmonía, que es también una amable, una pagana «Flor de Lutecia»; esa onda de melodía subjetiva sobre la cual he visto deslizarse el trirreme de Nervo, el gran peregrino de los crepúsculos.

Si yo pudiese decir algo á este artista que ha puesto á vibrar su lira con todos los vientos de la primavera, le diría que he advertido en él una amplia emotividad que acaso tienda á prodigarse; que ponga cuerdas más nuevas á su instrumento órfico; que sea íntimo y subjetivo, pero que aprenda á decir sus intimidades con palabras sutiles; que desdeñe la sonoridad y la estridencia de los clásicos, y cante las cosas de su corazón envolviéndolas en las vaguedades del símbolo, ya que toda la poesía es una série de símbolos, según la definición mallarmeana; que no se abandone á una sola manifestación de su espíritu, y que deje vagar el alma aventurera que hay en todo poeta á través de la infinitud de los mundos, en un inexhausto anhelo de ensoñación; que repudie á Astarté por Seraphita y á Friné por Ligeia; que cuando se incline ante las imágenes consagradas por las antiguas liturgias á la reverenciación respetuosa, al culto ardiente y á los ritos devotos, no se contente con admirar las desnudeces sagradas y provocativas, porque lo único inmutable que vive en ellas y perpetúa la adoración de los ,artistas es el espíritu harmonioso que reside en el mármol arcaico y lo anima como en las primeras edades de la tierra!

Y luego le diría de la divina simplicidad de las cosas: que abra los ojos hacia la Naturaleza; que haga enmudecer la retórica para dejar hablar al alma; que no se entregue por entero á la tiranía del consonante ó al inerte formalismo de las reglas, porque la estrofa, cuando es el eco que traduce un estremecimiento del espíritu, aspira á la suprema, á la incoercible libertad de las alas!...

En nombre del Club « Vida Nueva »

Señores:

Hace unos años, un gran poeta épico de nuestra tierra que ha escrito la epopeya de la raza en estrofas sonoras como escudos de bronce, decía que acaso no haya en Sud América una figura más grande, más dominadora y más supremamente bella, que la del soldado de Guayabos. Yo quiero repetir esta afirmación en este sitio, frente á la multitud emocionada, junto á esa tumba de donde emerge tanta gloria, y en nombre de aquel Club « Vida Nueva » que ha querido también testimoniar su gratitud y su respeto por el viejo blandengue de la patria.

En efecto, señores: ¡qué historia la de ese paladín infatigable que ha esculpido el alma misma de la nacionalidad con la espada triunfante de las Piedras, á golpes de heroísmo sereno y magnánimo! Yo no sé si cuando oís este nombre tenéis como yo, ante los ojos y ante la imaginación, la visión de un rebelde magnífico, estadista y soldado, profeta y caudillo, que huella con el galope

de su caballo de guerra todos los campos de batalla de la República, realizando como ninguno de los libertadores de América el ideal de la Revolución y el pensamiento de las patrias nuevas.

Toda una década de nuestra historia, la más tempestada y penosa, resuena con el estrépito de sus hazañas militares. Esa vida tiene una aurora: las Piedras, y un crepúsculo: Tacuarembó, los dos hitos de la epopeya artiguista. Pues bien: poned entre ellos vuelos de águilas, cumbres de heroísmo, muchos combates, muchas angustias, muchos insomnios; el arma de la insurrección levantándose en San José de Mayo para debelar á los españoles, vibrando en Guayabos, fulgurando en el Arapey; poned entre ellos la eterna noche del éxodo, dolorosa y sublime; poned entre ellos las amarguras de los reveses inmerecidos, las hieles de las decepciones injustas, y aquella última tristeza, más honda, más desgarrante que ninguna, frente á la invasión que triunfa, á los apetitos que se sacian, mientras las fronteras de la patria se abaten para señalar al precursor los caminos del destierro con sus soledades infinitas: he ahí esa vida. Pero poned también entre ellos, en todos los momentos, el mismo gesto de rebelión y de orgullo: una mano de hierro blandiendo el sable de las caballerías primitivas para amenazar á los dominadores y á los déspotas. ¡Un rebelde, siempre un rebelde! Gaucho soberbio, lo ha apellidado un historiador español con un insulto que es, en toda la obra, una prolongada alabanza.

Y ese hombre tuvo en medio de las inquietudes y de los tumultos del campamento la visión de la patria futura. Montó la guardia alrededor de sus fronteras. Socavó los cimientos de toda autoridad ilegítima; soñó con una democracia nueva, inestable y rudimentaria en aquellos momentos de gestaciones difíciles é inciertas, pero llamada á señorear el porvenir y á coronarse de inmarcesibles prestigios. Ese vago ideal flotaba sobre todas las procelas de aquellas edades heroicas que fatigaron á la fama, y Artigas se hizo su verbo y su campeón. El era el héroe

carlyliano, dotado de ojos videntes, de alma para concebir y de corazón para ejecutar. Fué el pensamiento hecho carne. Nunca la intuición del estadista tocó cimas más altas que en aquel Congreso preparatorio en que el soldado de Guayabos trocó la resonante armadura del paladín por los atributos del legislador. Así se aunaron en él las condiciones del caudillo con las del fundador capaz de hacerse el alma de un Estado. El hombre que señaló sobre las tierras de América los límites de una nueva nacionalidad, pudo haberle dado sus leyes, pudo haberla vivificado con su espíritu después de defenderla con el esfuerzo de su voluntad en aquellos diez años de iniciaciones dolorosas que la historia de nuestro país tendrá que eslabonar cada vez más con el lustro mesiánico con que se cierra la vasta epopeya, entre las dianas que vocean la gloria inmarchitable de las Misiones!

¿Pero sabéis, señores, qué es lo que más singulariza aquella vida abnegada y estoica? ¿Es acaso el inacabable batallar, digno del canto? ¿Es acaso la anticipada revelación que parece mover aquella alma creada para cernerse, como un águila que lleva una antorcha, sobre la gloria sangrienta de los combates? ¿Es acaso aquella indomeñable entereza espartana que no se rinde á las derrotas, que se agiganta en el peligro y que sale al encuentro de lo inesperado sin turbación y sin alarde, como segura siempre de resistir y de vencer? No, señores: la singularidad de esa vida está en la oscura tragedia con que remata y finaliza. Allí deben ir á buscar la extraña magnificencia de ese destino incomparable aquellos que han hecho de la historia el apostolado del ultraje y la predicación de la diatriba. Grande es Artigas sobrellevando durante diez años angustiosos el peso de los destinos de un pueblo; grande cuando triunfa, grande cuando se sacrifica, grande cuando se inmola; grande cuando abre su corazón á la clemencia; grande en la victoria y en el éxodo; pero más grande, mucho más grande todavía cuando, mellado el sable de las Piedras, desceñida la vieja

coraza, extinta la esperanza en los rescates definitivos, abandona el solar fecundado por la sangre de tantos holocaustos, y va á ocultarse de los hombres, él, que llevaba sobre su frente, como el signo de una predestinación, el estigma que señala para el martirio á todos los libertadores de pueblos, á todos los ungidos del ideal!

El destino engrandece, ha dicho Victor Hugo; á Artigas también lo magnifica el ostracismo. El crepúsculo de Curuguaty, aquel largo y congojoso crepúsculo, se llena sobre la cabeza del héroe de oros y de púrpuras de apoteosis. Aún en la soledad de su exilio, cuando ese hombre muere, podría decirse con razón que el alma de la patria cae también junto á su mejor caballero, sino fuera que el alma de la patria, heroica y rebelde, reencarnará en Lavalleja, que lega á nuestra historia la página casi iliádica de la Cruzada, y en Rivera, que sueña en ensanchar el territorio de la República dilatándolo hasta las Misiones, con gloriosa y esforzada osadía.

Y bien: ese hombre ha muerto, en el declinar de unos años que son, según las palabras del poeta, un desierto plantado de laureles. Atestigua la historia que una de sus preocupaciones postreras, acaso la más obsesora, era el pensar si su nombre, símbolo y condensación de estoicismos supremos, sonaba entre los orientales, después de constituida la nacionalidad. Que duerma en paz, señores, el alma prócer del caudillo bueno. Que duerma en paz, segura de que el nombre de Artigas, que ha resonado junto á nuestras cunas, que ha temblado en los labios de nuestros poetas, que ha evocado en todos los tiempos el esplendor de las más eximias virtudes guerreras, seguirá siendo como hasta hoy la mágica palabra á cuyo conjuro reverdezcan en primaveras ideales y eternas las glorias del terruño, más altas cada vez en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Siempre que el patriotismo lo pronuncie, las generaciones que vengan á renovar sobre nuestro suelo el milagro perenne de la vida, lo aclamarán como en las edades de hierro en que vibraba como un

canto en el marcial estruendo de las batallas. Pero será para nosotros, señores, la tarea de perpetuar el prestigio de ese nombre, eternizando el homenaje para aquél que hubiera merecido reposar de sus cansancios heróicos en un sepulcro que se alzase junto al mar, esculpido en la roca indestructible, bajo la gloria del cielo estrellado, frente á la naturaleza rebelde, que hubiese trasuntado con sus inquietudes y con sus grandezas las tempestades de heroismo, de dolor y de gloria que conmovieron y agitaron el corazón del Precursor!

Pórtico [1]

Otros tiempos tal vez no distantes de éste en que vivimos, fueron más propicios que el nuestro al cultivo desinteresado de las letras. El materialismo irruptor que detiene hoy implacablemente el ansioso volar de las almas á los celestes paraísos del ensueño, no cantaba aún en las estrofas retorcidas de Leopardi ó en las rimas sollozadoras de Espronceda, la canción de sus desesperaciones infinitas. Un hálito de primavera movía la fronda horaciana. Los poetas y los dioses convivían en una deliciosa camaradería espiritual. En Versalles, en el elegante Versalles de Luis XV, los trovadores de Francia decían sus melificados decires y recitaban al oído de las bellas sus madrigales de oro. Y en aquel dulce renacer de la poesía, en aquella promisora reviviscencia de la antigua idealidad—que fué inspiración en Homero, atildamiento en Sófocles, majestad en Esquilo, en Píndaro desordenado lirismo y en

(1) Este artículo apareció en el primer número de la Revista «Lumen», de cuya dirección formaba parte el autor.

Anacreonte ligereza subyugadora—ya que no hablaban de cosas extrahumanas, quintesenciaban las bellezas de la tierra. . .

En nuestra España—quizá nuestra no lejana radicación genealógica autorice el posesivo—hubo también, en un pasado prestigioso que contrasta singularmente con la ominosa postración de hogaño, un verdadero florecer del Arte. Garcilaso decía las dulzuras de la soledad meditativa, en una feliz memoración de la poesía bucólica de Virgilio; Fray Luis loaba á Dios, y sus maravillas, y sus sobrenaturales sugestiones sobre el alma, en jaculatorias rimadas como las de Jacopone da Todi y las del poeta seráfico de Asís; Herrera evocaba dichosamente la grandeza mayestática de la oda pindárica, y exaltaba los misterios de la teogonía cristiana con la vigorosa entonación de los profetas; inmortalizaba Cervantes, en una fiel caricatura de la supersticiosa caballerosidad medioeval, las «gestas» pasmosas de su «Caballero de la Triste Figura», imperecedero á fuer de humano; Ercilla, de la prosapia de los conquistadores, magnificaba briosamente, en el bronce épico de sus octavas reales, el tesón aborígen; Calderón de la Barca, altísimo ingenio si los hubo, enfibraba con fibra de humanidad el nuevo drama castellano, desasido de los viejos dogmatismos aristotélicos . . .

Un soplo venido del Helicón ponía extrañas tremulaciones en las liras. Las diosas de Fidias—caras á Renán y á Darío—derramaban aún sobre la tierra la sal de sus gloriosos sugerimientos. Triunfaba, entre todas las devociones artísticas, el culto de la levedad graciosa, de la corrección intachable, de la facilidad elegante y sin artificio, de la frescura inmarcesible y de la diamantina limpidez.

Pero he aquí que la prosa ha puesto, desde hace tiempo, en ese vino de las musas, más de una gota de su acíbar. El utilitarismo tentacular, que es—parece necesario confesarlo—un gaje de las civilizaciones avanzadas, apercibe las falanges de sus odios hipócritas contra todas las prestigiosas idealidades de la vida, hechas para imponerse.

por lo menos, al respeto reverente de la vulgaridad! La literatura moderna—cuando no tiene la salvaguardia eficaz de un intelecto superior—se prostituye al contacto de la impureza ambiente. Y así, mientras Baudelaire el satánico y Verlaine el paradójico sólo consiguen reunir en torno suyo una exigua corte de rapsodas,—Ponson du Terrail, que mueve á risa con los espeluznos trágicos que corren como inmensos calofríos por sus novelas,—y Montepin, ducho en aventuras cortesanas,—y Paul de Kock, ese Calibán literario hastiado de viajar por todas las Estigias parisienses,—imponen á las masas la tiranía ignominiosa de sus extravíos artísticos.

El avasallador prosaísmo presente ha helado también en este país los mejores frutos de nuestras primaveras. Tuvimos, es verdad, nuestro Parnaso, si corto en número, grande en divina inspiración. Dijeron nuestros bardos buenas y bellas cosas. Magariños Cervantes cristalizó su sentir en alejandrinos no carentes de fértil espontaneidad; Acuña de Figueroa vibró el himno tirteano en que se loan, con patrióticas loanzas, las viejas glorias del terruño, y tuvo para las humanas debilidades los dardos más agudos de su carcaj epigramático, con humorismo retozón á lo Rabelais ó á lo Quevedo; Adolfo Berro «escherzó» desde el jazminero florido propicio al genio amable y triste de De Musset, sus melancólicas canciones; Juan Carlos Gómez dijo sus ensoñaciones proféticas y reveló el raro psicologismo de su corazón, que sólo tuvo amores para las cosas sin mancilla . . .

Pero los poetas de hoy, dóciles en su mayor parte al aforismo de Bacon, enmudecen con mudez invencible. Del maestro futuro, otros, maestros también, nos han hablado una vez con estremecedoras palabras de esperanza. Pero mientras llega el hierofante de la nueva liturgia que ha de renovar las formas viejas, que ha de escanciar el dulce vino eucarístico, que ha de sentirse, como los iluminados de antaño, osculado en la frente por la Predestinación, he ahí que los arúspices callan, y su silencio, sobrecogedor

y hierático, parece que sabe un tanto á pesimismo mortal...

Hemos querido, los que esta revista fundamos, ofrendarles cortesanamente el agua y el fuego de nuestra hospitalidad. Sabemos bien cuánto desconsuelan y acoquinan á esas almas selectas—á quienes otorgara Platón el atributo gentilicio de dos alas omnipotentes y de una inagotable aspiración á lo azul—el desdén de las turbas y la lapidación inconsciente, y por inconsciente irresponsable, de la procaz vulgaridad. Pero jamás han de faltarles sufragadores á los que dicen de belleza. Sentirán sus espíritus, cuando con los espíritus de todos comuniquen, la vibración unísona de muchas simpatías, el ritmar acompasado y acorde de muchos corazones que quizá ensueñen también con las mismas cosas lejanas y flotantes—oro, púrpura, rosa—en que se complace el vidente.

Hablen los decidores de belleza. Caben en estas páginas—y nos tememos mucho que huelguen aún algunas—diversidad de estilos, de forma, de inspiración. Ningún linaje de escolasticismo literario será jamás señuelo que marque rumbo irrevocable y definitivo á nuestras inclinaciones. Entendemos que en materia de arte no cuajan los apandillamientos, y que pueden cautivar de consuno nuestro corazón y nuestro oído la estrofa resonante de Hugo y la rima suspiradora de Samain.

Y dijo Renán, el maestro armonioso: «Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas bellas, buenas y verdaderas...»

1903.

En el homenaje á Río Branco

Señores:

Los universitarios del Uruguay cumplen al fin con el alto deber de traer en triunfo, hasta la hospitalaria sede de la Universidad, el busto de aquel inolvidable prócer brasileño que condensó en las espontáneas generosidades de su política y en la novedosa orientación de su equilibrada diplomacia, las aspiraciones de los pueblos hacia la consagración definitiva de un nuevo derecho internacional en el que la noción de la equidad se sustituya para siempre á los cánones arbitrarios de la fuerza. La preclara efigie estaba bien en aquel austero recinto del Ateneo á cuya respetuosa custodia lo confiara, en cierta inolvidable ocasión, la embajada juvenil brasileña, entre delirantes aclamaciones; estaba bien allí, como presidiendo, en su inmovilidad eterna y gloriosa, las vastas y tumultuarias asambleas congregadas á veces en aquel hogar amigo y común bajo la advocación del ideal, ó bajo la sugestión de sentimientos colectivos tan altos como los

que movieron á las muchedumbres de nuestro país junto á las oriflamas de las apoteosis, en los días luminosos del Centenario; estaba bien allí, de seguro, en la gran penumbra meditativa del salón de actos públicos, resplandeciendo como un símbolo, como una bandera de justicia, después de la iniciativa reparadora por cuya virtud quedaron rectificados y ensanchados los límites geográficos de la República; pero su verdadero puesto está aquí, en la Universidad prestigiosa, cerca de las aulas rumoreantes y activas, en la sede del pensamiento fecundo, no lejos de aquella juventud soñadora y viril que ve en Rio Branco, no ya el representante arquetípico de una inmensa nación, de un pueblo fuerte y futurista, sino la personificación de aquel inmanente derecho que no tiende sólo á concretarse en vanas fórmulas de doctrina, sino que busca cristalizar también, perdurablemente, en las constataciones indeclinables de los tratados.

No hace mucho aún hemos sentido como en carne viva el dolor de esta pérdida. Cuando este hombre se extinguió,—todavía en la plena robustez victoriosa de su inteligencia,—comprendimos todos, por convicción ó por instinto, las proyecciones dolorosas y consternadoras de aquella caída, siempre demasiado temprana, aunque la vida del estadista admirable hubiese alcanzado términos de inusitada longevidad. Quien así se desplomaba en la muerte no era un diplomático vulgar, mañoso y artero, de insinuante y capciosa cortesanía, inferiormente hábil é insidiosamente leguleyo; no era tampoco un político dado á ensoñaciones imperialistas, deseoso de dominación continental, capaz de sacrificar la amistad de los pueblos á la codicia de las hegemonías absolutas; ni, mucho menos, uno de aquellos violentos conquistadores de nacionalidades que deslumbran con su gloria sangrienta y efímera á las generaciones asombradas. Era un hombre de derecho y de paz, que tuvo el culto de una gran quimera obsesionante y absorbente. Amó la justicia, y fincó en ese amor prestigioso sus vocaciones de hombre público. Hizo prevalecer el tratado

cordial sobre la fuerza destructiva, apesar de que contó en todo momento con el apoyo formidable de su nación. Cuando la política americana estuvo á punto de abismarse en los tumultos trágicos de la lucha, él, sereno y pacífico, levantó por encima de las amenazadoras turbulencias la enseña blanca de la fraternidad, el pendón de luz del arbitraje, como si hubiese querido hacer de su intervención conciliadora y persuasiva un paladium sagrado hasta cuyo recinto llegase, sin violarlo jamás, el estrépito vano y el inútil vocerío de las polémicas internacionales.

Para nosotros, la feliz eficiencia de su actuación tuvo revelaciones palmarias, y una deslumbradora sobre todas. El señorío sobre las aguas fronterizas del Este era para nuestro país un anhelo siempre decepcionado y siempre renaciente, á través de muchas décadas de penosas tramitaciones diplomáticas, malogradas y estériles. Nuestro incuestionable derecho se imponía tal vez en las resultancias insuficientes de la gestión protocolar, pero chocaba de continuo con oposiciones invencibles: por una parte, el «statu quo» tradicional y consuetudinario, que nos desposeía de nuestras prerrogativas, sin admitir siquiera las platónicas consideraciones de equidad; por otra, la prevalencia incontestable de la fuerza, contra la cual se hubiera alzado en vano el legendario y vigilante heroísmo de nuestro pueblo. El hecho impuesto gravitaba sobre el país como una fatalidad ineludible. Y he aquí que el barón de Río Branco, con arranque súbito y espontáneo que está en resuelta contradicción con la habitual rigidez egoísta de todas las cancillerías, se anticipa á las soluciones de justicia, se sobrepone á los apasionamientos históricos, acalla las voces insistentes del interés, abandona las solemnidades parsimoniosas de los protocolos, y cede al Uruguay el dominio de aquellas aguas limítrofes que separaban á la vez, por la natural resonancia de estos litigios ardorosos, los territorios y las almas. Acaso no desfile por ellas, en mucho tiempo todavía, ninguna gran embarcación que ostente la bandera de la República;

pero no es la trascendencia material del suceso lo que vale y se impone; lo que importa considerar es la obra de reparación y de fraternidad; el ademán que no esquiva y rehusa sino que otorga y concede; la inspiración política que aproxima y vincula, y, sobre todo, aquella soberana virtualidad del acto desinteresado y generoso, que estimula á pensar que puede creerse todavía en la persistencia indestructible del derecho, en la predominancia de la justicia sobre la arbitrariedad, en la supremacía de la razón que hace que una nacionalidad potentísima desdeñe los atributos de la fuerza, deponga las armas que pudieron ser apercibidas para la conquista, se desciña las vestiduras guerreras, y se detenga á admirar reverentemente, por encima del vuelo épico de sus águilas magníficas y audaces, el sol del derecho, inmóvil y eterno sobre la conciencia de los pueblos y sobre los horizontes de las patrias!

Tal es el mérito eminente de este hombre cuya desaparición angustiosa ha colgado crespones en el hogar de América. Y si queréis saber por qué lo ha llorado el continente, pensad en que, porque él lo ha querido, una nueva concepción de la justicia amanece, el espíritu de una nueva diplomacia triunfa y culmina. Su culto acendrado á la concordia lo inclinó siempre á preferir las soluciones pacíficas y ecuánimes á las determinaciones brutales de la violencia en armas. El arbitraje tuvo en él un campeón, tanto más ilustre, tanto más notorio, cuanto que la grandeza abrumadora de su país pudo inducirlo fácilmente á las tentaciones aventureras y á los vértigos imperialistas. Medió en las desavenencias de los pueblos, resolviéndolas todas con aquel ánimo ponderado y estudioso que se complació en transformar en realidades políticas los profundos idealismos de la doctrina. Y hasta cabe decir que por la influencia trascendente de su obra internacional, esta América nuestra puede contraponerse al Viejo Mundo no sólo por el ejemplo de algunas de sus juveniles democracias, tumultuosas pero progresivas; sino también por haberse difundido por ella el verbo vibrante de los estadistas modernos, que alzan el lábaro

de la paz sobre la agitación que anuncia la contienda, mientras las viejas nacionalidades se desploman bajo el peso fatigante de sus armamentos, en el ansia nunca colmada de una concordia permanente que sólo ha de conquistarse por la devoción al derecho y no por las medrosas idolatrías de la fuerza!

Y si fuera preciso explicar la adhesión de la juventud estudiosa á esta gran figura prócer y austera, bastaría, para justificarla, la afirmación de que este político genial fué un idealista conductor de su pueblo, movido por optimismos y confianzas que no desmayaron jamás frente á ninguna realidad decepcionante. La mocedad adora esos optimismos siempre surgentes y siempre redivivos. Ama también las encumbradas idealidades que son, para el sentido práctico y vulgar, quimeras y fantasmagorías, pero que influyen, sin embargo, en la existencia de los pueblos y de los hombres, con la eficacia tónica de una fuerza renovadora y vital que se transforma de continuo en entusiasmo y en acción!

Por eso ahí está, ahí queda, señores, el bronce inconmovible en que ha venido á materializarse, si me permitís la expresión, aquel amplio y luminoso espíritu de estadista y de pensador. Dejémoslo aquí para siempre, como una prenda de cordialidad y de simpatía colectiva, á la sombra de estos muros austeros, en la amiga penumbra de estos claustros, como un numen propicio, diferente de aquéllos que encendieron en cólera el alma de los pueblos antiguos. Dejémoslo junto á la juventud, ya que la juventud lo ha traído hasta aquí en sus brazos potentes y ofrendadores, y pugnemos por que, mientras esa efigie resplandece en el aula, dominadora y quieta sobre su pedestal intocable, el ejemplo de aquella buena voluntad perseverante, de aquella tranquila energía, de aquella mentalidad diamantina, contribuya á cimentar en América la religión del derecho: del derecho, más respetable que la fuerza, más prestigioso, aún cuando sucumbe, que la misma victoria prepotente; sagrado como la conciencia inviolable y eterno como el universo imperecedero!

«Ideas y observaciones»

Este artículo, que no tiene pretensiones de crítica, apareció en el diario «El Día» con la firma de «Albio Tibulo», que es el seudónimo literario del autor. Basta este simple detalle para dar á entender que no debe ser considerado sinó como un ligero comentario marginal.

Un libro de meditación es una nota aislada en nuestro ambiente. Cuando uno aparece, el oído, habituado á los fáciles sones de la siringa, ó al acordado vibrar de las liras, se vuelve con desgano hacia la voz severa, y deja perder la melodía. Estamos hechos al estremecimiento emocional. Avidas de luz y de cielo, nuestras almas huyen del sedentarismo de los gabinetes, se abisman en el amor de las cosas, bajan al huerto ó á la playa, y admiran los ponientes de sol ó se extasían ante la línea infinita de los horizontes... Muchas generaciones de poetas y de contemplativos han predispuesto nuestro espíritu á la en-

soñación. Hemos gustado los superiores goces del vuelo. sostenidos por el ardor y por la fe de esos hombres divinos, de esos divinos embellecedores de la realidad. Y mientras experimentamos los placeres de las ascensiones ideales, ébrios de todos los rocíos y de todos los vinos de la primavera, orientados hacia la magia desconcertadora de una lejana y fabulosa Visapur, desdeñamos la devoción apasionada y perseverante de los que, en los silencios del estudio ó en los recogimientos del aula, se entregan á los sobresaltos del apostolado científico ó á las inquietudes de la especulación. Yo no comparto ese desdén.

El doctor Vaz Ferreira acaba de poner un acorde profundo en las orquestaciones pánicas. Pensador entre el coro de nuestros poetas, el libro que él ofrece no está llamado á provocar la hostilidad de los que gustan de oír cantar al ruiseñor. Pudiera compararse á un jardín disciplinado por la geometría, en el que á veces un poco de fronda salvaje y florida, ó un lago besado por el cielo, ponen su nota de color. Quien, como el doctor Vaz Ferreira, escribe tan bellos comentarios á la estética evolucionista, ó penetra con tanta maestría en los secretos de la versificación castellana, hace pensar en un poeta que huyera de los herméticos retiros en que Musset suspira ó en que Verlaine solloza, para refugiarse en las austeridades de la meditación. Falta el decir elegante y como ungido por la gracia; pero éste no es libro de decires. El que habla en esta obra es un filósofo, un pedagogo, pero es también, y sobre todo, un sensitivo que ha puesto el oído á todas las armonías del alma y á todos los rumores de la vida, y que ha escuchado los acentos de Orfeo después de las celestes músicas de Pitágoras. Pitagórico y orfeico; pensador y poeta: tal es la síntesis del autor. . . y del libro.

Un capítulo, un vasto capítulo de la obra del doctor Vaz Ferreira merece la atención de los inteligentes. Quiero referirme á las luminosas páginas consagradas á la teoría

estética concebida á la luz de la evolución. Priva en tal pasaje de la obra la concepción spenceriana, que opone al juego, considerado como el ejercicio de las actividades inferiores, el arte considerado como el ejercicio de las actividades superiores; que establece una distinción fundamental entre lo útil y lo bello, y que hace entrar á la emoción como primer elemento en la producción del sentimiento estético. El mérito principal del libro que analizo estriba en las victoriosas objeciones del doctor Vaz Ferreira á las ideas de Guyau, el profundo y sagacísimo contradictor de la teoría evolucionista. Las cuestiones que el libro remueve están todavía destinadas, sin duda alguna, á las vicisitudes de la discusión; pero jamás será dable negar al comentarista del filósofo francés la admirable fuerza ideológica de sus razonamientos, la reflexiva firmeza de sus convicciones y la abundosa eficacia de sus elementos de prueba.

Si algo me atreviera á creer, creería, como el autor de «Ideas y observaciones», que es necesario admitir una antinomia entre los términos «utilidad» y «belleza», antinomia que excluye toda tentativa de afinidad ó de contacto. La docta expresión de Emerson: «No puede pedirse ó darse la razón de por qué el alma busca la belleza», parece querer revelar el carácter esencialmente desinteresado de esa contemplación sin finalidad que constituye el verdadero culto del arte. En un sugestivo pasaje de las *Promenades Philosophiques* de Remy de Gourmont, me ha parecido encontrar un hermoso símbolo aplicable á una exacta y feliz definición de los placeres estéticos, y á sus relaciones con los placeres «vitales». El cultísimo autor de la antología simbolista dedica una página polifona, simpática y vibrante, á la descripción de los caminos de Francia. Reconoce que ninguno de ellos es inútil, porque se ofrecen á todos y son un signo y un instrumento de libertad. «Pero—agrega—aún cuando no fueran útiles, esas alamedas de jardín que cruzan toda Francia, serían siempre deliciosas. Dan á quienes las

recorren una sensación de señorío sobre un maravilloso dominio ... » Y, feliz sobre el polvo blanco de las carreteras, este gran poeta de la prosa piensa con emoción en los paisajes que huyen, en las perspectivas falaces, en el verdor eglógico de los prados, y en la colina, y en el valle, y en los rincones llenos de penumbra y de melancolía ... ¡ La belleza de la inutilidad !

Guyau ha identificado su teoría estética con un maravilloso sueño social. El ha querido ver al arte dominando las formas aparentes y ficticias, cerniéndose sobre la multitud como la paloma del Cántico, ritmando todos los corazones y haciéndolos latir en una suprema armonía de pensamientos y de voluntades, unisonadas bajo una misma pulsación. El ha querido unificar las fuerzas misteriosas de la vida y hacerlas converger hacia una vasta afirmación de la personalidad y del mundo. Generoso forjador de quimeras, ha tendido á crear una humanidad nueva dentro de la vieja humanidad, y, para ello, ha restaurado la moral, ha fundado la irreligión del porvenir, ha encauzado la sociología, y ha enriquecido á todas las generaciones del futuro con un arte veraz y humano, fecundo en formas renovadas. Pero ese arte, por lo mismo que responde á una valiente concepción social, parece obstinarse en no separar la emoción esencialmente estética y superior, de otros inferiores desdoblamientos del sér. Sin embargo, aún dentro de la teoría spenceriana, cabe una doctrina del arte como la soñada por Guyau Aún oponiendo la belleza á la utilidad, ¿no crean milagrosas orfebrerías, en que tiemblan las perlas de muchas lágrimas, los que abandonan el impasible y yerto « et jamais je ne pleure et jamais je ne ris », de los parnasianos, y fundan todo su orgullo intelectual en llorar ó en reir, al son de músicas propias y con las almas ajenas?. . .

La contribución al estudio de la percepción métrica es otro capítulo al cual quisiera dedicar algunas glosas. Es un concienzudo análisis del verso castellano. El endecasílabo, sobre todo, está magistralmente tratado en sus

varios desenvolvimientos. Ilustra el estudio de esta forma métrica, el parangón con otras de igual índole de la versificación francesa, desde el sonoro endecasílabo de Villon hasta el melodioso y lloroso de la letanía verlainiana... Son admirables también las conclusiones á que arriba el doctor Vaz Ferreira en este pasaje del libro, el más extenso, arduo y completo de la obra.

Se me antoja que sería ocioso insistir sobre la excelencia de los capítulos que se refieren á las materias preferentemente abordadas por el doctor Vaz Ferreira: la psicología y la pedagogía. Son notables sus disquisiciones sobre «Dos paralogismos pedagógicos y sus consecuencias», «Dos ideas directrices pedagógicas y su valor respectivo», «Psicología y fisiología», «Sobre las imágenes de los ensueños» y «Sobre la personalidad en el niño». Todas ellas concurren á la formación de este libro en que el talento del autor florece en bellas realizaciones. Aún fragmentario y como exigiendo complementación de conjunto, cada uno de estos artículos basta á probar la laboriosidad y competencia del doctor Vaz Ferreira, que, huyendo de los sofismas y de las sutilizaciones de escuela, ha producido una obra que es una incitación al estudio de las más altas y complejas manifestaciones del espíritu.

1905.

Rubén Darío

Discurso pronunciado en el teatro Urquiza, en el homenaje tributado por la sociedad de Montevideo al ilustre autor de «Azul».

Señoras, señores:

Fuera poco sincero no empezar mi discurso en esta oportunidad solemnísima, manifestando el agradecimiento que debo al gran revolucionario de las «Prosas Profanas», al magnífico artífice de tanta divina filigrana verbal. Yo quiero saludarlo como á quien ha abierto ante mí, en una hora inolvidable y propicia, las puertas de oro de un encantado Paraíso. En sus claras y armoniosas canciones, llenas de músicas peregrinas, he abrevado mi espíritu en los días ansiosos y ligeros de la adolescencia, en los cuales, por mágica sugestión interior, las rimas de los poetas parecen más joyantes, los firmamentos de la ilusión

más azules, más dulce el beso, menos inaccesible la quimera y menos áspera la vida. Cuando leí por primera vez sus versos melodiosos y multisonantes—en aquel maravilloso florilegio que ha merecido el comentario consagrador de Rodó—me pareció que advenía á la tierra alguna cosa inesperada. ¿De dónde bajaba aquella voz de cristal y de encanto que celebraba con acentos tan nuevos las alburas del cisne, la virgen desnudez de la estrella, las inspiraciones del ruiseñor, los hechizos de la mujer, el ímpetu de las alas, el esplendor lunar, el silencio nocturno, los recogimientos del alma y la indestructible armonía de las constelaciones? ¿De dónde procedía aquel prestigioso son de siringa, y qué viento lírico y perfumado lo trajo hasta nosotros desde quién sabe qué regiones de idealidad y desde quién sabe qué países de azul y de sol?

Señores: el poeta venía á la vez de dos horizontes contradictorios: venía del mundo todo, que recorriera con su rauda imaginación poderosa, y venía de lo más profundo de sí mismo, de la hondura abismal de su espíritu, al que había descendido para recoger en los propios jardines, por donde vagan las doradas abejas del ritmo y del ensueño, aquella prodigiosa flor de subjetivismo que blasona y ornamenta sus cantos. Amó el universo y se buscó á sí mismo. Caballero del arte, dióse á peregrinar por luengas tierras, afanoso en la búsqueda insistente de su vocación. Así abandonó la natal Nicaragua, se entró por los cármenes castellanos, erró por los legendarios mares de Grecia, armoniosos aún con el canto de sus sirenas inmortales, saludó en Italia las sombras sublimes de Virgilio y del Dante, y luego, como si esa fuese la patria de su espíritu y el hogar de su corazón, abordó las costas de Francia, por el Mediterráneo latino y maternal en cuyas riberas hospitalarias floreció nuestra estirpe. Se detuvo frente á los vastos talleres donde Hugo, con golpe ciclópeo, forjaba el bronce secular de sus alejandrinos; reverenció á Gautier que tallaba con devoto y

constante amor sus camafeos, á Banville que hacía sonar los cascabeles de sus odas funambulescas, á Leconte de Lisle que resplandecía en su olimpo sereno como un dios impasible; le atrajeron luego las forasteras músicas simbolistas, llenas de alma y de alegorías; le sobrecogió Baudelaire con el encanto deletéreo de sus flores del mal, y oyó de pronto, en un recodo del florido camino de los peregrinajes, aquella insólita melodía verleniana que acarició tan blandamente el espíritu de una generación finisecular; y con todos esos diversos elementos—resonancias broncíneas, tintineos de carillón, sollozos, sonrisas, suspiros,—compuso aquella sabia maravilla orquestal de las «Prosas Profanas» en que se mezclan, se confunden, se amalgaman los más complejos acordes, desde los leves de la «Sonatina» hasta los triunfales y jocundos del «Elogio de la seguidilla» y de la «Divagación».

A través de todas esas aventuras y de todos esos asombros y de todas esas influencias, el poeta ha podido conservar siempre intacto el tesoro portentoso de su personalidad. Es soberano en su dominio de sueños, de visiones y de sombras divinas. No ha sacrificado á ninguna avasalladora sugestión próxima ó circundante, el don magnífico de su autonomía interior. La forma habrá asumido en él modalidades muy diferenciadas y heterogéneas, desde la ingénua y primitiva que campea en algunos versos de «Azul» hasta la abstrusa y figurada de ciertas composiciones de los «Cantos de vida y esperanza»; pero el poeta es siempre el mismo: mago del estilo, señor de la palabra, emperador de la rima armoniosa, domeñador del verbo rebelde que se hace plástico y dócil en sus manos, avezadas al primor de las más delicadas orfebrerías; y hondo, subjetivo, individualísimo, amargo á veces, optimista otras, como si su alma eólica y resonante no desconociese ninguna emoción, no ignorase ningún estremecimiento.

Yo admiro en Darío, además de la desbordante originalidad que descubriera en su obra el seguro instinto crítico de Valera, el heroico impulso renovador. América

le debe, no sólo la ofrenda floral de sus himnarios, no sólo el regalo lírico de sus libros, sino también la orientación poética que hace vibrar con nuevo alarde rítmico la lira de sus trovadores, el arpa de sus cancioneros. Cuando ya no nos place ni conmueve el tumulto verbal de las odas de Quintana y Zorrilla ni la escultórea simetría de las estrofas de Nuñez de Arce, un numen juvenil se alza á reinar. No sé si anhela América el advenimiento de un poeta que mezcle su voz celeste al fragor formidable de las cataratas, que emule con las suyas las cóleras de nuestros torrentes, que celebre la majestad de nuestras montañas, que ponga su alma pánica al unísono con el alma tenebrosa y salvaje de nuestras selvas, que cante como los pájaros nativos, que levante los ojos extasiados hacia la luz de nuestras estrellas meridionales; yo no sé si es eso lo que ansía nuestra América, pero sé, en cambio, que lo que la colma de estupor y de orgullo es que haya nacido en ella, en sus tierras de exuberancia y lozanía, el artista genial que puso cuerdas desconocidas en el viejo laud castellano, que remozó el idioma, que penetró á golpes de ala en los misterios de la sensibilidad humana, que glorificó el linaje materno, que levantó aras nuevas para el culto perpetuo del arte y para la adoración eterna de la belleza!

Por esa virtud innovadora de su poesía, el nombre de este portalira se identifica con los prestigios de una tendencia literaria que yo no vacilo en considerar destinada á prevalecer alguna vez sobre las ranciedades de la escuela tradicional. La bandera de luz que ella enarbola tremolará algún día sobre las ruinas de las poéticas vetustas. El modernismo impondrá su ley y sus normas. El modernismo es amor de lo nuevo, es amplitud sentimental, es rejuvenecimiento interior. Resulta, en la forma, más fiel á la índole de la lengua castellana que el propio credo que lo combate, porque reivindica la belleza perdurable de muchos arcaísmos y los incorpora gallardamente al léxico usual; y, en el fondo, más fiel á los destinos de la

poesía, porque se asoma á todas las ventanas del alma, escruta todos los horizontes, y gusta lo mismo de los esplendores del alba que de los rocíos de la noche. Es vario, cosmopolita, universal, multiforme, ecléctico y humano. Y así no es extraño que Darío haya podido á la vez renovar la manera griega en el mito prestigioso de los centauros, loar á Cyrano en España y deponer sobre la tumba de Mitre, el gran capitán de acero y oro, el inmarcesible laurel de su oda consagratoria.

Y aún los que lo quisieran esencialmente americano, esencialmente nuestro, encontrarán en él más de una nota autóctona y original, más de una visión de nuestras cordilleras y de nuestras llanuras. El que ha ensalzado á Caupolicán no ha olvidado á Walt Whitman, cuya águila predilecta revuela orgullosa entre los versos iniciales del «Canto errante». Tampoco se ha despreocupado del todo de los continentales destinos quien tejiera la maravillosa polifonía del reto á Roosevelt, en la que el poeta, que sabe ser épico á ratos, loa el vigor de la progenie latina y los vencedores idealismos de la raza, magnificados en aquel saludo supremo á la Atlántida fabulosa «cuyo nombre nos llega resonando en Platón», sobre la eternidad de los tiempos!

Apresurémonos á declarar que nosotros le queremos así como es, universo y diverso, cosmopolita y multánime, como su ensueño y como su obra. Que pertenezca á la literatura mundial, y que se pueda repetir lo que de él ha escrito un sorprendente estilista contemporáneo, al definirlo como un gran maestro de la belleza dicha en verso español. Nos basta con saber que él dilata más allá de los mares, y, más que en parte alguna, en la patria gloriosa de nuestros mayores, los prestigios de América, entre cuyos cóndores altaneros y emblemáticos puede nacer el ruiseñor de canora garganta que cante á la lumbre solar, al esplendor del cielo diáfano, y algunas veces también á la vastedad temerosa de la selva. La poesía, que es comunicación espiritual, desdeña las fronteras arti-

ficiales, y agita en ansias indecibles todos los corazones. ¿Qué importa que este portalira magnífico no poemice la epopeya de nuestra emancipación ni los deslumbramientos de su fantasía frente á las montañas de América, si nos habla, en cambio, del alma celeste de Stella, de la princesita de labios de fresa, de los ojos negros de Julia, de los encantamientos de los países del sol, del champagne de las fiestas, del amor de Margarita Gautier, y de la sangre de las rosas? El alma de Darío es aristocrática y dilecta y no gusta del vano tumulto ni del estrépito exterior. Ella ha visto una vez los templos y los frisos de la Hélade, y ha escuchado el susurro de los pinos en unas islas de maravilla, sobre el mar sonante y azul: los pinos solares, nocturnos, divinos, antiguos y líricos que él rememora en sus rimas románticas; luego ha entonado los cantos de vida y esperanza, entre los que, como en una orgía de sonidos, estallan los acordes fragorosos de la «Marcha Triunfal»; y después, fatigada de tantas romerías á través de las grandes quimeras, ha vuelto á quedarse pensativa, y delira en silencio con las siete virtudes y con los siete pecados de aquel poema que todos conoceis, mientras torna á su sueño de treinta años... A su lado, duerme el cisne de nieve, el ave prócer y luminosa que es, en la heráldica del poeta, el símbolo del ensueño que pasa y de la belleza que perdura...

Los que reverenciamos la idealidad que late en sus libros, le decimos: Maestro de las generaciones de América: realiza tu obra total, cumple tu maravilloso destino. Canta y encanta. Bienvenida labor la tuya, porque impulsa á los hombres á alzar los ojos de las miserias de la tierra y á fijarlos en el inmenso azul que sonríe, en la ficción celeste, en la nada vertiginosa poblada de astros! Entrega al viento tus canciones y déjalas caer sobre los espíritus entristecidos por la sordidez de las cosas humanas, como si llevaran en sus ritmos peregrinos la virtud cordial del consuelo y del aquietamiento interior. La poesía tiene las purezas del cisne y las alas del águila. Pasa

con la misma gracia alígera sobre el cieno de los pantanos y sobre las nieves de las cumbres. Llega á todos los entendimientos y, lo que vale más todavía, á todas las intimidades. Es universal y señorea los corazones unánimes, porque, interpretando sentimientos comunes, solloza con De Musset, se exalta con Lamartine, profetiza con Hugo, filosofa con Leopardi, llora y ríe con Heine, ensueña con Becquer, blasfema con Baudelaire, sufre y adora con Verlaine, combate con Walt Whitman. Y no hay quien no sepa lo que dicen, lo que pregonan, lo que anuncian, las grandes voces inspiradas y líricas de los poseídos del numen. Tú tienes también quien oiga en la noche hechizada, bajo los astros palpitantes, tus dulces salmos optimistas. Los que aman el verbo castellano te escuchan. Y si pudo decirse una vez con verdad que tus versos sonaban en los oídos de los más como los cantos de un rito no entendido, ahora habrá que afirmar que ha llegado hasta el corazón de la multitud el eco de tu voz prestigiosa, el acento que vibra en tus himnos encendidos de amor, ó de esperanza, ó de entusiasmo. Eres ahora como el Sagitario de tu epitalamio bárbaro, que pasa entre la indecisa luz del alba, junto al mar rumoreante, sobre un corcel raudo y salvaje. Como él, has robado una estrella, y la llevas orgulloso sobre tu frente, mientras el bosque te saluda con su vasta orquesta sonora y el alma de los hombres, prisionera sublime, se asoma á las torres irreales de la ilusión, para verte pasar!

1912.

A manera de proemio [1]

Con una nueva é interesante sección — que encontrará el lector en la tercera página—engalanamos desde hoy las columnas de este diario Es un espacio concedido á lo que es aún, y lo será por mucho tiempo, deleite y preocupación de tantas almas: la eterna poesía, que alguien ha llamado *sagrada*, con aplauso de todos los espíritus amables. No puede faltar ese rincón de idealidad y de pensativo silencio en el diario moderno, tantas veces atestado de prosa cuotidiana y vulgar. El diario moderno debe tener una palabra para todos los corazones; y así como se detiene con complacencia á pintar las pequeñeces monótonas de la vida contemporánea, ó á enaltecer los progresos de la civilización vertiginosa á cuyo desenvolvimiento asistimos, ó á loar la popularidad y la gloria de las personalidades insignes; así como nos da de ordinario la sensación de un activo vivir avasallado por las materialidades ambientes, justo es también que ofrezca un refugio, hecho de frescura y de sombra, á los que gustan de reposar el espíritu fatigado, no en las blandas almo-

(1) El diario «El Día» inauguró una nueva sección, exclusivamente poética, cuya dirección entregó al autor de este libro. El artículo que va á leerse es la página proemial con que el redactor de la interesante sección anunció la aparición de ésta última.

hadas del escepticismo y de la duda de que hablaba el venerable y risueño Montaigne, sino en los brazos acariciadores y muelles de la santa poesía.

Estamos seguros de que entre las voces que cantan á la vida activa, agitada y fecunda, cosmopolita y febril, que es una característica de estos tiempos, no parecerá discordante aquélla otra que venga á lisonjear el anhelo de idealidad de tantas almas, ni aquélla que interprete el ensueño amoroso de los corazones juveniles, ni aquélla que diga las tristezas de los solitarios ó de los pesimistas, ni aquélla que exalte el arrebato de las primeras ilusiones ó la esperanza candorosa de las vírgenes, ni aquélla, por último, más alta y más sonante, que celebre el heroísmo de los triunfadores y las magníficas osadías de los fuertes... Porque todo cabe en el breve espacio que se ha de consagrar desde hoy á este nuestro propósito, que es, no sólo de recreación para los apasionados, sino también de elevación espiritual. En ninguna materia cuadra tanto el eclecticismo tolerante que suele tener, referido á otros géneros de actividad menos desinteresados, visos de apostasía. Persuadidos de que la belleza no es patrimonio de una nación ni de una época, buscaremos belleza en todas las épocas y en todas las naciones, en todas las escuelas y en todos los linajes de poesía, si no quiere admitirse que hay una sola clase de poesía, que es la que realiza más profundamente y más acabadamente en nosotros el ensueño de una vida mejor, por el sentimiento y por la idea. ¿Qué sabe de rencillas literarias, de grescas de «colleries», de palabrería de cenáculos, la inmensa masa de lectores que sólo piden al poeta que pasa diciendo sus sencillas canciones, un poco de divina emoción?

Bienvenido el amable portalira, cualquiera que sea, que trae en sus manos llenas de bien la ofrenda mágica de sus estrofas. Lo oiremos gratamente si, perteneciendo á la época de los clasicismos seductores, nos dice, con Homero ó con Virgilio, la gloria legendaria de las ciuda-

des predilectas de Marte, de aquélla en que Helena paseó su belleza perturbadora, ó de aquélla otra levantada por el cisne de Mantua al prestigio de los emperadores augustos; si, perteneciendo á la Edad Media, á la anarquizada Italia, á la Francia feudal ó á la España de las cortes de amor, trae en sus canciones un eco de aquellas edades de tumulto y de religiosidad, que conservan el prestigio de sus caballerías y el encanto de sus leyendas; si, perteneciendo á tiempos más cercanos á nosotros, canta á la libertad con Víctor Hugo, á la emancipación de las conciencias con Carducci, á la duda filosófica con Nuñez de Arce; si, siendo de nuestros mismos días de inquietud y de desasosiego espiritual, habla de nuestros dolores con las llorosas músicas de Verlaine ó de nuestras esperanzas con las rotundas dianas de Walt Whitman, ó de nuestras modernas complicaciones sentimentales con las exquisitas polifonías del americano Darío.

Y ya que hablemos de esta América, para todos sus olvidados poetas habrá también una pequeña y sincera glorificación en nuestras columnas, ora nos refiramos á aquel Andrade formidable que cantó al nido de los cóndores en las eternas cumbres nevadas, á la Atlántida misteriosa, al Prometeo fuerte y simbólico que ruge entre los exámetros de Esquilo; ora á aquel delicado, sutil y personalísimo Amado Nervo, cuya sugestiva poesía mueve tan hondas y perdurables resonancias en todas las almas.

Eso es lo que procuraremos demostrar á los lectores de la nueva sección que hoy inauguramos: que no valen las artificiales limitaciones de tiempo y de doctrina para los verdaderamente favorecidos por el numen; que todos pueden ser igualmente admirados en el silencio y la paz de nuestros espíritus atentos, y que es inútil pedir razón de sus ideas y de sus sentires á aquellos melodas dilectos para los cuales solicitaba Heine el privilegio de una irresponsabilidad más alta y envidiable, según la expresión de un crítico, que la de todos los modernos monarcas constitucionales.

Pero más que todo eso, nos halagará saber que hemos conseguido que tengan un eco de emoción en las almas las armoniosas voces de los maestros; que hemos encendido en los corazones de los que se sientan dueños de la «mens divinior» del clásico el fuego de una vocación desconocida, ó que un espíritu meditativo ha ido, después de la prosa habitual, á beber un poco de agua pura y refrigerante en la fuente perenne...

Y si todo eso pareciere ambicioso, nos conformaremos con haber sabido elegir un solo verso que hable de ternura y de fe á algún confiado corazón femenino, ó que haga palpitar en una sola alma de mujer «el presentimiento de un vago deseo», ó que logre inclinar bajo el halago de alguna palabra evocadora, las cabecitas tentadoramente morenas ó resplandecientemente blondas que saben ya de ensueño y de emoción...

1909.

Bajo el vuelo de las banderas

Discurso pronunciado en la explanada Maciel el 25 de Agosto de 1912.

Señores:

Si en esta hora evocativa y solemne me fuera dado representar de un modo sensible la índole y la significación de esta ceremonia popular que tiene la trascendencia de un enorme y jubiloso plebiscito de la nacionalidad, yo buscaría el símbolo eminente del sentir colectivo en aquello que es como la exteriorización maravillosa del alma común, pujante y magna: en el himno que canta y conmemora nuestros martirios, nuestras batallas, nuestros triunfos, nuestras tristezas, nuestras glorias y nuestras esperanzas. ¡Oh, sí! En vano los labios están mudos y los corazones se recogen en los ensimismamientos de la recordación silenciosa; en vano callamos, señores: sobre el agitado vuelo de las banderas, en el ambiente en fiesta, bajo el cielo radiante que vibra también con los estremecimientos de la apoteosis, ha resonado el salmo heroico con cuyas arrebatadas y encendidas estrofas nos han arrullado en

nuestras cunas; el salmo viril que tiene sonoridades de diana y acentos de epopeya; el canto unánime y prestigioso en que encuentra expresión elocuente el entusiasmo de las multitudes, porque es al mismo tiempo, para quien lo oye con fervor y con emoción, la oda con que se rememora el bárbaro tumulto de nuestras primeras contiendas, la elegía que consagra la gloria de nuestros muertos próceres, y el peán resonante con que se invoca el porvenir!

El himno de la patria es la oración de las muchedumbres. Yo sé que si ahora no está en vuestros labios, está por lo menos en vuestras almas palpitantes de amor y de fe. Dejadme prolongar el ensueño é imaginar que lo entonamos al unísono, en torno al ara sacra erigida para el culto de nuestras grandezas nativas, en un solo impulso de adoración y reverencia, bajo la custodia del sol y la protección de este cielo jocundo y luminoso, junto al estuario histórico que estrella aquí, no lejos de nosotros, contra los acantilados inconmovibles, sus olas monótonas. ¡Qué vasto coro de aclamaciones y de hosannas, señores! Sería como un clamor sonoro y único, imponente y solemne. Estallaría primero como una imprecación, resonaría más tarde como un canto de guerra que llena de embriaguez belicosa el alma ancestral de los combatientes; tendría luego la unción de una plegaria, el fervor de un cántico religioso, el temblor devoto de las preces propiciatorias y litúrgicas; y la inmensa sinfonía coral, el clamoroso himno de múltiples voces conmovidas, precipitaría finalmente sus graves cadencias evocadoras para trocarse en salmo de homenaje y de victoria que expresase los sentimientos complejos y dominantes que sacuden ahora con violencia las más íntimas fibras de nuestro sér: la veneración á los fundadores y á los héroes, el respeto por la tradición inmaculada, la admiración por nuestra historia, el orgullo de nuestro pasado legendario y heroico, y ese hondo, concreto, estimulante, infinito y sincero deseo de una patria siempre mejor, digna del ensueño

soberbio y generoso por el que fueron nuestros padres. en las épocas vertiginosas y tempestadas en que se iba formando lentamente nuestra conciencia nacional, al holocausto y á la gloria, al destierro y á la inmortalidad, á la batalla y al triunfo!

Saludaríamos así como corresponde este magnífico sol de Agosto que se alza entre las sombras y las nubes del horizonte como una revelación del alba que llega. Vosotros sabéis cómo aparece, en las lontananzas históricas, esa claridad promisora. Meditad un momento en el tumultuoso pretérito: pensad en la mañana de Mayo, en la aurora de las Piedras, en el resplandor cenital del año 13, en las vicisitudes angustiosas de la recia contienda coronada por el fracaso, en la ignominia de las dominaciones extrañas, en el definitivo y doloroso crepúsculo de Tacuarembó. Mirad ahora, entre la tiniebla que se adensa sobre la caótica Provincia, aquel desfile lamentable: son nuestras legiones en derrota. Artigas pasa, glorioso y melancólico como un león vencido, hacia la selva paraguaya sobre la cual se hará para él la noche eterna. La espada de nuestros capitanes se rompe entre las manos del vencedor. Algunos aceptan resignados la inexorable ley del fuerte, pero sueñan en el desquite. Otros emprenden los áridos caminos de la expatriación, llevando sobre los hombros fatigados la frustrada quimera del Precursor.

¿Quién olvidará la patria soñada, á pesar de la servidumbre y á pesar del exilio? No serán de seguro los viejos caudillos que siguieron al jefe indiscutible por las sendas abruptas de la epopeya, que lo acompañaron en las temerosas jornadas del éxodo, que lo vieron caer entre la púrpura de sus sueños, inclaudicante y altanero como si estuviera persuadido de la eficacia de sus siembras de heroísmo, de ideas y de sangre; los viejos lugartenientes estoicos que recogieron de las manos ungidas por el esfuerzo, el sable flamígero que orientó hacia el triunfo á las caballerías de las Piedras; no serían ellos, no podían ser ellos los que diesen el ejemplo de la defección pusi-

lánime, y los que abandonasen sobre el campo de la postrimera derrota la bandera emblemática que se paseó orgullosa, culminando sobre los épicos entreveros, entre las humaredas del combate!

No, no podían ser ellos, señores, los que desacatasen y desconociesen el deber de la lucha y del sacrificio. Por eso estallan las dianas jubilosas de la Agraciada, y el suelo de la patria retiembla de nuevo con el galope homérico de los trotones de guerra. La epopeya florece. La espada luchadora encontrará una colaboración eficaz y esperada en la pluma de oro de los constituyentes. El acta de la declaratoria inmortal señala á la patria el horizonte de un destino superior, incorporándola á la sociedad de las naciones. Más tarde, desde la lejania brumosa y volcánica, vendrán las clarinadas de Sarandí á anunciar el triunfo. Luego serán las fanfarrias marciales de Ituzaingó, los ecos estruendosos de las últimas gestas, y, sobre el escenario de las proezas incomparables, en una claridad de sol y de gloria, bajo la protección de los viejos manes guerreros, entre las salvas de la apoteosis, ante los ojos de las generaciones redimidas y absortas, una nacionalidad nueva y pujante, engendrada en el dolor y en la lucha, forjada en bronce heroico, audaz, impetuosa, progresiva, vendrá á ocupar su puesto en el coro de los pueblos libérrimos, ávida de emular con los más fuertes en las dignificadoras competencias de la civilización como antes rivalizara con los más viriles y militantes en los certámenes del valor y en los empeños legendarios por la libertad!

Amémosla, señores, como al hogar insustituíble. Tierra patricia y solariega, la sangre de nuestras tragedias históricas ha acertado á darle la fecundidad necesaria para que brotase de su seno oscuro y germinante el ideal de una gran nacionalidad por venir. Amémosla por su pasado prestigioso y por las perspectivas todavía indefinidas de su futuro promisor. Amémosla en la felicidad y en el éxito, como la hemos amado en el desgarramiento y en la lucha.

cuando aparecía sobre la tierra como aquella Polonia doliente y lamentable que el poeta nos pinta llagada y sangrienta, sonriendo, entre los hierros de la esclavitud y entre los grilletes del despotismo, á la aurora que llega y al día que se anuncia. Amémosla, señores, para que sea digna de América, para que sea digna del mundo, ya que no podemos resignarnos á creer que es un prejuicio la devoción por la tierra nativa, cuando esa inclinación sentimental se aviene y compadece con el amor á la humanidad y con el respeto de todas las naciones. Desechemos el concepto egoístico de las fronteras, retardatario y bárbaro, pero pensemos en que, mientras contribuímos al engrandecimiento del Uruguay y mientras educamos á sus ardorosas generaciones en el culto del bien, de la libertad, del progreso, auspiciamos, señores, el advenimiento de aquella era de concordia ecuménica en que las banderas de todas las patrias flamearán juntas, sacudidas por los vientos libres del universo, sobre un mismo mástil inconmovible, bajo el eterno sol del amor y de la fraternidad, en la solemne fiesta solidaria de todas las almas!

Algunos comentarios sobre las Instrucciones del Año XIII

Con motivo de las grandes fiestas populares con que se solemnizó el centenario de aquel Decálogo inmortal.

Estos movimientos de opinión en torno á aquellas personalidades que son como las cumbres inholladas en que culmina la Historia, demuestran que la pasionalidad de las masas busca motivos de homenaje distintos de los que en un pasado cercano todavía bastaron á conmoverla y agitarla. El entusiasmo popular se polarizó hasta ayer hacia la epopeya. El fulgor del éxito marcial ofuscaba más, sobre la frente de los elegidos, que el nimbo luminoso de una gloria pacífica. El estrépito de las armas precipitaba á la acción á las multitudes. El héroe se personificaba por entero en aquellos conquistadores violentos que sometían á los pueblos á la omnipotencia de sus espadas, tintas en la sangre de los vencidos. Mientras la Convención legisla, Napoleón subyuga y domeña reinos é im-

perios, subordinándolos á su personal y absoluta soberanía, y es el único triunfador aclamado por la muchedumbre, que olvida y desdeña la obra de sus tribunos y de sus representantes en las asambleas deliberativas y reformadoras en que se forjan los destinos gloriosos de la nación. El águila que abre las alas frente al sol, junto á la eterna cima flagelada por el rayo, es cifra y emblema de todas las audacias dominadoras. La historia es una sucesión de hecatombes. El laurel sangriento y rutilante aureola las sienes de los luchadores invictos, Atilas catastróficos, Tamerlanes rudos, Césares empurpurados y casi divinos por su majestad y por su poder.

Ahora el concepto de lo heroico ha variado. Emerson, para quien el hombre representativo y genial tiene la imponente grandeza de una montaña, mezcla en su galería de inmortales el nombre de Bonaparte el guerrero con el de Platón el Filósofo, con el de Swedenborg el Místico, con el de Shakespeare el Poeta, con el de Montaigne el Escéptico, con el de Goethe el Escritor. Su noción de las superioridades humanas aparece íntegra en esta frase: «Yo admiro á los grandes hombres, á aquellos que se anticipan á los hechos y los pensamientos. Me gustan los fuertes y los mansos, los azotes de Dios y los cariños de la humanidad. Lo mismo la espada que la vara de medir, lo mismo el talento guerrero que el comercial, acarrean la obra del mundo».

Sustituid en esa cláusula la vara de medir de que habla el austero filósofo por la pluma del pensador que graba hondamente sus ideas en el recio acero de los siglos, y el dúctil talento comercial por la inteligencia comprensiva del legislador, y tendréis así los dos aspectos de la individualidad heroica en esta era evolutiva y promisora que no se contenta ya con honrar con sus admiraciones y sus homenajes el brazo que combate y que brega, sino también el cerebro constructivo que lo mismo levanta pacientemente el edificio ideológico de una hipótesis que el inconmovible andamiaje de leyes y preceptos de una constitución inviolable!

De tarde en tarde aparece en la Historia uno de esos hombres singulares y eximios en que se adunan, en magnífica síntesis, ambos linajes de heroicidad, pues el capitán de la acción se suma en ellos al paladín del pensamiento. Bolívar, de quien dijera Martí que, si escribe, «es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma y lobreguez el valle todo; y á tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores»; Bolívar, á quien ha levantado hasta la apoteosis, en el concepto de América, la prosa magistral y perenne de nuestro Rodó; Bolívar, decía, es un ejemplo significativo y poco común de esa soberbia dualidad y de esa identificación admirable.

También lo es nuestro Artigas, no menos grande y majestuoso cuando alza sobre el tumulto de los épicos entreveros la espada refulgente de las Piedras que cuando entrega á los diputados de la Provincia Oriental el pliego en que se contienen, estampadas para la eternidad indestructible, aquellas luminosas Instrucciones del Año XIII que son el documento más elocuente, más meditado, más perfecto que haya surgido del cerebro y de la pluma de un fundador de nacionalidades americanas!

. . . .

Aquellas primordiales ideas de Artigas, generosas y fuertes como nacidas de una mentalidad superior á su tiempo, son las conquistas más preciadas de nuestra civilización y de nuestra cultura política. El tempestuoso ambiente de lucha en el que hubieron de ser proclamadas les resultó impropicio. La gloria del iniciador consiste, sobre todo, en haber entrevisto que estaban predestinadas á la vida y á la germinación en épocas todavía remotas que seguramente no verían sus ojos mortales y perecederos, abismados en la noche perpétua, en la soledad pavorosa de los irrevocables exilios. La República fué la obra esforzada de sus continuadores. La democracia la hemos

forjado después, en luengos lustros de aprendizaje nacional, entre el hervor de las reacciones y las acechanzas y el tumulto de los instintos subalternos. Hemos consagrado la igualdad sobre la base de la única preeminencia legítima: la del talento indiscutible y soberano. La libertad civil y religiosa, otro postulado artiguista, es ya una adquisición definitiva de la conciencia popular, tal como la soñaba en sus anticipaciones y quimeras aquel enorme espíritu de organizador y de estadista. El mecanismo de nuestras instituciones fundamentales reposa sobre principios que no difieren virtualmente de los que encontraron una afirmación tan resuelta en las Instrucciones del año XIII, salvo aquella concepción imposible de una amplia organización federativa en la que pudieran armonizarse y equilibrarse las diversas provincias, sin menoscabo de las independencias locales y sin posibilidad de derivación hacia la anarquía temible y disolvente. Hemos suprimido entre nuestras fatalidades históricas el despotismo militar, que el autor de las Instrucciones estigmatizara y repudiara con tanta vehemencia en los momentos mismos en que su hegemonía caudillesca, reconocida y acatada sin reservas, parecía destinarlo á prevalecer sobre la voluntad del país con autoridad ilimitada y personalísima. Hasta la misma libertad comercial que abate las fronteras geográficas y abre las puertas de la República á la afluencia de todas las riquezas forasteras, la hemos incorporado como una conquista invalorable á nuestra legislación y á nuestros hábitos. Quien vislumbró en el horizonte brumoso y lejano el clarear de tantas auroras, quien predijo el advenimiento de tantas idealidades en el porvenir y en el destino de su pueblo, merece el dictado de providencial con que lo exaltan las generaciones del presente, para rehabilitarlo de los injustos desconocimientos del pasado. Artigas poseyó la intuición soberana que caracteriza á los profetas. Hasta en sus errores fué eminente, pues si el optimismo generado por las primeras victorias le hizo concebir la esperanza de conquistar para su provin-

cia los territorios arrancados por la usurpación y detentados por la codicia de los extraños, los acontecimientos del futuro llegaron á darle la razón en los días postrimeros de la contienda redentora, cuando el arrojo temerario de uno de nuestros primeros caudillos lo lanzó sobre las Misiones, con la ambición desatinada y gloriosa de ensanchar nuestros límites territoriales hasta donde lo justificaban y consentían, sobre la arbitraria decisión de las armas, los veredictos imperativos de la equidad y del derecho!

El cambio de perspectivas históricas hace que variemos también el escenario sobre que se mueve y acciona la grandiosa figura del Fundador. Nos hemos habituado á verle al frente de las raudas caballerías, fragorosas y homéricas, sobre el corcel piafante de las Piedras ó en el crepúsculo luctuoso de Tacuarembó; lo divisábamos otras veces entre las muchedumbres sórdidas y miserandas que caminaron bajo la trémula claridad de los astros hacia el éxodo triste, como en un episodio bíblico; lo hemos columbrado también sobre la meseta sólida y eminente, como un bronce vivo y palpitante que recibiese las aclamaciones de los siglos; nuestros poetas lo han pintado en el Paraguay hospitalario, con los ojos absortos en sus visiones extrahumanas, en un largo coloquio con la selva que cobija su ancianidad y con la noche dadivosa que le llena de estrellas el alma añorante y melancólica. Amémoslo á través de esas evocaciones patéticas y prestigiosas, pero acostumbrémonos también á contemplarlo en la plenitud de su doble grandeza, en la asamblea ilustre de sus mejores conciudadanos, dictando al porvenir las normas sabias é invariables por que ha de regirse la vida de la nacionalidad alboreante: vidente y augusto como un hombre simbólico cuya mirada dominadora avizorase los horizontes del futuro y cuya alma suprema ocupase los ocios del campamento y las tréguas de la lucha impiadosa con preocupaciones y empresas que lo levantan, tanto como las fatigas guerreras, á los firmamentos de la inmortalidad y de la gloria!

1913.

Hombres representativos

(Siluetas periodísticas)

Los artículos que van á leerse, escritos apresuradamente sobre la mesa de trabajo de «El Día», salieron á luz como editoriales de ese diario en las distintas ocasiones á que en ellos se alude. El autor no los reproduce sino como fragmentos de su labor periodística, aún sabiéndolos imperfectos y desaliñados, como todos los que no pueden sustraerse á la fatalidad de los apremios propios de este género de tareas.

Clemenceau

Desde hoy, y por breve espacio de tiempo, es nuestro huésped uno de los hombres más eminentes de la Francia contemporánea, Mr. Georges Clemenceau. Digamos desde luego cuál es el linaje de admiración que nos obliga á inclinarnos ante esta fuerte y prestigiosa figura de pensador y de estadista. Entre los extranjeros ilustres que nos visitaron hasta hoy, he aquí el más representativo de su nación y de su tiempo, el de mentalidad más compleja, el de más acentuada y dominante energía. Ferrero personificó un nuevo esfuerzo de la ciencia histórica, elevando el pormenor desdeñado á la categoría y dignidad de documento; Ferri nos reveló un aspecto del alma italiana orientada hacia renovadoras tendencias sociológicas; Altamira se aplicó á vincular, invocando afinidades étnicas y tradicionales, la intelectualidad española con la intelectualidad americana; France, «flor suprema del genio latino», encarnó el prestigio literario de su país, pródigo en ingenios. De esta suerte, cada uno de estos viajeros significó y mostró una modalidad única y parcial del espíritu humano, y sólo por incidencia se acierta á ver en ellos alguna vez,—excepto en Ferri, que ha sido siempre un sorpren-

aquella ponderada majestad oratoria se desordena bajo el acicate de la pasión y adquiere la violencia propia de todas las grandes fuerzas arrolladoras. Sólo así se concibe que haya pulverizado situaciones y desmontado ministerios como si fuesen simples máquinas... Sólo así se concibe que haya contribuído á modelar, á forjar, mejor dicho, el alma fuerte de la Francia contemporánea, justamente orgullosa en el esplendor de su eterna soberanía sobre los pueblos. El llamado á realizar ese prodigio tenía que unificar y fundir en su naturaleza ciclópea estas dos formas de expansión humana: el pensamiento que concibe y proyecta, la acción que cumple y ejecuta. En Clemenceau se produce esa síntesis, y ese es su prestigio.

Saludemos al ilustre estadista con el respeto que impone la inmensa proyección de su obra en la humanidad del presente y del porvenir. Este viajero admirable trae consigo el espíritu de la eterna Francia. Su misma vida de batalla es para nuestros pueblos jóvenes que se amamantan á los pechos de la libertad, una alta y convincente lección. Mezclándose á la apasionada controversia que suscitó el proceso Dreyfus, y arrojándose á la defensa del inocente, predica el culto inmutable de la justicia; la religión del sufrimiento humano lo cuenta entre sus filas y en la legión de sus apóstoles; por último, interpreta bien el espíritu de su siglo cuando, planteando en su programa de salvadores radicalismos el problema del Estado laico, coopera á la emancipación de las conciencias en aquel país providencial que retumba todavía con el trueno de su Revolución inolvidable, y en estos tiempos augurales que marchan al encuentro de un ideal de reparadora justicia y de humana y eficiente piedad.

Por eso merece el homenaje: porque es soñador, porque es generoso, porque es enérgico; y porque siendo todo eso, conoce las ansiedades y las angustias de la lucha, los halagos del éxito y las consagraciones del triunfo.

1910.

Saenz Peña

Nuestro gobierno y nuestro pueblo darán esta tarde sus afectuosas bienvenidas al ilustre hombre público argentino Roque Saenz Peña. Embajador feliz, trae, como siempre, el gran estadista que llega, mensajes cordiales y pacíficos. Aquí ha quedado ya una vez el eco vibrante de su espíritu, la prestigiosa resonancia de su palabra. Y no ignoramos ya que ese espíritu es de una naturaleza superior y de selecta índole, y que esa palabra tiene dejos amigos, es espontánea y honda, y esclarece como el pensamiento y como la luz. Se impone, pues, el homenaje, ya que en el tributo del pueblo uruguayo se unificarán esta tarde el reconocimiento categórico de la preclara inteligencia del huésped con el profundo anhelo de ser grato al corazón de quien llegó una vez hasta nosotros con la investidura de un diplomático de la paz, de un plenipotenciario que sueña en perennes concordias internacionales.

Saenz Peña viene con un título más. Electo presidente de un inmenso y floreciente país, lo unge desde ya la majestad del cargo nuevo. Entre los hombres que, en su

tierra de labor y de democracia, se disputaron la prerrogativa afortunada de gobernar un pueblo, él fué el llamado. En sus excepcionales cualidades se cifra la esperanza de una nación. Aún sin eso, esta figura sería para nosotros consular y eminente. Personalidad de relieve continental, el nombre de Saenz Peña se vinculaba desde hace tiempo al de los primeros prohombres de América. Tenía en él la Argentina uno de los más poderosos exponentes de su civilización y de su cultura; prócer por su carácter y por su ingenio, por su talento y por su austeridad, fué siempre una individualidad representativa, en cuyo pronunciado perfil patricio se fundían muchas ingénitas cualidades de raza. Un día tuvo un gesto simple y genial: llegó desde su país de energías militantes para decirnos fraternales y hondas palabras de acercamiento y de armonía, de justicia y de paz. Se constituyó en el heraldo del derecho nuevo. Auguró las diplomacias del porvenir, de las que desaparecerán para siempre las ferocidades ancestrales y atávicas, las fórmulas pérfidas y agresivas, las rigideces protocolares y hostiles, porque el espíritu de los tiempos pondrán en ellas anhelos de equidad superior. Su presencia en nuestro país tuvo la oportunidad de una mediación: desarmó prevenciones, desbrozó viejos conflictos, auspició consoladoras posibilidades. Y el pueblo oriental correspondió á la alta y caballeresca conducta del enviado extraordinario con aquellas manifestaciones inolvidables que patentizaron también, por la magnífica sugestión de la hora, las afinidades del alma del estadista argentino con el alma de la nación uruguaya. Una magna fiesta social, espléndida hasta lo inusitado, singularmente placentera todavía en la nostalgia de las evocaciones perdurables, cooperó á la consolidación del afecto de nuestro pueblo hacia el ilustre embajador argentino y remató la obra de la aproximación diplomática.

Ahora van á renovarse, sin duda, aquellas vehementes demostraciones. Saenz Peña ha realizado en otros países de la tierra la misma generosa misión de paz y de con-

cordia. Difundiendo el nombre y el prestigio argentinos en el Viejo Mundo, ha hecho conocer allá, por la obra propia, solidaria de su esfuerzo anterior, una faceta de la mentalidad americana, mentalidad máscula y pujante, que busca, afanosamente conquistadora, el horizonte de una actividad superior. Por eso á su pasaje por Río Janeiro lo ha saludado la agitación de las banderas y el estruendo de las músicas jubilosas; y la aclamación del pueblo ha llegado hasta él en las alas de oro de la apoteosis.

Hagamos amable la estadía del preclaro viajero. Como dijimos más arriba, á su prestigio de diplomático de paz se aduna ahora el prestigio de su investidura de futuro gobernante de un pueblo amigo. Si por el primero de esos títulos mereció bien de nuestro país, por el segundo merecerá seguramente bien de América. Sabemos cuánto puede esperarse del esfuerzo de este estadista cuya vida de agitación intelectual estuvo siempre gobernada por los principios y se sintió siempre orientada hacia altas finalidades. Sobre la gloria de su actuación por venir, resplandecerá de seguro, rigiendo el impulso sereno, la fecunda quimera de la absoluta justicia realizándose sobre la tierra, del derecho puro alentando entre las naciones, de la suprema equidad encaminando el esfuerzo de las cancillerías. Será bueno como lo ha sido hasta hoy por idiosincráticas excelencias del carácter, por indeclinable integridad del temperamento, por esforzadas afirmaciones de la voluntad.

El pueblo debe este homenaje á Saenz Peña. El llega en época de regocijo colectivo y de candentes exaltaciones patrióticas. Una vez más le tocará compartir con nosotros una hora de emoción inefable, en la que se concilian y armonizan las vibrantes sugestiones que llegan del pasado histórico y la fecunda ansiedad del porvenir. Y puesto que el azar le ha deparado nuevamente la oportunidad de hallarse entre nosotros en este momento de solemnidades glorificadoras, sea para él el espontáneo tributo del pueblo que se ha complacido y se complace con

la amistad del grande hombre que llega, á traernos, enviado de paz, la ofrenda inestimable de su corazón fraternal.

1910.

Río Branco

A estas horas todo el mundo conoce la triste noticia: el barón de Río Branco ha muerto. La dolencia ha vencido, por fin, aquella naturaleza prestigiosa y enérgica, que resistió durante mucho tiempo los ásperos embates de una batalla intelectual llena de azares, y que ahora se rinde ante la ley suprema, bajo las asechanzas de un mal implacable. Esta muerte infausta, cuya inminencia ha provocado la congojosa expectativa de todos los pueblos de la tierra, corona una vida de afán y de lucha, en la que la preocupación por la justicia, por el derecho, por la paz, triunfa y se impone. Quien haya visto al barón de Río Branco entregado á la noble tarea, habilidosa y persistente, de armonizar naciones, de buscar solución de equidad á los conflictos de la fuerza, de brindar el arbitraje, como un remedio heroico y único, á los pueblos desdichadamente distanciados por las desinteligencias de una hora; quien lo haya visto asumiendo la responsabilidad delicadísima de la gestión internacional en un Estado como el Brasil, perpetuamente expuesto á graves contingencias

diplomáticas; quien lo haya visto sobreponiéndose á las solicitaciones del interés, á los estímulos de la vanidad, á las tentaciones del éxito material, para atender tan sólo á los dictados de la razón y á los requerimientos del derecho; quien lo haya visto así, superior á las pasiones fugaces que perturban el juicio, á las inspiraciones imperialistas que trastornan el ánimo, empeñoso en sus predicaciones de paz, idealista y confiado por la virtud de sus generosos optimismos políticos, no podrá desconocer que la desaparición de Río Branco representa, no sólo una pérdida difícilmente reparable para la cancillería del Brasil, sino también un verdadero duelo para todas las naciones del continente.

Río Branco fué, en América, la encarnación más alta de la nueva política cancilleril, que descansa sobre fundamentos de justicia, ajena por igual á las prepotencias de la fuerza agresiva y á los sofismas de las diplomacias arteras y rapaces. Su inteligencia dominadora y comprensiva vislumbró la posibilidad de dar á los conflictos entre los pueblos soluciones más altas y aceptables que las que se apoyaron hasta hoy en los arbitrios de la violencia. Soñó en una era de paz, de concordia infinita, de supremacía del derecho, de preponderancia de la razón sobre el instinto material y grosero, y á esa quimera altruista, que ha sido el norte mágico de su esfuerzo, consagró todos sus afanes de hombre público, lo mismo cuando le tocó mediar en candentes y arriesgados entredichos entre naciones, que cuando le tocó dirigir, allá en aquel su país ya definitivamente orientado hacia la civilización y hacia el futuro, los destinos siempre comprometidos de la gestión internacional.

Era un adalid de la justicia, y hay que reconocer que, en los días actuales, esos campeones prestigiosos son los que triunfan. El hombre representativo era antes el paladín vestido de hierro que imponía su ley victoriosa al vencido, que conducía legiones, que sojuzgaba nacionalidades, que se paseaba entre relámpagos de heroísmo so-

bre los campos de batalla del mundo, que lucía el casco de bronce, la lanza pronta á la contienda, la armadura recia y resonante de los cruzados. Hoy el ambiente no es propicio á los conquistadores violentos y temerarios. Los distanciamientos entre los pueblos no se resuelven con aventuras bélicas, ni se fía la terminación de los litigios de esa índole á las imposiciones y arbitrariedades de la fuerza. Una nueva idealidad ha nacido. Ella tuvo primero su consagración en los platónicos congresos y en los libros noblemente quiméricos de los publicistas. Hoy la tiene también en las deliberaciones de los gobiernos, y, lo que vale más, en las asambleas de todos los pueblos. Por su virtud, en donde antes predominaba la violencia ahora predomina el derecho, en donde antes imperaba la ciega razón que se sustenta en superioridades guerreras, impera hoy la justicia intangible. Quien define ahora la contienda entre las naciones es la diplomacia pacífica y bien inspirada, es la cancillería conciliadora, es el representante de esa amplia política universal que levanta altares á la concordia y que realiza los postulados de la paz con noble y singularísimo ahinco.

El baron de Río Branco, símbolo eminente en un país que, juzgado á través de su grandeza, parecería avasallado por preocupaciones de dominación y hegemonía, tuvo el culto de esa nueva y generosa política mundial. Puso resueltamente á su servicio su sagacidad ingénita, su pasión por el derecho, su talento lleno de luminosidades, la vasta ecuanimidad de su espíritu, que lo inclinaba y predisponía naturalmente á las soluciones más racionales y tranquilas; en una palabra, aquella admirable suma de cualidades que lo señaló al amor de sus compatriotas y al respeto de los extraños, y que hizo de él una de las más altas figuras contemporáneas, una de las más acabadas personificaciones del derecho internacional. Desde este punto de vista puede decirse que no era sólo el canciller del Brasil, rigiendo y gobernando con mano serena las riendas de aquella suave diplomacia, sino también el

canciller de América. Y no lo fué únicamente por haber sido llamado á desempeñar el ministerio de Relaciones Exteriores en una República inmensa y prestigiosa, que abarca zonas privilegiadas del continente, sino también, y sobre todo, por haber intervenido en los más ásperos conflictos, en los pleitos más delicados y candentes, con aquel tacto genial y aquella extraordinaria destreza que mantuvieron y consolidaron el equilibrio entre muchos pueblos de América, en ocasiones en que la armonía originaria pareció expuesta á zozobrar para siempre en los torbellinos de los entredichos guerreros, en la vorágine de las luchas armadas.

En el litigio de las Misiones, su intervención, clarovidente y firme, salvó al Brasil de toda peligrosa eventualidad, poniéndolo en posesión de derechos que habían sido discutidos y contestados y cuya defensa no había querido asumir, por razones meramente ocasionales, el ilustre y talentoso Ruy Barboza. La cuestión de límites con la Guayana Francesa fué otro triunfo de la soberana diplomacia del barón. Su país halló en él, en esa oportunidad memorable, no sólo al mantenedor del honor nacional, que lucha por conservar los prestigios inmarcesibles de la República á la sombra del derecho inviolable, sino también al abogado hábil y tesonero, que pugna por incorporar al territorio de su Estado una de esas fértiles zonas del Norte que el Amazonas imponente baña con el tumulto de sus aguas inquietas. La cuestión del Acre propició al barón de Río Branco su notoriedad resonante. La insólita emergencia, que tuvo en sus comienzos los caracteres de una grave disidencia internacional, terminó con el avenimiento amistoso que todos conocen y que acreditó una vez más las excepcionales aptitudes del canciller. Por eso, cuando se suscribió el tratado que dió al Brasil el dominio sobre los territorios del Acre, la gloria del eminente diplomático resplandecía sobre América. En 1909 el tratado de rectificación de fronteras con el Perú, obra exclusiva de aquel privilegiado intelecto, solucionó

brillantemente uno de los conflictos en que pareció más gravemente comprometida la tranquilidad del Brasil, y, por ende, la paz del continente. El litigio entre Estados Unidos y Chile, por el sonado asunto Allsop, terminó con la intervención amistosa, perseverante, inteligentísima, del insigne diplomático brasileño, y sumó á sus prestigios ya casi mundiales la prez de ese magno y pacífico triunfo.

El arbitraje tuvo en el barón de Río Branco, en todos los momentos, un apóstol sincero, movido á la vez por el convencimiento y por el entusiasmo. Su política fué, en esta parte, absolutamente inalterable. Prefería el acuerdo cordial que sella con abrazos fraternos las diferencias de los pueblos, á la devastación de la lucha, supervivencia anacrónica que sólo pudo solventar cuestiones y pleitos en épocas rudas y violentas, señoreadas por afanes de conquista y de aventura. Los tratados que él suscribió quedarán, para siempre, en la historia del derecho internacional, como la consagración de aquella fórmula suprema.

Y llegamos ahora á la manifestación más alta de aquella prestigiosa diplomacia. El Uruguay tiene para con el barón de Río Branco una deuda sagrada. Lo que no se había conseguido en muchos lustros de tramitaciones y de empeños,—el dominio sobre aquellas aguas del Yaguaron y del lago Merim que han originado tantas gestiones infructuosas, tantas esperanzas fallidas y muertas bajo la presión de egoísmos consagrados por la tradición y por el hábito,—lo logró la ecuanimidad ejemplar del esclarecido Río Branco. Faltaba á sus sueños de justicia esa coronación admirable. Sobreponiéndose á las halagadoras solicitaciones del patriotismo, sustrayéndose á los prestigios mágicos de la fuerza, que influyen en algunos como verdaderas obsesiones morbosas, él realizó el más bello de los gestos de que pueda enorgullecerse ante el mundo aquella diplomacia cauta, sutil y respetuosa que halló en Río Branco su personificación más típica, su encarnación más eminente.

La muerte de un hombre que ha derramado tanto bien, que se ha caracterizado con altas virtudes, que ha dejado obras tan efectivas y tan durables, tiene que ser forzosamente, para el mundo, un acontecimiento doloroso. Debe serlo sobre todo para América, continente del porvenir en el que se irradió aquella fuerza suprema, en el que se dilató, salvando distancias geográficas, aquella influencia magnífica. Donde quiera que el ideal de paz y de justicia triunfe, en este s::elo de América agitado por la gestación de tantas cosas :agnas, la sombra austera del canciller se alzará para cobijarlo con amor, como en la época en que esa figura hidalga y representativa lo realizaba sobre la tierra, anticipándose á las consagraciones del futuro, perdurables y definitivas.

Honremos nosotros, sobre todo, á ese gran muerto inolvidable. Es nuestro pueblo el que debe tributarle, después del suyo tan entrañablemente amado, el más fervoroso homenaje Entre tanto, frente á esa desaparición consternadora, que siempre hubiese sido prematura,—por mucho que se prolongase, en el tiempo, aquella vida militante y gloriosa—fraternicemos con el dolor del pueblo amigo y unámonos con toda la América en la veneración de aquella personalidad extraordinaria que señaló su paso por la política continental con una fecunda, con una imperecedera obra de amor, de justicia y de paz.

1912.

Roosevelt

El Uruguay se honra en estos momentos con la visita de un americano ilustre, figura prócer y culminante en un país de grandes estadistas y de notorios hombres de acción: el coronel Teodoro Roosevelt. Viene á cumplir un vivo anhelo de su alma: á conocer estas repúblicas de Sud América, á estudiarlas, con su penetrante mirada, en sus manifestaciones características, á vincularse á ellas por la remembranza de un paseo triunfal que es una consagración clamorosa del insigne político. Podríamos agregar que viene á algo más todavía, ya que la tumultuosa actividad de su espíritu extraordinario es un soberbio ejemplo de voluntad y de energía para estos países, generalmente poco pródigos en hombres que tengan la intensa vocación del esfuerzo y del combate.

Roosevelt fué desde su ascensión al poder, en su patria próspera y formidable, un bello ejemplar de humanidad luchadora. La conquista del gobierno no significó para él el usufructo placentero y sensual de una posición propicia á las voluptuosidades del ocio y á las satisfacciones de

la vanidad. El gobierno resultó en sus manos recias y varoniles un medio de renovación nacional; fué una liza para todas las nobles batallas. La democracia norteamericana le debe algunas de sus más preciadas conquistas, desde que, bajo la investidura del mandatario, se ocultaba un alma de apóstol, austera y militante. El hecho de presidir un gran país, un país como aquella incomparable República del Norte que es como un vasto vivero de multiformes energías, implica ya un honor eminente; honra mayor es haberlo presidido de una manera personalísima, como lo ha hecho este rudo conductor de muchedumbres cuyo nombre habrá que inscribir entre los de los gobernantes más prestigiosos de aquella nación, no lejos del glorioso de Lincoln.

Roosevelt persiguió en el gobierno finalidades superiores que vinculan su esfuerzo, de una manera indisoluble, á la historia del mundo contemporáneo. Bregó por la abolición de la anacrónica ley de Linch; medió, como pacificador afortunado, en conflictos internacionales tan sangrientos como la guerra ruso-japonesa; pugnó por la apertura del canal de Panamá, que es en parte una iniciativa de su vidente espíritu; dió á la fórmula de Monroe una interpretación racional, que disipó las prevenciones de América contra el afán imperialista que parecía inspirar la política exterior de los yanquis; fué un paladín vehemente é incansable de la paz universal, consagrada en la Asamblea de La Haya como el más ardiente desideratum de todas las naciones civilizadas de la tierra. Como se ve, no faltó nunca á su acción de gobernante la orientación moral que la hace trascender de las fronteras territoriales de una nacionalidad para irradiarla sobre el mundo.

Su misma actitud de enérgica oposición á la obra egoísta de los trusts, es otro timbre de su personalidad. Desafió la prepotencia de esas organizaciones económicas fundamentadas en el monopolio tiránico; censuró las sórdidas influencias del oro; señaló, con una intolerancia plausible, los vicios y corrupciones de la atrevida plutocracia yanqui;

y si bien es verdad que se concitó la enemistad de los poderosos, en términos tales que ha podido decirse que el fracaso de su última campaña presidencial se debe en parte á sus hostilidades y anatemas contra los trusts en auge, puede aseverarse también que la valentía del gesto y la recta y altruista finalidad de aquella empresa heróica, le aseguran la adhesión y el aplauso de todos los que lo juzgan sin apasionamiento y sin parcialidad, desde planos superiores de apreciación moral.

Alguien ha dicho de él que es una fuerza de la naturaleza, una fuerza incontenible y maravillosa. Morley lo ha comparado al Niágara estupendo, y ha agregado que no sabe cuál es más admirable, si la catarata retumbante que se irisa bajo la caricia apoteósica del sol, ó el hombre de virtudes supremas que exhibe, ante el asombro de la vieja Europa y de la joven América, la potencia de su espíritu único, la plétora de dinamismo y de energía de su temperamento extraordinario.

Aún descartando lo que haya de excesivo en el símil literario de Morley, hay que reconocer en Roosevelt á uno de los hombres más eminentes de nuestro tiempo. Fué el gran gobernante de una gran nación. No es la encumbrada posición oficial lo que lo realza y dignifica ante el mundo. Cuando deja el gobierno, desfoga su fiebre de actividad adentrándose en el corazón tenebroso del Africa, acaso para confundirse con las fuerzas elementales que son las hermanas predilectas de su espíritu. No olvida, en el hervor de sus empresas cinegéticas, el apostolado de la democracia y del bien. Habla en la Sorbona y maravilla á París con la sugestión de su palabra límpida y rotunda. Diserta, desde la alta cátedra honrada por tantos ingenios franceses, sobre los deberes del ciudadano en toda bien ordenada República. La antigua Lutecia, que acaso esperaba encontrar en él un representante del utilitarismo yanqui, lo saluda y aclama como á un paladín de las virtudes morales y cívicas que pueden honrar á una raza. Lo unge, á los ojos de los latinos, el verbo magnífico y torrencial de Paul Adam.

Ahora deja oir su palabra, como en prenda de amistad, en los países de América. Aprenderemos en él el evangelio de la voluntad y del estoicismo. Necesitamos templar nuestro espíritu de nación en esa enseñanza vigorizadora. Deseemos que el viaje de Roosevelt nos sea proficuo. Y saludemos al eminente norteamericano como á un recio decidor de verdades, como á un luchador de alta estirpe que, después de haber gobernado á una república gloriosa y después de haber predicado por el mundo la religión de la concordia y de la paz, viene á difundir por estas tierras ávidas de futuro las parábolas de la energía y de la acción.

1913.

Páginas fugitivas

El autor ha reunido, bajo el título de «Páginas fugitivas», algunas de sus primeras producciones, dispersas en diferentes diarios y revistas.

«PIEDRAS PRECIOSAS»

Luis Guimaraens, el diplomático poeta, ha enviado á nuestra redacción, con una gentileza digna, en realidad, de su abolengo lusitano, un volumen de sus «Pedras Preciosas». Bello, admirable libro,—digámoslo á fuer de catadores sinceros—éste que dice tan originales y tan sutiles loanzas al esplendor de las omnícromas gemas. Es un alma cada una de estas piedras preciosas: un alma de mujer que así se abre al dolor como á la esperanza; un alma de mujer con todas sus duplicidades, sus llorosas nostalgias, sus anónimos heroísmos, sus incomprendidas exquisiteces, sus afrodisíacos encantos:..

Para los que saben de matices, la obra de este poeta del trópico será el origen de estéticos refocilamientos. Es una maravillosa pedrería de Saba que rueda sus sones preclaros bajo un cielo de ensueño. Es la amatista prelaticia, el ópalo iridescente, la esmeralda emblemática, toda la gama mineral, que prolonga, á través de un finísimo engarce, el hechizo de sus mil colores combinados. El lapidario intuitivo que triunfa en Guimaraens ha tallado en ellas, con arte nimio é impecable, las fantásticas facetas en que la luz del sol se rompe en iris triunfadores. Y si cada una de ellas luce bien sus tonalidades prismáticas y pone en los ojos del admirador contemplativo raras fascinaciones, unidas todas por el mismo hilo de oro del ingenio constituyen el fabuloso tesoro oriental que el poeta se complace en esparcir, con inusitada munificencia, por las páginas de su obra.

En «Pedras Preciosas», el numen de Guimaraens sigue siendo el mismo numen aristocrático, quintesenciado y su-

tilísimo, que inspirara sus poesías primiciales. No se lanza aventuradamente á una artificiosa rebusca de imágenes, pero las halla vívidas, fulgurantes, deslumbradoras, y las engasta así en sus rimas, con la amorosa unción del orífice que pulimenta una joya. La harmoniosa justeza del vocablo le obsesiona. Como los idólatras del parnasianismo impecable, gusta de que se advierta en sus obras,—aparte de un hondo significado esencial,—ese cuidadoso aristocratismo que convierte cada verso en una voluptuosa caricia para el oído y para el alma. Tales, entre otras, esa añoradora *Nostalgia* y esa *Saudade* inimitable que dejan en los ojos una humedad de llanto y en el corazón una música de Paraíso...

No le busquéis antecesores á este gallardo sinfonista que dice así sus más íntimas ensoñaciones. Si por la sencillez se aproxima á Verlaine, por la prestancia rememora á Leon Dierx, y, por el delicado subjetivismo de su estro, á ese otro exquisito poeta de Lusitania que seleccionó asfodelos en el «Jardín de la Muerte»...

Lo que domina en el libro de Guimaraens es la sufriente preocupación de la belleza. El refinamiento del decir es para él motivo de minuciosos laboreos. Escoge las palabras como Belkiss escogía sus perfumes: larga y voluptuosamente, como si en ello encontrara una fruición suprema y única este impenitente enamorado del ritmo... Y merced á esa solícita meticulosidad que llega á veces á metamorfosearse en dolor, las estrofas de este melodioso subjetivo tienen la pureza y la perfección de los magníficos esmaltes de Theo.

Scarzolo Travieso ha puesto á la obra de Guimaraens bizarras ornamentaciones, impregnadas de un sugestivo arcaismo. El artista ha identificado su espíritu con el espíritu fraternal del poeta, y lo ha interpretado de una manera sorprendente, en prodigiosos frisos que son como un realce en la fastuosa pedrería.

Y así se ha compuesto este libro tan admirable, tan hondo, tan florido, que es la consagración de dos talen-

tos; este libro que ha gritado su adoración á la Belleza eterna entre el hervor de las luchas mezquinas; este libro tan singularmente cerebral y tan generosamente emotivo, que ha hecho decir á ese otro encumbrado espíritu que se llama Bocayuva: «Mientras tanto, Guimaraens, yo vagaré también con mi destino y tu libro, para abrirlo todas las mañanas y llenar mi alma con la santa oración del verso, con la unción de un sacerdote abriendo su matutinario».

1905.

«DE MI RAZA»

He aquí un libro de pensamiento, entre tantos de pura garrulería y de jactancioso *snobismo*. Un libro de pensamiento que trata de trocarse en acción, de alta idealidad que procura plasmarse en realidad objetiva, de tesonera fe que pugna por traducirse en acto. Dice bien esta obra en nuestro ambiente de miserias morales y de bajas concupiscencias. Y he aquí por qué hemos de loarla: porque celebra la esperanza en el advenimiento de más próceres virtudes que ennoblezcan la Especie.

«De mi raza», con ser un ensayo que abre el camino para más sutiles análisis, basta para sugerir á los curiosos de psicología colectiva la noción de los males que nos afligen y de los remedios que urgen. Llega este libro bajo la advocación de otro que ha traído, para nuestras repúblicas del Sur, el saludo de la hermana del Norte. Próspero, el sabio y meditativo disertante de «Ariel», ha dictado á Zorrilla algunas de sus páginas mejores. Y de toda la obra irradia la veneración del autor hacia aquel espíritu dilecto que después de pulir el pórfido de «El que vendrá», hizo florecer, en las ideales primaveras del estilo, el jardín en que Darío libara sus mieles híblicas...

Zorrilla, en el primer capítulo de su opúsculo, plañe lo

que él llama el enervamiento de la juventud americana, yerma para toda empresa de elevación mental. Y hay como una vibración de congoja en esa voz que surge del inútil tumulto y de la lucha estéril, para decir las infinitas tristezas y las esperanzas infinitas... No es el épico son de los atambores de Chocano:

« Salve á tí, primavera de esperanzas,
Que sobre el hielo del dolor avanzas,
Resucitando las marchitas flores; »

no es el aleluya lírico de Lugones; no es el salmo vibrante que dice sus profecías en las sacramentales liturgias. En todo el capítulo flota como una quimérica bruma de desesperanza. Tiene el acento veladuras de llanto. Y es un alma de joven la que así se acongoja por el destino de esa generación intelectual que después de ceñirse al espíritu los cilicios de la meditación, « concluye por sentarse en el primer banco de piedra que encuentra en su camino, convencida de que es imposible alimentarse solamente de rosas, como la Venus de Schiavonne ».

Sobre el universitarismo ha escrito Zorrilla páginas de una honda sinceridad, reflejadora de la gran pesadumbre que señorea su espíritu, absorto ante el espectáculo de tanto esfuerzo frustrado, de tantos desmayos de la voluntad, de tantos extravíos de la vocación.

En cuanto á tendencia intelectual, Zorrilla no se ha alistado en ninguna de esas procaces logias antipoéticas que proclaman la ineficacia del arte para la obra civilizadora que ha de confiarse al porvenir. Lo que él repudia es la emasculación de la poesía, que consiste, como dice de gráfica manera el autor de « La Vida Nueva », en jugar infantilmente al « juego literario de los colores » para glorificación de la trivialidad victoriosa.

El resto del libro á que venimos aludiendo es una apología de la democracia. Zorrilla ha elevado aquí, en determinados pasajes, el diapasón de su estilo. Hay en esta parte de la obra trozos en que el lenguaje, por lo regu-

lar desaliñado y carente de enérgica eufonía, florece en floraciones de lirismo. Y bajo el velo de la forma surge el problema, estudiado á conciencia, clarificado por el análisis, profundizado por la observación.

Por lo que hace á la terapéutica de los males atávicos propios de esa idiosincracia latina removida por tantos vientos de pasión, Zorrilla ha encontrado que la educación del carácter, progresiva y metódica, «oponiendo un dique al desbordamiento de las pasiones, de que en momentos dados se dejan llevar las multitudes», sería tal vez suficiente para infundir en el desmedrado espíritu colectivo el amor de la realidad creadora y el odio á las caducas idolatrías y á los ritos puramente formales. Vigoricemos la estirpe, dice en síntesis, para inspirarle altas emulaciones y excitarla así á la realización de su maravilloso destino.

Agradecemos al joven autor el ejemplar que ha enviado á nuestra redacción, y le instamos á continuar produciendo obras en las cuales, como en ésta, se proyecte la sombra de la vida futura, tan sinceramente loada en prosas de una hialina limpidez.

1905.

«DE LA VIDA»

¿Un iniciado?... No... Un combatiente. Son suyas esas páginas en que hay como una inmensa palpitación de la vida, llenas de contrastes y de claroscuros—tonos violentos y evanescencias soñadoras, gritos de protesta ó de queja, música de mundos ó de alas, lo más vigoroso y lo más fino, y lo más jovial, y lo más triste de la tierra. Son suyas esas páginas audaces ó sentimentales, á veces abruptas, casi siempre incorrectas con esa incorrección de lo que no entra por cauces regulares porque va, dominado por el ímpetu propio, esquivando la senda tra-

zada á cordel, á través de los campos en donde se ostenta inexhausta, en una perenne y generosa maternidad, la salvaje Naturaleza! Y bien: esas páginas en que no hay discernimiento de matiz porque el color lo es todo, porque la visión se amplifica hasta perder de vista el detalle, son á la vez la flor exquisita de un temperamento original, el fruto de un concepto filosófico anterior al estudio y á la meditación laboriosa y el extractum de una psicología que hunde sus raíces en la realidad exterior y que hurga en el alma, no con la sofística sutileza del «raciocinio lógico y formal», sino con el escalpelo del naturalista ó con la sagacidad del observador.

Vivir la vida es comprenderla en toda la múltiple diversidad de sus fenómenos. Y comprenderla es la misión del artista no menos que la del pensador. Seguir la parábola de un alma á través del destino; vigilar el crecimiento de un árbol humano; mezclarse á los tumultos de la vida vulgar para apoderarse de las fugaces impresiones que suscita y remueve; descender hasta las fuentes del dolor y ascender, en ideales ascendimientos, hacia las cimas de la virtud; poner un cauterio en cada llaga; emprender un éxodo habilidoso por entre el universo de la subconsciencia; apercibir las armas para los combates modernos; ser, como Stendhal, un disecador de almas, como Balzac, el cronista de varias generaciones, como Zola, el descriptor de másculos caracteres, como Bourget, el frío analizador de tantas complicadas naturalezas; ritmar, en fin, el proceso inconsciente de la vida interior, tal es el prestigioso apostolado del novelista y del poeta de nuestra época.

Medina ha procurado, con una victoriosa tenacidad de la volición, poner en sus cuentos y en su libro un reflejo de esa varia realidad que está hecha de dichas fugitivas y de dolores eternos. Sus originales imaginaciones—en las que buscaréis vanamente las delicuescencias de los que han emasculado su intelecto con las degeneraciones de una vacía literatura finisecular—le llevan, como en un pe-

regrinaje dantesco, á través de todos los infiernos de la miseria y de todas las ergástulas del vicio, en seguimiento de esa fecunda verdad que suele ser también un manantial de goce estético. De ahí las cálidas coloraciones de su libro: rojos de sangre, púrpuras de suplicio, rosicleres de venusina desnudez. Y á veces, en tal capítulo, en tal página, en tal párrafo, una ventana que se abre, el verde detonante de una campiña, el azul de un cielo heráldico, un rayo de sol de Otoño, ó un selénico resplandor que ilumina fantasmalmente el paisaje. Luego, el desfile alucinador.

Hay un idilio que se trunca, hay una ternura que se hiela, hay una virtud que brega y que sucumbe, hay un vicio triunfante, y hay, sobre todo, un conflicto de pasiones y una gran melancolía que finaliza en la muerte. Y en todas partes lo real, lo sentido, lo palpado, la vida misma con todas sus contradicciones con todas sus ondulaciones, con todos sus combates, con todos sus estigmas. Este libro es un pedazo de entraña. El sufrimiento humano pone en él un latido. Lo verosímil está allí. No hay quiméricas sombras en ese escenario en tumulto. El autor, como él lo dice bellamente, ha convivido con sus personajes, «ha bajado hasta sus miserias, ha subido hasta sus corazones». Y después, sin énfasis, sin afectación, sin falseamientos,—acaso con una suprema piedad en lo íntimo—nos ha narrado la oscura epopeya de sus almas, el drama trágico y hondo con su final apoteosis del bien.

Medina ha encontrado una feliz orientación. Es humano, y todo lo humano le interesa Su intelectualismo tiene un raro vigor aquilino. Sabe el zarpazo. La vida, con sus bruscos contactos, le ha agilizado el instinto de volverse hácia lo real y de buscar en lo verdadero la veta ó el filón. Acaso convendría que—oro ó hierro—puliera mejor el metal con que forja los cuerpos y las almas de sus personajes. Yo lo quisiera orfebre al par que creador. Verdad es que su temperamento de constructivo desdeña la finura por la solidez; pero hay edificaciones ideológicas

que unen la fortaleza á la gracia, que lucen á un tiempo la ensambladura y el ornato, que ostentan, junto á la sillería indestructible, la flor mural del rosetón.

Lo que falta á este escritor es el constante «jardineo» del estilo. La forma en él es imperfecta: se echa de menos, leyéndole, el matiz la filigrana, la irradiación, el esmalte, aquel algo divino que era, en el lenguaje de Tertuliano, por ejemplo, «la negra brillantez del ébano», según la frase de Gautier. Rara vez el pensador se suma al camafeísta.

Pero en verdad os digo que ese idioma de bronce, rebelde al pliegue y al aliño, indócil y desordenado, que se evade de la sintaxis como de una prisión, halla admirables modulaciones para hablar de las grandezas y de las miserias de la realidad...

Renán reprochaba á los espíritus de su tiempo la demasiada subjetividad de sus ideaciones; les enrostraba el «no dejarse arrastrar, absorber por el objeto, es decir, por lo que está ante nosotros, el mundo, la naturaleza y la historia». Hoy la tendencia es otra: se inquiere la verdad con el afán con que se busca un horizonte para la visión. Desde las cíclicas novelas pastoriles á las novelas naturalistas de Zola, ¡qué enorme dilatación de lo humano dentro de lo ideal! ¿No es acaso el poeta de nuestros tiempos el que, en la oda soberbia del mejicano Díaz Mirón—rima profética, lírica de combate—«debe elevar su acento soberano, y consagrar con la canción del cielo, nó su dolor, sino el dolor humano?»

Así la obra de Medina. Hay allí un himno, y muchos himnos, á la miseria ignorada, á la pena secreta, al llanto mudo, á la tristeza de los nidos pobres, á la pobreza de los nidos tristes. Leedlo acompasando los latidos de vuestro corazón á los ritmos de aquellos corazones sufrientes. Leedlo: acaso oigáis surgir de aquellas páginas el grito viril de la protesta, el clamor, el apóstrofe, el insulto. Aquel libro ama y odia como un alma de hombre. Frente á la Vida, dice su admonición y predica su evangelio. Y

es tan verdadero y tan humano que, sin duda, cuando leáis las páginas postreras,—aquella agonía realísima cuyas durezas como que se desbastan entre la música de una prosa casi rítmica—creeréis sentir el vuelo de un espíritu bajo un cielo de cenizas, entre las nieblas de un crepúsculo de otoño . . .

1905.

EN HONOR DE UN EDUCACIONISTA

Sé del homenaje intelectual que un bizarro grupo de juventud maragata rendirá en breve á Deza, conductor y maestro de tantas generaciones. La noble adhesión al viejo institutor auna en un mismo esfuerzo las voluntades politicamente inconciliables, las voluntades reacias á la concordia, las voluntades esquivas á la fraternidad. Así, este tributo á un apostolado de bien acierta á unir, en una superior armonía de pensamientos, á los que ayer se combatieron con acerbidad y con rencor, en la aciaga aridez de nuestros disentimientos tradicionales.

Yo no conozco á Deza, pero le respeto y le admiro sin conocerle. El pasa por el mundo silenciosa y augustamente, diciendo palabras de redención, vaticinando los devenires de la especie con una suprema videncia, haciendo obra de verdad, sembrando semillas de amor. Presumo que su espíritu ha de estar en concordancia con todos los espíritus que han vivido hermosamente sobre la tierra. Sospecho que ama lo creado con un cariño todo piedad, todo renunciamiento, todo abnegación. Pláceme imaginar que, como el poeta de *Las Florecillas*—aquel heroico hombre de Dios—llamará «Hermana agua» á la que pasa con un monótono sonar por lo más escondido del cauce, y «Hermana brisa» á la que llora tristezas en las ramas sombrías y llenas de cantos de ave. . . Quiero creer que adora el alma esparcida en las cosas.

¡Loada sea la juventud que rinde parias á la Inteli-

gencia como á la más alta potestad de la tierra! ¡Loados los corazones limpios de pasiones estériles, que tienen un acompasado latir para las escasas grandezas morales de nuestros tiempos! ¡Loados los entendimientos ricos en bellas idealidades que saben tender un arco de luz sobre la obra modesta, sobre la obra desconocida de esos modeladores de cerebros que hacen de cada espíritu infantil un jardín apto para las primaverales florescencias del mañana! ¡Loados los ansiosos de justicia y los hambrientos de verdad!

Maestro Deza: fueron para los pobres, para los eternamente despreciados, para las turbas sublevadas contra la iniquidad reinante, para los tristes, para los llorosos, para los solos, las nobles y resonantes palabras de vuestros labios. Profeta, vuestros ojos, desde los torreones sobre los cuales flamea la bandera roja del pueblo como una llama viva, avizoraron los horizontes del tiempo futuro y los lejanos caminos por donde han de venir la equidad, la libertad y el derecho, resplandecientes de hermosura y de soberanía. Apóstol, en vuestro surco ha germinado siempre una semilla, y en el árbol de vuestras predicaciones ha cantado, en todas las horas del día, un mágico pájaro de ilusión. Educador de hombres, fuisteis el sacerdote que ama su culto con amor exclusivo, con absoluto amor.

Y porque fuisteis todo eso; porque el sufrir de todos tuvo un eco en vuestro propio sufrir; porque no economizásteis la energía en el bien ni pusisteis precio al esfuerzo; porque habéis subido á la montaña para hablar desde ella en este crepúsculo de los prejuicios sociales que han señoreado al mundo; porque sois bueno y humilde,—humilde y bueno como uno de esos robles en cuyas ramas hospitalarias cuelgan sus nidos todos los pájaros del cielo—deseo que vaya hasta vos una palabra de reconocimiento y de adhesión en nombre de aquellos que padecen. Porque yo también, señor, amo á los pobres, á los eternamente despreciados, á los tristes, á los llorosos, á los rebeldes y á los solos.

1907.

LAS VENTANAS

«Hay ventanas de amor...»

G. Mourey.

Yo también, como tú, amo, poeta, las ventanas que saben abrirse sobre el ensueño en una suprema avidez de luz. En ellas hay á veces la gloria de unos ojos muy negros que miran á todas las cosas puras del mundo: al horizonte vago y azul, al verdor encantado de las praderas, á la estrella fraterna, ó á aquel tiesto de flores sobre el cual, doradas y melífluas, rondaron las abejas... A la sombra de esos ojos, unos labios en llamas sonríen con bondad á la tierra magnífica.

Adoro esas ventanas. Acaso en sus balcones familiares—algún día de triunfo sentimental—mis madrigales gozosos han de enredarse ufanamente, camino del sol. ¿Por ventura no se están ofreciendo, tentadores y fáciles, al himno y á la confesión? Me imagino que frente á ellos el alma ha de decir mejor sus sentires y ha de expresar sus sueños con más gallardía, bajo la caricia de los ojos que amamos. Yo no sé de cosa que ponga tanta ternura en el corazón como una ventana frente á un cielo de otoño ó de primavera, y, en la ventana, una mujer como aquellas que fueron engrandecidas por el Canto, celebradas por la Palabra, santificadas por el Numen: Beatriz paradisíaca, Laura rediviva, Ligeia amorosa...

Y porque adoro esas ventanas, he tenido piedad por aquellas que no se han sentido aromadas jamás; por aquellas que no han servido de ara para un holocausto; y por aquellas otras, arrecidas de frío y de soledad, que no percibieron nunca cómo unas manos blancas las abrían temprana y tímidamente, sobre un ensueño en flor...

Poeta, yo amo también una ventana como las que describes; una ventana en torno de la cual revuela noche y día el loco enjambre de los deseos. Desde ella los ojos

negros y la boca virgínea—sé que no ha experimentado jamás la pesadumbre de una profanación — me sonríen. Mis rimas la han glorificado. Sabe de mis secretos. Mi alma se ha dejado deshojar junto á ella. En su balcón he colgado una escala, la vieja escala de los romances, tejida de sueños, presta para la ascensión.

... ¿Sonríes, Amada? Es aquélla en que depuse una vez, á guisa de mensaje, una rosa mojada en rocío, mientras soñaba en los irreparables juramentos con que se solazaron nuestros labios...

DEL PAISAJE

Hay un rincón de sombra plácida en esta aldea de mis sueños; un rincón grato á las evocaciones legendarias; un rincón que me ha hecho meditar muchas veces en las tristezas de la vida y de la muerte... Yo he paseado por él la inviolada majestad de mis quimeras. Y mirando á lo hondo, muy á lo hondo, en el agua túrbida é impetuosa que serpea por el antiguo canalón en ruinas, junto al álamo de plata, he hermanado mi ensueño con el ensueño fugitivo de la onda, y lo he dejado deslizarse como él hacia lejanos rumbos, acaso hacia la mar opulenta, ó hacia el desierto árido. Una columna tronchada por los años trae á mi alma una sensación de añoranza y á mi mente un recuerdo de los foros de Roma, trágicos en la sombra angustiosa de su vencimiento secular. Tal vez aquí ha soñado un héroe. Tal vez aquí ha corporizado un poeta sus ideaciones insignes en églogas de frescura virgiliana. Tal vez ha sido éste el marco de un idilio de aldea, de uno de esos idilios del medioevo, olorosos á perfumes del campo, monótonos y llenos de galante rusticidad.

Junto á esa ruina en que vaga un reposo milenario, mi

alma se complace en la evocación de lo heroico. Se me antoja que el viento que á las veces ulula salvajemente entre la fronda caduca y en torno á la columna rota, lleva el eco de estruendos marciales y de hazañosas lides. Pienso entonces en la oscura epopeya helicense de Nogales, y, obsedido por la bélica fantasmagoría, busco el acento de los siglos en los salmos del agua, cuya alma sonora y trashumante rueda á lo largo de esos viejos canales por donde ha corrido acaso tanta grandeza y tanta lágrima . . .

DOMINGOS DE LA ALDEA...

¡Domingos de la aldea, con sus vocingleros somatenes, con sus procesionales alegrías, con sus fastuosidades solares! Domingos de la aldea, bajo el azul flotante de Provenza, en el alba risueña y en el quieto crepúsculo! ¡Domingos de la aldea, con sus romeros rústicos, con sus francos bullicios, con sus gárrulos sones de campana en los fraternales mediodías!

Y mientras fuera oficia la vida sus liturgias victoriosas,—una alondra borracha de sol de la huerta ha cantado en mi ventana,—me anego en la tranquila nostalgia de mi corazón y ensueño en una rima de Nervo que, como aquélla en que loara á la Melancolía, diga los se'lantes consuelos de la soledad y la augusta grandeza de los silencios familiares!

guno de los caracteres de los grandes portaliras que forman escuelas perdurables, su actividad abarcó, sin embargo, distintas zonas de poesía; y así como en algunas de sus producciones tejió loanzas fervorosas para las grisetas y las costureras del suburbio, en otras, todas de prosas armoniosas y finas, cantó á la juventud que es batalla y triunfo de amor, y en otras todavía llevó á los teatros de París algo siquiera del común dolor de vivir.

Cabe clasificarlo como el último de los parnasianos de vuelo, no porque no hubiera abandonado ya definitivamente, en sus últimos años, la manera personalísima de los poetas de aquella escuela, sino porque era uno de los pocos que sobrevivían aun al casi total derrumbe del grupo innovador. Lo maravilloso en él fué haber podido entonar, con el estro sereno de los impasibles, el himno de todas las miserias anónimas y oscuras.

Después se hizo socialista. Su socialismo fué el romántico socialismo que á veces se deshace en ternuras, y á veces también hace vibrar sobre la cabeza de los grandes la lírica de las reivindicaciones. Luego, en virtud de una última evolución más emotiva que cerebral, se convirtió á la fe católica. En el fondo del alma de Francisco Coppée vivió siempre, metido en la piel del parnasiano ó del demagogo, un místico solitario, sin duda desdeñoso del apostolado, pero ávido de gracia celeste...

Hizo su predicación entre los humildes, «Les humbles», como él llamara, con el laconismo especial que caracteriza los títulos de sus libros, á todos los que sufren de la «bonne souffrance». Los pobres del arroyo, las costureras que vuelven del taller, los golfillos muertos de hambre y de soledad, los tristes, los desvalidos, los abandonados, fueron los héroes de sus cantos, de una mediana inspiración como obra poética. Coppée fué grande porque supo escribir la epopeya de los pequeños. Coppée fué popular porque su musa, tierna y sentimental como pocas, paseó entre el pueblo de París los retazos de sus viejos atavíos parnasianos.

No exageremos, sin embargo, el valor de los libros de Coppée. Este poeta está lejos de los grandes líricos que; como Hugo, deslumbran á su siglo, ó, como Banville, exaltan las locuras gentiles de una musa rara y funambulesca, ó como el mismo Mendés, parnasiano también en su época y fuera de ella, saben de elegancias sutiles. Sin embargo, grande es Coppée por el tono particular de sus canciones, sobre las cuales parece que un triste sol de otoño pone un leve fulgor de melancolía. Grande por su delicadeza, grande por su ternura, grande por su sensibilidad... Muerto él, queda todavía en París la musa frenética de Rictus, que dice palabras de venganza á las multitudes; pero nó la exquisita, la dulce, que sonríe á la pena de todos los tristes y la celebra como un goce.

Enmudecida la lira de Coppée, ¿quién entonará ahora en Francia el himno que él cantaba á las cosas despreciadas y humildes? ¿Quién dirá la desesperación silenciosa de los que sufren y de los que esperan?...

1908.

REYES

La fiesta de los Reyes que llegan con su carga de dones milagrosos, salidos de las espléndidas tierras de Oriente fecundas en leyendas, cierra la era de las conmemoraciones tradicionales. Tiene esta fábula también una vaga, inmaterial lumbre de poesía, y por eso perdura. ¿Se acuerdan ustedes de los bellos cuentos de Perrault, floridos de hadas y de mariposas? ¿Y de las historias galantes en que un príncipe generoso coloca una corona de esponsales en torno á las sienes de una pastora?

Pues así esta leyenda de los reyes magos, prestigiosa como todos los mitos que han acertado á vivir veinte siglos en la imaginación de los hombres. Un día nace en Belén un predestinado. Del misterioso Oriente, para

arrodillarse ante el prodigio, llegan los tres adoradores de las Escrituras, con sus ofrendas respetuosas: Gaspar, Baltasar, Melchor, sobre los lomos de.. sus camellos, al amor de una estrella benévola. Son tres reyes suntuosos y llenos de fe; tres reyes que enseñan desde antaño la santa igualdad de las razas, puesto que sobre uno de ellos han puesto su beso de fuego y de luz los tórridos soles de África... Y porque son devotos y deslumbrantes sobre las indígenas caballerías del desierto, la imaginación popular se apodera de ellos y los convierte en fuente inagotable de idealidades infantiles.

Los tres venturosos monarcas volverán cada año á deponer sobre los balcones de los niños que saben ser buenos, la gracia mágica de una ofrenda. Traerán de sus tierras remotas y ardientes un homenaje de bondad para quienes los aman; serán donadores magníficos, y cada humilde obsequio de sus manos rutilará, para los corazones ingenuos que se complacieron anoche en el divino mito de la Adoración, como una valiosa presea. Así lo quiere la leyenda.

¿Han advertido ustedes cómo hay algo que impone á todos el respeto de la amable ficción? En vano nos mostramos incrédulos. Tememos que al tocar la leyenda se rompa el encanto, como un juguete profanado por una mano tosca y vulgar. Y es porque vemos cómo los niños sueñan en la noche de ayer en interminables soñaciones, en cuyas azules profundidades escintila algún astro. Y se preguntan si es acaso la misma estrella de la fábula la que baja hasta las ventanas cerradas para poner, en el maravilloso y propicio silencio, un don precioso en los menudos zapatitos que horas antes corrían sin descanso en pos de tantas adorables quimeras, sobre la árida tierra. O si las manos dadivosas son las de los mismos reyes magos de la prosternación, que llegan por un camino de constelaciones, al paso de sus pacientes cabalgaduras, con sus alforjas llenas de bien... ¡En cuántos mirajes no han ido á recrearse las leves y volanderas imaginaciones en la

noche de ayer, y cómo han sonreído á la dulce mentira (¿verdad que es dulce y piadosa esa mentira milenaria y tradicional?) los labios de grana, los ojos de azul ó de misterio, los corazones plenos de ingenuidad!

Y, sin embargo, no han reparado los niños en que hay una injusticia fundamental en el alma regia de los visitantes. En vano el homenaje de la adoración fué para el dios modesto y pobre, nacido entre estrecheces impropias de su realeza sobrenatural. No regocijarán á los niños humildes la ofrenda de Gaspar, el óbolo de Melchor, el tributo de los altísimos huéspedes. Los mejores obsequios son—¿lo notaron ustedes?—no para los más buenos sino para los más poderosos; no para los más soñadores, sino para los más encopetados; no para los más píos, sino para los más felices... Y se me antoja que hay en ello un poco de injusticia que hace pensar en una inexorable ley de desigualdad... Por eso me apenan tanto los zapatitos que esperan vanamente el misterioso advenimiento de los reyes; los zapatitos que se atedian bajo la luna, aguardando el prodigio; los zapatitos que una mano temblante ha quitado en la madrugada de hoy de la inhospitalaria ventana, vacíos y sin alma, como una cosa sin valor... ¡Cuántas almitas nuevas han sentido florecer dentro de ellas, en esta mañana de reyes, la planta amarga de la desilusión! ¡En cuántas no ha suscitado un solo rumor el transitar de las fantásticas caballerías del desierto que fueron á Belén bajo la luz de Dios, en la noche del portento inefable! ¡Y cuántas se habrán puesto á pensar que tiene que ser una embelesante impostura la de los monarcas espléndidos y decorados de primitiva poesía; la de los monarcas bonachones que recorren en todos los Eneros, camino de la tierra cada vez más incrédula, la senda trazada por los astros, entre la polvareda de las estrellas titilantes!

Que sonrían los niños sin obsequio real. Acaso vendrá un día un monarca más alto que llenará de bien los zapatos humildes en las ventanas de los menesterosos de

hoy. No será un rey de mil años. No llegará del Oriente encantado. No se aureolará de inútiles prestigios religiosos. Pero, en cambio, porque comprenderá las profundas y santas palabras de fraternidad y de amor, se detendrá en todos los balcones y dejará en todas las almas, en las de los pobres y en las de los ricos, un óbolo que no será de caridad, sino de justicia . . .

1908.

LA GLORIFICACIÓN DE D'AMICIS

Es singular el caso de un escritor que, como éste, triunfa y se impone en su siglo. Tal vez haya que atribuir la consagración universal del talento de Edmundo D'Amicis á la índole especialísima de su literatura. No fué un aislado, no fué un solo. Lejos de recluir su mentalidad en una torre de marfil inaccesible á la mirada de los pueblos, la ofreció, pródiga y esplendente, á todos los combates, y, hay que decirlo también, á todas las laceraciones. Bien es verdad que para cada honda herida, suya ó agena, tuvo un cauterio ó un bálsamo.

Este prosador fué un poeta; no un enorme poeta civil, como Carducci, Aeda latino; no un poeta rebelde, hecho á la exaltación y al vértigo de las barricadas, como Rapisardi, sino un poeta sencillo, pleno de humanidad, capaz de todas las misericordias y de todas las dulzuras. Y su gloria más alta consiste en haberse identificado en él, por modo tan maravilloso, el escritor y el hombre público.

Italia tuvo en Carducci su verbo y su campeón. El bardo del *Himno á Satanás* llenó todo su siglo con los estruendos de su poética resonante, cruzada de relámpagos y de iluminaciones interiores. El genio latino vivía en él. Y, sin embargo, ni aun el mismo Carducci, soberbio y alto, prestigioso y casi homérico, alcanzó como D'Ami-

cis la prerrogativa envidiable de hacerse admirar y amar á un tiempo, en plena labor y en plena vida, con universales admiraciones y con amor que se dilata por todos los pueblos adonde llegaron alguna vez, traducidos á la melodiosa habla itálica, los ecos de su profunda vida interior. Cuando este hombre murió, se hizo sobre el mundo un vasto y congojoso silencio. Y es que de él pudo decirse que puso su corazón en las alturas, cerca de aquellas cumbres que le vieron caer, acaso doloridas y absortas, ellas, que también estuvieron rodeadas de quietud y de majestad, como aquella vida... Yo creo que la familiaridad con las montañas ennoblece, y D'Amicis, genio meditativo, alma toda serenidad y toda amor del Hombre, se había hecho un nido en las augustas montañas, muy cerca del azul, junto al picacho, bajo los ojos amorosos de las estrellas...

Alguien ha hablado del homenaje á este escritor que paseó por el mundo, entristecido y altivo, sus quimeras fraternales, sus rutilantes utopías, sus ensueños de justicia y de bien. Que los humildes preparen el tributo. Si esa gran memoria reclama una apoteosis, una consagración, el testimonio visible de los respetos conquistados, no faltarán en la alabanza póstuma las voces conmovidas de todos los pueblos. Quien escribió las maravillosas páginas de «Cuore»; quien tuvo tan profundas intuiciones del alma humana; quien puso el oído á todas las solicitaciones de la piedad, compadeciendo y ensamblando, con el ansia de renovación de los reformadores, la sed de ternura de los tristes; quien no se avergonzó de sentir, en estos tiempos en que se hace vanagloria de la insensibilidad y en que el egoísmo se reputa virtud; quien predicó en todas sus obras evangelios de confraternidad y de tolerancia con el sublime fanatismo de los apóstoles, sin el apasionado encono de los sectarios; quien supo armonizar, en las insondables intimidades de su espíritu, las cualidades del sentimental con las cualidades del luchador, ¿no merecerá por ventura el reconocimiento de las multitudes,

el unánime batir de las palmas, el clamorear de los himnos unísonos, el esplendor de las consagraciones ecuménicas, ó el divino tributo de todas las lágrimas y de todas las condolencias?

Que acudan á ese homenaje, sobre todo, los niños y los desheredados. Para los primeros, desbordó en ternuras paternales el corazón inmenso que ya ha cesado de latir. Para los últimos fué lo más florido, lo más exquisito de los ensueños proféticos del escritor. Y no me parece desacertado pensar que ese recuerdo de los humildes será grato como ninguno al alma inmortal que ha creado tanta belleza; al alma armoniosa y alada que acaso se estremecerá de emoción y de gozo si una mano santificada por la labor va á deponer sobre el mármol del mausoleo que rememorará en lo porvenir la inmarcesible grandeza de D'Amicis, una flor modesta y anónima...

1908.

FIGURAS SECULARES

Los más magnificentes creadores de imágenes, aquéllos más próximos á nuestra exasperada sensibilidad, aquéllos cuya musa ha dicho más hondas añoranzas en los silencios de nuestro corazón, aquéllos que han ido por el mundo platicando de cosas eternas y hablando palabras inmortales, aquéllos que han condensado en sus cantos los viejos dolores de toda la estirpe, son, nó los estoicos sino los sensitivos, nó los diamantinamente puros, los angélicamente irreprochables, sinó los que se han sentido más hombres, vale decir, más débiles, más irresolutos, más inermes frente á las fatalidades interiores y exteriores, potencias extrañas y vertiginosas, casi siempre más fuertes que las más fuertes voluntades.

El personaje de la epopeya esquiliana, aquel épico Prometeo cuyo gesto rebelde parece abatirse todavía sobre

el mundo—¡á despecho de tantos siglos!—es sobrehumano, pero está lleno de formidables pasiones humanas. Por eso fué digno de los seculares y resplandecientes bronces de Esquilo. Si Prometeo hubiese sido perfecto, sólo mereciera ser celebrado por el poeta de las teogonías, de aquellas teogonías milenarias y maravillosas á cuyo desfile por las cimas de la historia y de la leyenda asistimos impasibles y fríos, porque las luchas de los dioses, fecundas en emoción para otras ya fenecidas edades de exaltada religiosidad, no nos conmueven ni preocupan. Por fidelidad á esas ideas, pláceme descubrir en los protagonistas de las novelas contemporáneas la innata predisposición al conflicto moral, de donde deriva nuestro espíritu lecciones de perseverancia y ejemplos de fortaleza. Sublime es la Ifigenia goetheana, augustamente serena bajo sus velos, mayestática y pura; pero aquella Olga de Sudermann, avasallada por el deseo, que sonrió al dolor y á la muerte, se me antoja también de una suma y veneranda grandeza, digna del himno glorificador...

1909.

EGLOGA

¿Te acuerdas, Filis adorable, de aquel mediodía de oro en la huerta? Discurríamos juntos por la vieja senda de los coloquios, bajo los liños de manzanos pomposamente florecidos. Subía del campo un acre vaho de voluptuosidad. Dos mariposas que mostraban al sol la maravilla de sus vivos tornasoles, se perseguían sobre el césped, en un raudo revoleo, presas de un loco afán de nupcias libres... Pensé en el cuento de Rueda, ¿recuerdas?, en el fastuoso cuento aquel que leímos juntos en el dulce ocaso de otoño...

Lejos, sobre las paredes de la casa solapada en el jar-

dín, la enredadera ponía su gaya nota verdinegra; ¡la tembladora enredadera idílica, á cuya sombra tantas veces departimos sobre amables olvidanzas!

¿Te acuerdas, Filis coqueta, de aquel mediodía de oro?

... Hablábamos de cosas muy simples: del valle hondo, de la sombra movible, de los luengos silencios crepusculares...

—Idolatro el misterio—me dijiste en un efusivo desborde de tu corazón.

Y aquel decir tan sencillo—bien sé que por tan llanos caminos llega Dios á las almas—nos hizo meditar en cosas altas. Filosofamos vastamente. ¿Qué seducción picante y persuasiva tenía para nosotros aquel ingenuo razonar al aire libre?...

Te habías transfigurado... La divinidad estaba en ti. Y yo, atento apenas á tu donoso y mariposeante divagar, pensaba sin quererlo en que acaso fuera mejor que hablaras menos,—¡oh, mucho menos!—de las cosas remotas y extrahumanas...

Entre la grama requemada y enteca arrastraba el arroyo sus aguas cantarinas. Deslizábase rápido sobre la vistosa policromia de las guijas del fondo. Saltaba con un son caricioso y melódico. Evoqué á Campoamor: «Arroyo sosegado, que al resbalar so la enramada bella...» Y tú, súbitamente:

—El agua tiene un alma armoniosa—prorrumpiste.

Te ví correr graciosamente hacia la linfa. Después te quitaste una de tus botinas, ¡una de aquellas botinas impecables que yo besara en otros días con tan transportado embelesamiento! Admiré el rosa claro y carnal de tu media finísima. Y á un ademán tuyo—no diré ahora si había en él más impudor que recato—te la quité también, devotamente...

Luego, con un calofrío sensual, hundiste el piececito desnudo y sin mácula en la onda placentera... Y, sonriendo, tornaste á discurrir sobre cosas remotas y extrahumanas, y sobre el valle hondo, y sobre la sombra movible, y sobre los luengos silencios crepusculares...

Yo no paraba mientes en tu tornadizo parlotear. Me había hecho panteísta como tú, ¡oh mi vehemente Galatea! Y escuchando la música peregrina del arroyo, cavilaba en las muchas palabras divinas que iría diciendo en tu loor el alma armoniosa del agua, que acaso, acaso tuviera también su tantico de voluptuosidad...

¿Te acuerdas, Filis adorable, de aquel mediodía de oro en la huerta?

1903.

LA HERMANA MELANCOLÍA

En aquel crepúsculo lento, rosa y oro, de Otoño, la rima melancólica de Nervo ha hecho flotar en el más oscuro valle de mi alma su ronda de tristezas taciturnas, tan hondas y tan íntimas. Ninguna como aquélla, entre todas las que flordelisan las páginas extrañamente sugestivas de su antifonario lírico, espeja y trasunta la modalidad del poeta, que ensueña con la nostalgia vaga y sugeridora como con una mujer.

Hay una visión de claustro añorado y viejo en esas estrofas claras y susurrantes como un hilo de agua. Y en ese claustro antiguo y triste y soledoso, la hermana Melancolía pasea sus mudas desesperaciones y sus éxtasis sombríos. Y así, callada y doliente, como si caminara hacia una noche sin amanecer, pasa la monja por entre las cosas de la vida, abismados los ojos de noctámbula en una anticipada y consolante contemplación del paraíso.

Dícenos el poeta que ella no tuvo sonreíres en la amorosa primavera de su corazón. Dícenos que era pálida con palidez de azucena de María, ó de lirio, ó de cera, y que sus ojos talismánicos fingían dos mariposas nocturnas bajo las niveas alas de la toca, cándidas como las de la mística paloma del Espíritu Santo. Y nos dice también que aquélla que jamás sonriera al amor

ó á la esperanza—tal mi alma en su eterna soledad querellosa—tuvo en el supremo ensoñar de la muerte los mejores contentos de su corazón...

¿Bajo qué bruma de añoranza el poeta de Méjico hizo vibrar su rima melancólica?

¿Fué acaso en un crepúsculo muy triste en que pensara, con enamorado pensar, en las febriles y viciosas mujeres de sus poemas, ó en la marquesa hugonote que le desdeñó por ortodoxo, ó en alguna aventura fidalguesca, ó en los ojos de azur de Aino Ackté?...

... Hermana Melancolía: cuando yo escriba también algún tomo de versos claros y fraternales—¡oh adorable y generosa quimera cara á la juventud! — habrá para tí en mi florilegio el más rítmico y el más armonioso de los loores; porque eres pródiga en bondades, y porque mi alma te ha presentido muchas veces cuando pasaste junto á mí diciendo de nostalgias celestes, abismados los ojos de noctámbula en una anticipada y consolante contemplación del paraíso!...

1903.

INDICE

INDICE